



ALV CORTROA

CUBIL DE ALIMAÑAS



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1952
PRINTED IN SPAIN



San Bernardo, 68.—MADRID

COLECCION F. B. I.

OBRAS PUBLICADAS:

1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1).
2. La hora gris (4.ª ed.) (1).
3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2).
4. El cobarde (3.ª ed.) (1).
5. Luchando en la sombra (2.ª ed.) (3).
6. Contra Scotland Yard (3.ª edición.) (1).
7. Su Alteza el Ladrón (2.ª edición.) (2).
8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3).
9. A la ofensiva (2.ª edición.) (4).
10. La redada (2.ª ed.) (5).
11. Shanghai (3.ª ed.) (1).
12. Guerra de gangsters (2.ª edición.) (2).
13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5).
14. La rebelión de los muertos (2.ª ed.) (6).
15. El hombre de las tres caras (2.ª ed.) (7).
16. Tánger (3.ª ed.) (1).
17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5).
18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición (2.ª ed.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1).
21. El delator (6).
22. Armonías de muerte (3).
23. Destinos cruzados (1).
24. Persecución (5).
25. Una ciudad abierta (4).
26. Horas trágicas (7).
27. La muerte alada (3).
28. Doctor X (1).
29. El coloso de hierro (6).
30. Trampas mortales (5).
31. Contrabando funesto (3).
32. Nueva York-San Francisco (7).
33. Entre rejas (1).
34. Muerte en el Caribe (6).
35. Secuestro (5).
36. El dueño del mundo (4).
37. Hermano contra hermano (7).
38. Filibusteros modernos (2).
39. Palestina en llamas (3).
40. La ley del terror (3).
41. A la desesperada (5).
42. La promoción de la muerte (6).
43. Tinieblas (1).
44. Espías en la noche (2).
45. Fidelidad (6).
46. Sin cuartel (7).
47. Armour, expulsado (5).
48. La huida de Varka (3).
49. La Maffia (1).
50. Alaska, final de ruta (3).
51. Tras el telón de acero (3).
52. Gangsters de guante blanco (9).
53. ¡Acusado! (7).
54. Misterio en Viena (5).
55. El genio del mal (6).
56. Hombres armados (10).
57. Pavorosa elección (5).
58. La bestia escariata (3).
59. Huellas de ultratumba (11).
60. S. O. S. (8).
61. Billetes malditos (3).
62. Camino de perdición (13).

62. Camaradas enemigos (3).
 64. A la deriva (6).
 65. ¡Odio! (1).
 66. Cita de madrugada (3).
 67. «Killer» a sueldo (5).
 68. Muerte en el atardecer (4).
 69. Loup-Garou (3).
 70. Punto final (5).
 71. ¡Mirad a las sombras! (3).
 72. Entre esas brumas... (5).
 73. Tortura (13).
 74. El confidente (3).
 75. ¡Terror! (5).
 76. El final de Rocco (5).
 77. El vengador negro (1).
 78. ¡Codicia! (8).
 79. Sentenciado (6).
 80. Secreto de Estado (4).
 81. Alias «Lugger» (5).
 82. Hora «D» (3).
 83. Carne de horca (4).
 84. Tráfico mortal (8).
 85. Jack el invencible (1).
 86. Rastros perdidos (6).
 87. Contrato siniestro (3).
 88. Tralción sangrienta (14).
 89. Al borde del abismo (5).
 90. Crimen y justicia (1).
 91. Hombres sin alma (3).
 92. ¡Sabotaje! (8).
 93. La marca trágica (5).
 94. Misión suicida (4).
 95. Lucha a muerte (5).
 96. Rebelión (3).
 97. Hampa de frac (1).
 98. Caza mayor (4).
 99. La muerte falsifica dólares (15).
 100. Yo, director del F. B. I. (1) (2.ª edición).
 101. De Harward a Quantico (16).
 102. El asfalto rojo (5).
 103. Tragedia en Chinatown (14).
 104. Soborno (3).
 105. Vida en deuda (17).
 106. Aguas turbulentas (4).
 107. La araña verde (8).
 108. Contraespías (18).
 109. Noches de Nueva York (5).
 110. ¡Aniquilados! (19).
 111. La risa sardónica (3).
 112. Chantaje (4).
 113. Canon de protección (20).
 114. El misterio de los locos del aire (21).
 115. El hombre de Whitechapel (5).
 116. Al llegar la noche (8).
 117. Ciudad vertical (22).
 118. Hombres y bestias (1).
 119. La máscara (3).
 120. Destino manda (23).
 121. Sin esperanza (4).
 122. La tela de araña (24).
 123. Una sombra... (5).
 124. Sin nada que perder (4).
 125. Fidelidad, Bravura, Integridad (3).
 126. La ciudad prohibida (2).
 127. Fatalidad (5).
 128. Escalera de color (16).
 129. La muerte blanca (15).
 130. Ojo siniestro (3).
 131. El espectro del pasado (25).
 132. Club nocturno (8).
 133. Persiguiendo cadáveres (26).
 134. Prisión de oro (4).
 135. Pasión inmortal (1).
 136. ¿Volverá O'Regan? (5).

EN PREPARACION:

La aventura de Harris.

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|--------------------|
| (1) Alf Manz. | (10) Jack Brooklyn. | (18) Jack Grey. |
| (2) Fred Baxter. | (11) Thomas Settee. | (19) Edgar Ford. |
| (3) Frank McFair. | (12) John Nebot. | (20) Andre O'Sun. |
| (4) Eddie Thorny. | (13) Thomas Wanton. | (21) Fel Marty. |
| (5) O. C. Tavin. | (14) F. N. Grav. | (22) Dana Yonell. |
| (6) Alar Benet. | (15) Robert Deaf. | (23) Al Gallard. |
| (7) A. G. Murphy. | (16) Alan Carson. | (24) Chester King. |
| (8) Lewis Haroc. | (17) Al Cortroa. | (25) Joseph Tell. |
| (9) J. L. Martin. | | (26) Med Ryman. |

I



ARECÍAN flechas disparadas al cielo. Los tres aviones con motores de reacción se remontaron en el aire, y juntos, tanto que parecían que iban a chocar en cualquier momento, volaron a gran altura, desgarrando con sus alas en flecha las grises nubes del firmamento, en tierras de Checoslovaquia.

Kasotek vigiló atentamente el cuadro de mandos de su aparato y comprobó que todo iba a la perfección. El nivel del aceite, el cuentarrevoluciones, la gasolina, la brújula, el oxígeno, etc., etc. Todo fue verificado con rapidez y Kasotek suspiró, satisfecho, antes de recomenzar de nuevo a vigilar los indicadores de vuelo que ocupaban el salpicadero.

El radar le indicó la altura y la distancia que le separaba de los

otros dos aparatos que componían la patrulla. No había novedad. Todo se desarrollaba con arreglo a sus deseos.

Miró a través de los plásticos y contempló la aeronave del comandante, volando un poco por delante del suyo y el de su compañero, el capitán Franzek, a su misma altura.

Un zumbido en los oídos le indicó que el comandante iba a comunicarles alguna orden. Prestó atención, colocándose bien los auriculares con un gesto instintivo. Unos cortos pitidos, y después, la voz del comandante se dejó oír con claridad:

—Estamos muy cerca de la frontera. ¿Me oyen los dos?

—Perfectamente —fué la respuesta de Kasotek.

Después oyó cómo el capitán Franzek daba la misma contestación al comandante.

—Vamos a dar media vuelta, para regresar a la base —siguió el jefe de la patrulla, en tono autoritario—; no podemos estar más tiempo sobre esta zona fronteriza. Estén atentos a mi señal para virar.

—¡A la orden! —dijeron ambos capitanes al mismo tiempo.

Los dos observaron el aparato que les precedía, aguardando la señal convenida. Ésta no se hizo esperar, e inmediatamente después, el avión tripulado por el comandante viró, describiendo una amplia curva. La velocidad que aquellos aparatos desarrollaban no permitía virajes bruscos, como en cualquier otro modelo de avión de hélice.

El caza pilotado por el capitán Franzek describió la misma curva que el de su jefe; pero no así el de Kasotek, el cual siguió en línea recta, saliendo tangencialmente de la cerrada formación de patrulla.

Un encogimiento de hombros y una sonrisa fué lo único que Kasotek hizo al salirse de la formación.

Pero los auriculares comenzaron a sonar, produciéndole un molesto cosquilleo en los oídos:

—Pero ¿qué hace, capitán? ¿No me ha oído? ¡Vire inmediatamente!

Kasotek Volvió la cabeza y vio que los dos aparatos de la patrulla habían corregido el rumbo y volaban en pos de él.

De nuevo sonrió el capitán Kasotek, al mismo tiempo que sus labios se movían, para murmurar:

—No os esperabais esto, ¿eh?

—¡Vire, Kasotek! ¿Qué demontres le ocurre? —gritó la radio.

—Este trasto no me obedece... Tiene los mandos agarrotados...
—Fué la respuesta del capitán, al mismo tiempo que abría el paso de los gases y sentía cómo la turbina bramaba, puesta al máximo de revoluciones.

—¡No diga tonterías, capitán! —gritó el comandante, ya fuera de sí—. Usted sabe de sobra lo que debe hacer. Mueva el timón con suavidad... ¿Por qué acelera? ¡Haga todo lo contrario, hombre! ¡Quite gases y mueva el timón!...

Pero la aeronave pilotada por el capitán Kasotek continuó su rapidísimo vuelo en línea recta hacia la frontera alemana.

El comandante se desgañitaba dando órdenes, que no surtían efecto alguno.

—Procure aterrizar, capitán... ¡Se lo ordeno! ¿Me entiende? Busque un terreno despejado y aterrice, pero no continúe en esa dirección.

El avión de Kasotek continuó imperturbable, sin hacer ni un guiño ni variar el rumbo. El piloto sonreía, divertido, y miraba a sus espaldas de cuando en cuando. Los cazas del comandante y del capitán le iban a la zaga tercamente. También habían aumentado su velocidad y lo perseguían de cerca.

Y de pronto, en una de las veces que Kasotek Volvió la cabeza, descubrió unas llamaradas anaranjadas que salían de la parte central de las alas de los aviones perseguidores. Aquello no podía ser más que una cosa: ¡estaban disparando sobre él!

Miró el cuentarrevoluciones y comprobó que el motor no podía aumentar su velocidad. Por otra parte, de nada le habría servido aumentarla, puesto que los otros dos aparatos eran exactamente iguales que el suyo y, por tanto, también habrían acelerado su marcha, neutralizando muy pronto la ventaja que Kasotek obtuviera.

Volvió a mirar y vio que las ametralladoras de grueso calibre de los dos cazas perseguidores continuaban disparando sin interrupción.

Movió el mando, que tenía en su mano derecha y el avión picó bruscamente, descendiendo y escapando momentáneamente de las ráfagas que le enviaban los otros.

Pero los perseguidores siguieron como sombras todos sus movimientos. De nada sirvió que Kasotek hiciera girar al aparato,

cambiando de rumbo. Ni que se remontara a mayor altura. Ni que se lanzara a tumba abierta hacia la tierra. Los dos perseguidores le seguían en sus movimientos y disparaban con sus ametralladoras las gruesas balas blindadas, que buscaban el fuselaje, el motor y el propio corazón de Kasotek.

Aquel torrente de fuego, sostenido así, no podía por menos que surtir sus efectos. Kasotek vio cómo los plásticos de la cabina eran agujereados en diferentes puntos con estremecedora rapidez. De nuevo encabritó al aparato, pero el comandante siguió su movimiento, demostrando estar en posesión de unos nervios y unos reflejos perfectos, de piloto de caza.

Y el capitán Kasotek sintió que algo terrible le sucedía. Algo como un hierro candente que le atravesaba el pecho, desde el lado izquierdo al derecho.

Gimió, después de arrancarse el casco de vuelo, y quedó inmóvil. No se atrevía a efectuar ni un solo movimiento: ni siquiera respirar, por temor a experimentar nuevamente el mismo terrible dolor. No podría resistirlo.

Poco a poco, con miedo, llenó sus pulmones de aire y pudo comprobar que no le dolía tanto como temió. Pensó que había sido herido, sí, pero levemente. Y puso su atención en enderezar el vuelo de su avión. Lo consiguió, no sin esfuerzo. Aún continuaba en la misma dirección que anteriormente. Ya no podía tardar mucho en cruzar la frontera alemana.

Pero de nuevo vio que sus perseguidores hacían fuego sobre él. Sintió que el aparato temblaba, vibraba, tocado, tal vez, en un punto importante para el vuelo.

De pronto se dio cuenta de que los dos cazas, que hasta entonces le habían perseguido con saña, daban media vuelta y emprendían el regreso. Kasotek suspiró, satisfecho. Ahora podría volar tranquilo y buscar un campo de aterrizaje en la zona americana de Alemania. Después iría a Berlín. Allí le esperaba Vadja, su novia, con la que se casaría en cuanto llegase.

Vadja había conseguido cruzar la frontera hacía escasamente una semana. Ya estaba en libertad, y él, Kasotek, le había prometido reunirse con ella muy pronto. La ocasión se le presentó al tener que efectuar un vuelo de prueba con los nuevos aparatos. La suerte le había favorecido cuando el comandante dio orden de volar hacia la

frontera, por estar las condiciones atmosféricas más favorables en aquella zona.

Después, todo había resultado bien sencillo. No variar de ruta, esquivar el fuego de sus excompañeros y buscar un campo de aterrizaje.

Pero Kasotek se equivocó al pensar que la herida que había recibido carecía de importancia. Era, por el contrario, muy grave. Una espuma sanguinolenta brotaba de la herida y se extendía costado izquierdo abajo, manchándole el traje de vuelo. Aquella espuma no era otra cosa que el aire que Kasotek aspiraba por boca y nariz, y que salía por el orificio abierto a consecuencia de la enorme bala blindada.

Movió la cabeza para despabilarse. Sentía una extraña somnolencia, un fuerte deseo de abandonar los mandos y reclinar la cabeza en el respaldo para entregarse al sueño que le invadía.

Pero comprendió que no podía hacerlo. Tenía que estar atento al vuelo y observar el terreno a sus pies. No podía tardar en descubrir un campo de aviación norteamericano. Allí sí podría dormir y descansar. Allí habría médicos que le curarían la herida, que le imposibilitaba más y más en sus movimientos.

Miró el cuadro de mandos, comprobando que el nivel de gasolina marcaba cero. Era necesario aterrizar cuanto antes. Sabía que el avión que pilotaba no podía estar ni un solo minuto en el aire sin que el motor lo impulsara. No servía para planear, como lo hacían otros tipos de aparatos menos veloces. Por ello era imprescindible aterrizar antes de que el motor cesara de rugir.

Descendió a gran velocidad. La tierra pareció acercársele incontinentemente. Cesó el avance de la tierra cuando Kasotek enderezó el aparato. Pero ya estaba a menor altura y pudo observar la naturaleza del terreno que sobrevolaba. Bosques y copudos árboles oscuros. Un río que brillaba con las últimas luces del atardecer.

Y de pronto, una pradera lisa y verde, circundada por tilos.

Kasotek maniobró para aterrizar allí. El avión rozó las copas de los tilos y descendió a menor velocidad.

Todo iba con normalidad. El motor rugía, los mandos obedecían dócilmente, la pradera verde era un poco pequeña, pero bastaría para aterrizar. Todo marchaba bien.

Menos el cerebro de Kasotek.

La cabina del aparato estaba cubierta de sangre. Su traje de cuero, el paracaídas, las botas.

Aquella enorme pérdida de sangre no podía por menos que influir en el funcionamiento del cerebro del piloto. Y esto fué lo que sucedió. La vista se le nubló bruscamente. Una niebla pareció envolverle, aun cuando el sol continuaba luciendo, y ya no pudo maniobrar convenientemente los mandos.

Sin embargo, el avión siguió descendiendo con suavidad. Parecía que iba a aterrizar normalmente a los ojos del campesino alemán que trabajaba en su huerto, junto a la pradera, y el cual se había apoyado en el azadón para contemplar el aparato, sus evoluciones y acercarse después al piloto americano, cuando aterrizara, puesto que eso era lo que parecía que iba a hacer, para pedirle cigarrillos y socorrerlo, si era necesario.

Pero el campesino alemán se sorprendió al ver que el avión no aminoraba la marcha cuando estaba a punto de tocar el suelo; por el contrario, el motor seguía funcionando igual que cuando volaba a gran altura.

Y de pronto sucedió lo inesperado. El aparato pareció aplastarse contra la tierra, rebotar, dando un salto, como si quisiera remontarse de nuevo, para después volver a caer, arrastrarse por la superficie de la pradera, girando sobre sí mismo hasta quedar inmóvil, trágicamente quieto.

El campesino corrió por la pradera. Allí, dentro de los restos retorcidos había un ser humano, al que era necesario socorrer. Él sabía que algunos aviones se incendian cuando caen violentamente al suelo. Aquél humeaba solamente, pero tal vez surgieran las llamas muy pronto. Para cuando eso sucediera, tenía que haber extraído al piloto de la cabina.

Llegó junto al aparato destrozado y se subió en una de las alas. Vio al piloto a través de los plásticos. Estaba caído hacia adelante, mortalmente pálido. El campesino vio la sangre en las ropas del hombre y forcejeó con la cubierta de la cabina, tratando de abrirla; pero ésta se resistía, encajada por el golpe recibido.

Tuvo que correr en busca del azadón, para destruir con él los plásticos de la cubierta. Pudo hacerlo con mayor tranquilidad al ver que no se producía el esperado y temido incendio.

Cogió al piloto por los hombros, tiró hacia sí, para sacarlo de la cabina, y soltó un juramento al ver que, a pesar de sus fuerzas, nada despreciables, no conseguía mover al hombre. Recordó que los pilotos iban sujetos por anchos cinturones al asiento. Entonces se introdujo en la cabina en busca de la hebilla.

Pero quedó inmóvil, horrorizado por lo que sus ojos contemplaron.

El piloto tenía hundida en el pecho la palanca de los timones de profundidad.

Tocó el cadáver, buscando, inútilmente, el pulso. Cuando se incorporó de nuevo, tenía la completa seguridad de que aquel muchacho joven, de anchos hombros y, al parecer, gran corpulencia, estaba muerto. Entonces lo examinó con más atención. Pelo rubio, ojos azules claros y pómulos muy salientes. Hubiera jurado que era un esclavo.

Por de pronto, el hombre estaba comenzando a asustarse ya un poco. Había oído referir que algunos paisanos suyos habían matado a aviadores americanos que cayeron al suelo, para robarles o por venganza, y no quería que a él le pudieran acusar de una cosa así. Además, las autoridades de ocupación habían hecho circular órdenes estrictas de que no se tocara nada en un caso así, sino que se avisase inmediatamente al más próximo campo de aviación aliada.

Volvió, pues, a salir de la cabina, y en ese momento, vio la estrella roja en el costado del avión. Con los ojos agrandados por la sorpresa. Volvió a mirar, casi sin poder dar crédito a lo que veía. El avión no era norteamericano.

Volvió a meter la cabeza por la cabina y descubrió algo que antes, en su afán de ver si estaba vivo el piloto, se le había escapado: las indicaciones de los relojes y manómetros en el salpicadero estaban en idioma checoslovaco, que él conocía un poco por haber tenido un hermano súdete.

Se estremeció al imaginarse que allí había algo más de lo que a simple vista podía parecer. Con rapidez avisó a su esposa, para que estuviese preparada, y llamó por teléfono. Habló con un sargento yanqui y lo puso al corriente de lo que sucedía. Después aguardó a que llegaran los americanos.

No fué mucha su espera. Hasta sus oídos llegó el ruido de un

motor de un automóvil. Poco después vio aparecer al «jeep», traqueteando por el campo.

El campesino maldijo en voz baja porque los militares le estaban machacando las patatas recién plantadas, pero se guardó mucho de decirles nada cuando se apearon ágilmente cerca del avión checo.

Tres pares de ojos críticos contemplaron el destrozado aparato. El campesino comenzó a relatar lo que hacía sólo unos minutos había sucedido. Los americanos no parecían hacerle mucho caso, pero no por ello dejaban de hablar al germano.

—Bueno, Billy —dijo el de más edad de los militares americanos, en cuyo pecho campeaban las alas de la aviación, y en las hombreras, las hojas de encina de comandante—: di a ése que se calle. Para decir que este avión se ha estrellado delante de sus narices, no hace falta todo ese discurso. Yo creo que ni siquiera es necesario que diga nada, puesto que ya vemos lo que le ha pasado a este ruso.

El llamado Billy, teniente piloto de ocupación, hizo lo que le ordenaba su superior, y el campesino enmudeció, con un leve encogimiento de hombros y poniendo cara de hombre incomprendido.

La sirena de una ambulancia distrajo momentáneamente a los americanos. El vehículo no tardó en presentarse, y los sanitarios procedieron a la extracción del cuerpo del piloto. Comprobaron que estaba muerto; pero antes de llevárselo, el comandante americano rebuscó en los bolsillos del cadáver. Apiló en el suelo junto a él, todo lo que fué sacando. Un paquete de cigarrillos, un encendedor automático, una estilográfica manchada de tinta y, por último, una cartera.

Leyó los documentos que había en ella con gran atención.

—No es ruso —dijo al teniente—. Es checo este muchacho. ¿Cómo habrá venido hasta aquí?

—Es posible que el Gobierno checo nos lo diga dentro de unos días —respondió el teniente—. Creo que no tenemos nada que hacer aquí.

El teniente Billy estaba impaciente por acudir a una cita. La caída de un avión no tenía mucha importancia para él. Cualquier día le podía suceder a él lo mismo en uno de sus vuelos. Ya contaba con ello.

Fué el conductor del «jeep» el que llamó la atención de sus superiores.

—Esta gente tiene buenos aparatos, ¿eh? —dijo, contemplando los restos del que pilotó Kasotek—. Es moderno, de reacción, y «guapas» líneas...

—Sí; ahora veremos eso —dijo el comandante, poniendo la documentación sobre el pecho del cadáver y ordenando el traslado a los sanitarios—. Ya que no podemos hacer nada por Janos Kasotek. Echemos un vistazo a la cabalgadura.

—Es un buen aparato, mi comandante —siguió diciendo el conductor—. Nosotros no tenemos de éstos...

—En efecto —dijo el comandante, con el ceño fruncido—. Es un aparato revolucionario. No tiene nada que ver con los «Mig» rusos. Está mejor construido, más cuidado...

Subió a la cabina y estuvo un buen rato mirándolo todo, como olfateando hasta el menor detalle de aquel avión extraño y desconocido.

Cuando descendió del aparato se mostró preocupado. Se alejó varios pasos y, con una mano rascándose la barbilla, contempló largamente el destrozado caza checo.

—¿Algo nuevo, señor? —preguntó el teniente.

—Sí. Algo nuevo, aunque no del todo —fué la respuesta—. Va a quedarse aquí de guardia hasta que envíe una grúa que transporte esto al campo. No permita que nadie lo toque ni se acerque bajo ningún concepto.

—A la orden, señor.

El comandante subió al «jeep», ordenó al conductor que partiera, y el teniente Billy, al ver que su superior se alejaba, pateó el suelo.

—Esto no le pasa a nadie más que a mí —murmuró—. Precisamente hoy, que tenía el plan maravilloso con Freda, me lo chafa este hombre, que ve fantasmas por todas partes. ¿Por qué ese Kasotek no se habrá estrellado en la zona francesa?

El comandante no podía fijarse en la contrariedad que había dejado tras sí. Tenía algo que no acababa de encajar en su cerebro. Estaba preocupado. El avión recién inspeccionado, fabricado en las factorías «Skoda», en Checoslovaquia, lo «había visto» él antes.

Pero ¿dónde? No lo sabía, pero aquellas líneas aerodinámicas, la forma del timón y de los alerones, la cabina del piloto, colocada

muy atrás, en el fuselaje; todo el conjunto, en fin, le resultaba familiar, ya conocido.

Estaba impaciente por comunicárselo a su compañero, el mayor *Cross*. Seguramente le ayudaría en sus dudas. El mayor *Cross* tenía un verdadero archivo en su cabeza. Con sólo una ojeada sabía el tipo, marca, características y año de la construcción de cualquier modelo de aparato. Lo encontró en su despacho del aeródromo y escuchó con atención las palabras del comandante.

—No puedo saber qué clase de aparato es ése, *Keystone* —dijo—. Será necesario verlo.

Y lo vio. Observándolo por todas partes. De cerca y de lejos, estudiando al detalle todas y cada una de sus características. En ello empleó cerca de dos horas. Cuando terminó ya era noche cerrada.

Sin decir ni una sola palabra subió al «*jeep*» que le había llevado hasta allí y se dejó caer en el asiento trasero. El comandante *Keystone* ocupó un lugar a su lado, dando orden al conductor de emprender el regreso al aeródromo. Atrás quedaban varios soldados y mecánicos ocupados en colocar el aparato checo sobre un gran camión.

—¿Qué le parece? —*Keystone* rompió el silencio—. ¿Verdad que «conocíamos» ya ese modelo de avión?

El mayor *Cross* miró fijamente su compañero antes de responder.

—Fui yo el primero que voló en ese modelo de aparato. Lo experimenté y di mi informe a la Comisión militar de aeronáutica. Tal vez hayan ya empezado a construirlo, en serie, en Estados Unidos...

—Pero... ¿los checos?

—¡Ésa es la cuestión, querido! ¡Los checos! Ellos lo han fabricado antes que nosotros y tal vez mejor...

—¡Es demasiada casualidad! —observó *Keystone*—. El avión checo y el americano son dos gotas de agua por su semejanza...

—Sí. ¡Es mucha casualidad que dos constructores hagan la misma cosa! Yo conozco a los ingenieros que lo planearon y estudiaron antes de construir el prototipo en Estados Unidos. Sé que lo hicieron ellos...

—¿Quiere decir que este avión «ha salido de la cabeza de americanos...»?

—No tengo la menor duda, Keystone —dijo el mayor *Cross*—. Y usted sabe lo que esto significa. Lo que ha ocurrido con ese aparato, puede suceder con todo lo que se invente y se descubra en nuestro país. Mientras las numerosas comisiones dan sus informes y veredictos, otro país construye lo que nosotros ideamos, y nos ganan por la mano...

—¿Qué debemos hacer?

Cross miró a Keystone durante un corto espacio de tiempo antes de responder.

—¡F. B. I! Nada más.

II



El automóvil, un «Chevrolet» de dos puertas, se balanceó con suavidad al ser frenado y quedó parado muy cerca de la puerta de El Descanso [1], en el lugar destinado a aparcadero de vehículos. Se abrió una de las portezuelas y se apeó un hombre de regular estatura, de unos treinta o treinta y dos años, de anchos hombros y pelo rojo, andares tranquilos y movimientos mesurados, como del que no tiene prisa por llegar a ninguna parte. Su traje tropical estaba muy arrugado a consecuencia de una larga permanencia en el interior del auto.

Desperezó sus piernas y brazos sin preocuparse en absoluto del par de ojos que lo observaban a través de los grandes cristales del ventanal. Después pasó un dedo índice por la carrocería del coche y dejó marcada una línea limpia sobre la capa de polvo que lo cubría.

Se encogió de hombros y se encaminó hacia el interior del restaurante. Hacía fresco allí dentro, en contraste con el abrasador calor que un sol incandescente vomitaba sobre la llanura polvorienta, salpicada de cactus de aceradas púas y verdes frondas entre las que se veían algunos «*bungalows*» de encaladas paredes.

Un camarero se acercó con gesto obsequioso al recién llegado y le señaló una mesa cerca del ventanal. Frank Reedley aceptó con un gesto de cabeza y tomó asiento. Miró a través de los cristales al «Chevrolet» cubierto de polvo y volvió a encogerse de hombros.

—¿Qué le sirvo, señor? —preguntó el camarero, muy estirado y con un gesto un tanto displicente ante la poca elegancia del cliente.

—¿Eh? ¡Ah, sí! —respondió Frank, volviendo a la realidad—. Algo fresco y unos cuantos emparedados.

El camarero giró la vista en torno, como buscando algo. En la espaciosa sala de El Descanso había contadas personas. Dos o tres hombres que leían periódicos al mismo tiempo que sorbían sus naranjadas. Una muchacha, tocada con un sombrero de anchas alas y unos pantalones que le llegaban hasta media pierna, comía unos bocadillos regados con jugo de tomate. Y nadie más, excepto dos jóvenes que estaban tras el mostrador, colocado más allá de la pista de baile, y otro camarero que, servilleta al brazo, servía a los clientes.

—¿Qué tal por aquí? —preguntó Frank Reedley, sin apenas mover los labios y mirando la carta-menú que tenía entre las manos—. Un par de ellos de jamón y alguno de queso... Creo que será suficiente.

El camarero tomó nota en un block y murmuró, mientras movía el lápiz:

—Un mes más y me haré rico a fuerza de propinas.

—¿Has descubierto algo? —Volvió a preguntar Frank, mientras se quitaba las gafas ahumadas y las introducía en el bolsillo superior de la camisa.

—Muy poco, casi nada —fué la respuesta del camarero, dedicado ahora a colocar sobre su bandeja la vacía jarra del agua—. Espérame esta noche a las tres en la puerta de la cocina, entre las lilas. Te informaré de todo lo que sé.

—De acuerdo —musitó Frank—. Traígame también jugo de tomate —añadió cuando el camarero se alejaba—. Debe estar

bueno, ¿no, *miss*? —preguntó a la joven que estaba en la mesa próxima.

La aludida sonrió ampliamente antes de responder.

—El tomate tiene muchas vitaminas, señor.

—Más tiene el jamón —observó Frank con aire de convencimiento.

—No lo crea —siguió la joven—. El tomate tiene mucho mayor poder nutritivo. Yo lo prefiero, y más ahora, que tendré necesidad de empujar mi coche, si no quiero dejarlo en la carretera...

—Parece usted una propagandista de alguna sociedad vegetariana. ¿Tuvo avería? —dijo Frank—. Su coche es un «Dodge» que está a cosa de tres millas obstruyendo la carretera, ¿verdad? Supuse que pertenecía a una mujer al ver que nadie había intentado echarlo a un lado para permitir el paso a los demás automóviles.

—No pude moverlo... Siento que haya estado a punto de chocar con él —dijo la joven—. No conseguí arreglarlo por mí misma... ¿Entiende usted de motores?

—Lo suficiente para no quedarme nunca en la carretera —fué la respuesta de Frank, que pensó que la chica estaba buscando un mecánico gratuito y espontáneo—. Y, dígame: ¿está segura de que hay algo de gasolina en su depósito?

La joven se puso del color de las cerezas maduras y tartamudeó al contestar:

—Es usted un poco impertinente, pero... ¡Bueno; es lo único que no miré cuando intentaba arreglar la avería!

Frank sonrió al ver que la chica estaba a punto de tirarse de los cabellos por no haber comprobado aquel extremo.

—No se preocupe —dijo él—. Había gasolina en el depósito porque yo lo vi. Es de alguna otra cosa. Cuando acabe con los emparedados, nos acercaremos para intentar arreglarlo y que pueda continuar su viaje lo antes posible. Tengo un coche que estuvo en la guerra de Cuba, pero aún no me ha fallado cuando lo necesité. Después de todo, no tengo nada que hacer hasta más tarde...

—Se lo agradezco —dijo ella, curvando los labios en una victoriosa sonrisa—. Pensaba telefonear a un mecánico para que viniera a arreglarlo.

—Tal vez no sea necesario. ¿Quiere usted uno? —Y señaló con un dedo a la bandeja de emparedados que depositaba el camarero

frente a él.

—¿La conoces? —preguntó Frank en un susurro, dirigiéndose al camarero.

—No. No es de aquí. Debe ser una mecanógrafa en vacaciones —fué la respuesta dada en el mismo tono de voz—. No me interesa estar mucho tiempo a tu lado, Frank, puede ser peligroso. ¿Desea algo más, señor? —preguntó en voz alta.

—Nada más, de momento —dijo Frank Reedley, comenzando a devorar los emparedados—. Te veré a las tres de la mañana, Jim.

El camarero se alejó en dirección a un matrimonio que acababa de entrar en el salón. Frank dio buena cuenta de los bocadillos y bebió el fresco jugo de tomate. Después aplicó su encendedor al extremo de un cigarrillo y ofreció otro a la joven de la mesa cercana.

Se felicitó por tener algo en qué ocupar las horas que faltaban para su cita con Jim, el camarero. La chica de la mesa vecina merecía que se la mirase más de dos veces y que se la acompañase a cualquier parte, y Frank no desperdiciaba ocasión de estar bien acompañado. Tenía ella algo de belleza «standard», pero había un algo también que la ponía fuera de la masa anodina de mujeres americanas. Era distinguida y tenía simpatía. Eso saltaba fácilmente a la vista. Y después estaban el tipo y la cara de la chica. Un tipo realmente magnífico, que a Frank recordó el de Rita Haywort. La cara era el complemento perfecto del cuerpo. Era sencillamente perfecta, y Frank sabía que era muy difícil, si no imposible, que una mujer sea guapa y lista al mismo tiempo. Se prometía no aburrirse mucho mientras esperaba que llegaran las tres de la madrugada.

La chica aceptó el cigarrillo al comprobar que era de la misma marca que ella fumaba, un «Pall Mall». Frank tomó asiento frente a la joven, en la misma mesa, y se presentó:

—Frank Reedley, desocupado actualmente y deseoso de encontrar trabajo lo antes posible.

—Martha Dolliver —dijo ella, extendiendo su mano hacia Frank y dejándosela estrechar por la de él—. Periodista en vacaciones, pero haciendo artículos para poder viajar gratis.

—¡No me diga! Yo creí que todas las periodistas eran huesudas y llevaban lentes de diez dioptrías —dijo Frank, examinándola críticamente—. ¿Qué ruta hace ahora?

—He pasado unos días en el lago Baldwin. De allí he ido hasta Barstow con el solo objeto de atravesar el desierto de Mohave. Siempre me ha gustado esta tierra. Ahora no me quedan más que tres días para regresar a Los Ángeles.

—Tiene tiempo suficiente para hacerlo si su coche no se pone excesivamente pesado. ¿Ha visto muchos coyotes?

—¡Ni uno! Nada más que cactus y tierra gris amarillenta. Debieron pasarlo muy mal los antiguos caballistas en estos desiertos tan aburridos. He pasado mucho calor, a pesar de la velocidad de mí «Dodge».

—El pobre parece que también sufrió los efectos del calor. Debe tener una insolación o algo así. Bueno: si quiere, nos vamos a ver lo que le sucede a su «Dodge». ¿Qué dirá su director si ve que tarda usted más de lo convenido?

—Pegar gritos fuertes, desde luego; pero ¿cómo se le ha ocurrido a usted? No sabe quién es. Lo llamamos «Ogro Sam».

—Bueno; no —dijo Frank, con una sonrisa torcida, mientras miraba a su alrededor—. Pero conozco a otros muchos directores de periódicos. Y todos son unos ogros, desde luego.

—Éste es diferente —contestó ella, en actitud meditativa—. Quiere que le hagamos los artículos y las reseñas antes de que ocurran los sucesos.

—No me parece muy fácil —observó él, y Martha abrió los ojos cómicamente.

—¡Pruebe a hacerlo! Y además llegó a decir que éramos nosotros los que debíamos hacer los sucesos. Es la única manera, decía, de que los reporteros de su periódico tuviéramos las primicias. El muy jumento no se acuerda de algunos buenos «pisotones» que nos hicieron ponernos a la cabeza de los periódicos de L. A. [2]

Frank arrugó levemente el entrecejo al escuchar las últimas palabras de la joven. Comenzaba a sentir que la chica no estuviera ya camino de Los Ángeles. Confiaba que ello sucediera muy pronto, pero la curiosidad de una periodista ansiosa de noticias sensacionales no le interesaba en modo alguno.

—¿Le parece que vayamos a ver al cansado «Dodge»? —preguntó, poniéndose en pie—. Por el camino me contará más cosas de «Ogro Sam» y... me dará también el número de su teléfono.

—¿Para qué quiere el número del teléfono de «Ogro Sam»? —

preguntó ella, mirándole con malicia.

—Porque es el mismo de usted —aclaró él, imperturbable, abriendo la portezuela del coche y permitiendo el paso a Martha. Ella prorrumpió en una sonora carcajada, divertida por las palabras de su circunstancial compañero, y el coche arrancó un minuto después, recorriendo el camino que un rato antes trajera y levantando a su paso una gran polvareda, camino del lugar que ocupaba el averiado coche de la periodista.

Cuando llegaron junto al «Dodge», Frank se puso animosamente a la faena en busca de la avería. Pero una hora después se daba por vencido. El coche no «decía» lo que le pasaba y él era incapaz de adivinarlo. Por ello decidió regresar al restaurante, aun sabiendo que ya no tendría más remedio que tolerar la compañía de la periodista.

No es que la chica no mereciera ser acompañada, y por mucho tiempo, pero en las condiciones en que se encontraba Frank Reedley no podía permitirse el lujo de conservar junto a él a una periodista fisgona.

Extrajo un cable de su coche y unió los dos automóviles con él. Poco después emprendían el regreso hacia el restaurante, remolcando al auto averiado.

Pero aún faltaban muchas horas para las tres de la madrugada y a Frank no le seducía encerrarse en El Descaso durante la interminable tarde y parte de la noche. Por ello, cuando remontó una suave cuesta, frenó después de advertir a la ocupante del «Dodge» lo que se proponía hacer.

Ambos descendieron de los coches y se acodaron en una piedra a la sombra de las acacias que bordeaban la carretera.

Ante sus ojos se extendía un paisaje de selvática belleza. El desierto Mohave perdía allí su calidad de tal para dejar paso a una exuberante vegetación. Numerosos «*bungalows*», rodeados de huertas y jardines, moteaban de verde y blanco el amarillo terroso del suelo. Hoteles de estilo colonial español, con frescos patios y enrejadas cancelas, se alzaban junto a las construcciones prefabricadas, como caballos de raza junto a rucios matalones.

Frank estaba serio y mudo mientras miraba el panorama de la llanura. Allí le aguardaba un trabajo difícil y quizá peligroso. Sin quizá. En realidad sabía que sería muy peligroso.

Martha Dolliver miraba las blancas construcciones con ojos de envidia, de deseo.

—Me gustaría poseer una de esas casitas de estilo español —dijo, rompiendo el silencio—. Son frescas y alegres, a la par que bonitas y señoriales...

—Le iría bien una de esas casas —respondió Frank—. Hay algunas de ellas que parecen pedir a gritos unos ojos como los suyos. Por ejemplo, aquella de los eucaliptos en el jardín.

—¿Qué tiene que ver los ojos con las casas y su estilo? —preguntó ella, mirándole y utilizando los ojos con devastadores efectos.

—No concibo una casa de estilo español sin que su propietaria tenga los ojos negros y muy grandes —fué la repuesta.

Un golpe de viento levantó un remolino de polvo y tierra. Los dos jóvenes otearon el horizonte y descubrieron unos negros nubarrones que avanzaban velozmente y que hacían presagiar una tormenta.

Volvieron a los coches y emprendieron la marcha hacia el restaurante.

A aquella hora de la tarde El Descanso estaba más animado que por la mañana. Más público, compuesto por individuos de etiqueta veraniega y damas con trajes de noche. Más humo, procedente de muchos cigarrillos. Más mesas ocupadas, más gente borracha y algunas parejas que se contoneaban siguiendo el ritmo de cuatro enloquecidos negros de luminosas sonrisas.

La primera impresión que recibieron Martha y Frank cuando penetraron en la sala fué de deslumbramiento, de descentramiento más bien. Ellos dos vestían unas prendas deportivas, cómodas, aptas para viajar en automóvil, las cuales desentonaban lastimosamente con la elegancia de todos los asistentes.

Sin embargo, lograron vencer la resistencia de Jim y consiguieron sentarse a una mesa apartada, en un rincón poco iluminado.

Desde allí observaron a la concurrencia que, a cada momento, iba siendo más numerosa, engrosada con nuevos grupos y parejas que llegaban sin interrupción.

—Pienso una cosa —observó Martha Dolliver con suave voz para no ser oída por los ocupantes de una mesa cercana—. Hay algunas

personas que «parecen» verdaderamente distinguidas, pero son muy pocas. Abundan más los hombres con caras de conductores de camión o de estibadores de barco, ¿no le parece?

—Creo que entiende usted algo de elegancias —fue la respuesta de un Frank Reedley sonriente—. En efecto, es como usted dice, pero a mí no me extraña, porque muy cerca de aquí está la fábrica de aviación Jackson National Aircraft. En ella hay ingenieros y técnicos, pero también trabajan muchos operarios que no tienen por qué parecer figurines del Bond Street londinense.

—¡Hum! —Martha frunció los labios en una graciosa mueca de duda—. No es por ahí por donde van mis tiros. Estos «caballeros» tienen las manos muy cuidadas y las caras muy repelentes...

—¡Bueno; suelte ya lo que piensa! —rió Frank—. Me parece que quiere decirme que hemos caído en una cueva de «gangsters»...

—¿Por qué no? —dijo ella sin reír—. Mire aquel que baila con la chica del vestido malva. Usted no tiene por qué conocerle, pero yo sí. Es «el Pecos», un pistolero que acaba de cumplir una condena de dos años por tenencia ilícita de armas. Y me parece que no debe estar muy arrepentido, porque acabo de verle una correa en el hombro...

—Está usted a la caza de un buen reportaje...

Pero Frank miró al individuo que le señalaba la chica y vio al «Pecos». Un tipo alto y fornido, vestido con un «*smoking*» blanco, de corte exagerado y de mal gusto. Pero Frank no dijo que también le conocía. Ni añadió que también conocía a otro que estaba sentado en compañía de unos tipos de pésimo aspecto y bebían champaña como quien bebe «Coca-Cola».

Y también a otros dos, que bailaban con unas chicas muy pintadas y «casi» vestidas. Eran guardaespaldas profesionales, se llamaban «*Parabellum* Joe» y Anthony Rock, y ambos eran dos mulos con pantalones planchados.

Y conocía muchos más, pero le convenía permanecer mudo. Y, sobre todo, quitarse de encima a Martha. Comenzaba a molestarle la compañía de la joven repórter, que ya empezaba a husmear lo que había allí de anormal, con el sano propósito de confeccionar un buen artículo con el que halagar a «Ogro San».

Casi estaba dispuesto a regalarle su «Chevrolet» con tal de que

desapareciera cuanto antes de allí, pero Martha estaba cada vez más interesada con lo que veía a su alrededor.

Se respiraba un ambiente muy cargado, a pesar de que todos parecían divertirse de lo lindo. Bebían, bailaban y reían sin tasa y sin preocupación alguna. Al menos aparentemente. Frank no sabía qué decir a la periodista para que se marchara. Miró su reloj de pulsera y se percató de que aún tenía tiempo de darle esquinazo. Faltaban cuatro horas para las tres de la madrugada.

Encargó una cena a Jim, el cual tomó nota en un block de lo que se le pedía, pero, como distraídamente, dio un golpe en la rodilla de Frank, y cuando éste le miró a la cara, Jim paseó su mirada por el salón, ya abarrotado de público.

Frank hizo un imperceptible gesto de asentimiento antes de preguntar:

—¿Dónde está el lavabo, por favor? Tengo las manos como un fogonero, y su cacharro tiene la culpa —añadió, dirigiéndose a su compañera.

Se levantó y encaminó sus pasos hacia el lugar que el camarero le indicó, procurando pasar inadvertido de la concurrencia por no desentonar con su traje tropical arrugadísimo, según pensó Martha cuando lo vio deslizarse a lo largo de la pared hasta desaparecer por una puerta cubierta con una cortina de tul.

Comenzó a lavarse las manos y no se volvió siquiera al oír abrirse la puerta a sus espaldas. Le bastó con mirar al espejo que tenía frente a él para darse cuenta de que era Jim, con su servilleta al brazo, el que se aproximaba.

El camarero prestó oído con atención y no percibió ruido alguno en los demás lavabos.

—Hay acontecimientos esta noche —dijo en voz baja—. Muchas caras conocidas que hasta ahora no habían venido por aquí. ¿Qué te parece, Frank?

—Esto se está poniendo al rojo vivo. Tendremos que valernos como podamos. Tú pediste refuerzos, pero me han enviado a mí solo. No hay más disponibles. ¿Qué sabes en concreto?

Jim fué a responder pero alguien penetró en los lavabos y el camarero dio media vuelta y salió, no sin antes extender tres dedos de su mano derecha y mostrándoselos a Frank.

Éste asintió y terminó de lavarse, saliendo a continuación a la

sala, donde seguían el baile y la cena.

Martha era en aquel momento galanteada por dos tipos muy elegantemente vestidos, pero dueños absolutos de unas maneras groseras y zafias.

Ambos enmudecieron cuando Frank tomó asiento junto a la joven.

Ya entonces se acercó el camarero y comenzó a servirles la cena, y ambos jóvenes comenzaron a comer sin preocuparse de lo que les rodeaba.

Fué Jim el que, al cambiar unos platos a Frank, le susurró al oído:

—Te ha conocido Crae. No te quita ojo. ¡Precaución!

Las palabras de Jim, apenas pronunciadas, estuvieron a punto de cortar la digestión a Frank. Sin embargo, no volvió la cabeza ni apartó los ojos de su plato; por ello no pudo advertir la mirada que le lanzó Martha. Una mirada de interrogación, de temor más bien.

La periodista tenía el oído muy fino y grandes dotes de observación, y se enteró de las palabras pronunciadas por Jim.

El cerebro de Frank comenzó a trabajar con la velocidad de un tren expreso. Tenía que llevarse a la chica, alejarla cuanto antes y, después, recibir la información de Jim. Ella adivinó las intenciones de su compañero y, antes de que él dijera nada, solicitó:

—Podíamos bailar un poco, ¿no le parece? Frank abrió los ojos hasta hacerlos parecer discos de gramófono.

—Quería salir de aquí ya... —balbució, confuso—. Estoy terriblemente cansado. Tenga en cuenta que ahora no podemos encontrar alojamiento; eso habrá que hacerlo mañana. Tenemos que dormir en los coches...

—No me desaire, Frank. Sea bueno, hombre. Vamos a dar una lección a estos ganapanes de cómo se baila con distinción. Ellos no saben hacerlo...

—Haríamos el ridículo con nuestras ropas sucias —se resistió Frank—. Ellos están correctamente vestidos.

—¡Voy a pensar que desprecia mi invitación...!

—¡Bueno! ¡Piense lo que quiera y váyase al diablo! —Frank estuvo a punto de gritar cuando dijo aquello—. Pero vamos a salir de aquí ahora mismo.

—Puedo quedarme...

—¡Usted me va a acompañar, si no quiere que la saque a rastras!

A Martha le brillaron los ojos, divertida; pero nada objetó. Tenía su plan. Dejó que Frank pagara la cuenta y se dejó coger del brazo mientras caminaba hacia la puerta.

De nuevo el «Chevrolet» de Frank remolcó al averiado «Dodge» de Martha, y salieron del aparcadero, abarrotado entonces de coches de último modelo. No podían buscar a aquellas horas un hotel, por ello recorrieron un par de millas hasta encontrar un sitio solitario y con árboles donde pasar la noche.

Frank renegaba en su interior. Ahora tendría que hacer a pie aquellas dos millas para acudir a la cita con Jim. Todo menos que la periodista metiera sus curiosas narices en lo que él tenía entre manos. Pero Martha era guapa e inteligente y Frank le perdonaba la inoportunidad de su presencia.

Sacó la cabeza por la ventanilla derecha de su coche y escuchó. En la lejanía se oían truenos y el viento traía olor de tierra mojada. Pero también percibió la respiración profunda y acompasada que le llegaba del otro coche. Martha dormía y, por tanto, él podía emprender la marcha.

Abrió despacio la puerta de su coche y salió de él, cerrando a sus espaldas con infinitas precauciones para no producir ruido alguno. Envío una sonrisa hacia el interior del «Dodge» y emprendió el camino en dirección a El Descanso.

La tormenta seguía amenazando, pero no empezaba a llover. Tal contingencia le habría molestado bastante y habría hecho bajar algunos grados el termómetro de sus simpatías hacia Martha Dolliver.

Caminó con pasos largos y elásticos por la oscura, carretera. A lo lejos brillaban las luces de los «bungalovs». Más tarde descubrió la iluminación de El Descanso. Miró su reloj de esfera luminosa y comprobó que marcaba las dos y cuarto. Llegaba puntualmente a la cita.

Siguió caminando sin quitar la vista de las luces del restaurante y vio que poco a poco se iban apagando. La fiesta debía haber terminado ya. Oyó el ruido de varios automóviles que se acercaban y dio un salto, escondiéndose entre unos cactus.

Los coches cruzaron ante él a buena velocidad. Descubrió varias caras de hombres asomadas a las ventanillas, pero no le vieron.

Pensó que al día siguiente tendría que comprar otro coche.
Y de pronto quedó rígido, irresoluto, los puños crispados.
Poco a poco se tranquilizó.

«No —se dijo—. Contra ella no tienen nada. Por muy brutos que sean, se darán cuenta de que la chica es ajena a todo esto».

Y siguió avanzando hacia El Descanso.



¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!

P R O E Z A S

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita. 160 páginas, al bajo precio de CINCO pesetas.

¡JOVENES, MUJERES Y HOMBRES leerán

P R O E Z A S

III



ALIÓ de la carretera cuando ya estaba cerca del restaurante. Tenía que adoptar toda clase de precauciones, puesto que, según le dijo Jim, había sido reconocido por alguno de los gorilas tan insultantemente elegantes. Frank estaba seguro de que ya le andarían buscando, pero iba dispuesto a dar mucho que hacer a los tipos.

Apartando las zarzas y cactus se aproximó al restaurante. Estaba con todas la luces apagadas y ningún ruido se oía en su interior. Cruzó un pequeño campo y llegó a la parte posterior de El Descanso. Descubrió la puerta de servicio, junto a ella, un bulto inmóvil.

Frank tuvo que esperar a que la luna iluminara el lugar. Jirones

de nubes galopaban por el firmamento y sumían en la más impenetrable oscuridad al restaurante y sus alrededores. Un rayo de plateada luz descubrió a los ojos de Frank la naturaleza de aquel bulto inmóvil. No era más que un cajón de desperdicios.

Dio un suspiro de alivio y miró el reloj de pulsera. Eran las tres y cinco minutos, demasiado pronto aún para impacientarse. A Jim le podía haber sucedido algo imprevisto que le obligara a retrasarse, pero Frank no estaba en condiciones de esperar con paciencia. Sabía que los ocupantes de los automóviles no se contentarían con dar media vuelta al no encontrarle en su coche. No. Estaba seguro de que comenzarían a buscarlo para poner en claro los motivos que tenía para estar en la región.

También sabía que los tipos no se conformarían con la explicación que él pudiera darles: Veranear. No se tragarían aquella explicación. Por ello le urgía recibir toda la información que poseyera Jim, y después obrar en consecuencia.

De nuevo miró el reloj. Ya eran las tres y diez minutos y el restaurante parecía vacío, muerto.

Decidió penetrar en el edificio para poner fin a aquella situación. Se deslizó entre los cactus y lilas, procurando no producir ruido alguno. Registró los alrededores sin encontrar nada anormal. El lugar estaba desierto.

Dio una rápida carrera y se agazapó junto al cajón de desperdicios. Paseó su mirada escrutadora por los alrededores, el oído atento y su mano diestra metida en el bolsillo trasero del pantalón, empuñando el «Mágnum».

Nada se movió y Frank se tranquilizó. Se puso en pie y giró el picaporte de la puerta. Se sorprendió al comprobar que cedía a su pequeño esfuerzo y se abrió sin producir chirrido alguno.

Pero Frank no penetró en seguida. Estaba acostumbrado a toda clase de añagazas y sabía que detrás de una puerta que se abre con facilidad puede haber un individuo con una porra de plomo o algo peor.

Empujó la puerta con el pie y extrajo el revólver y una linterna cilíndrica muy fina, poco más gruesa que un lapicero corriente, con la que alumbró el interior. Paseó el delgado rayo de luz y no descubrió nada anormal. Unas estanterías repletas de vajillas, unos fregaderos que relucían al ser heridos por la luz. Una nevera y, un

poco más allá, las cocinas eléctricas.

Frank abrió de par en par la puerta sin entrar en el «office» hasta que la hoja de madera no tropezó con la pared, demostrando así que nadie había tras ella.

Penetró entonces resueltamente y paseó el rayo de su linterna por la estancia. Todo estaba en orden. Los empleados del restaurante habían recogido antes de retirarse. Frank avanzó hasta una puerta frontera y la abrió, recorriendo la pieza con su haz luminoso. Era una despensa.

Su linterna le fué mostrando varios embutidos colgados de una cuerda. Otro frigorífico de gran tamaño. Después varios barriles de cerveza y botellas vacías.

Por último, algo blanco llamó su atención y fijó el rayo de luz en ello. Era una chaquetilla de camarero. Pero la cosa en sí no habría tenido demasiada importancia si Frank no hubiera visto en el bolsillo superior de la prenda un bolígrafo que le resultó conocido. Aquella misma noche Jim había hecho la cuenta de la cena, que él y la periodista consumieron, con el lapicero que ahora contemplaba.

La chaquetilla era, por tanto, de Jim. Se acercó y la observó con atención. Descubrió que tenía el botón central arrancado, al mismo tiempo que un jirón de tela, el cual colgaba del otro lado de la prenda.

No había nada en los bolsillos y Frank siguió buscando con la linterna. De pronto se alarmó. En un rincón había un montón de sacos vacíos.

En uno de los extremos del montón vio brillar algo. Se inclinó y, tirando bruscamente de los sacos, descubrió el cuerpo de Jim, el camarero.

Tenía los ojos trágicamente inmóviles, fijos en el vacío. Estaba desnudo el torso, sólo vestido con los negros pantalones listados.

Frank le observó el pecho y encontró pequeñas rojeces, algunas de ellas sangrantes. Ampollas y arañazos.

—¡Cigarillos! —murmuró, apretando las mandíbulas con rabia—. ¡Alguien va a lamentar esta salvajada!

Se levantó y quedó en suspenso, escuchando, expectante.

Hasta sus oídos llegó claramente el ruido producido por varios automóviles que se paraban en la puerta principal del restaurante. Dio un puntapié a los sacos y los envió hasta el cuerpo de Jim.

Después no se entretuvo más. Corrió por el mismo camino que había llevado para penetrar en El Descanso y se encontró fuera, al aire libre.

Se metió entre los arbustos, justamente a tiempo de evitar que lo descubrieran varios individuos que se aproximaban a la puerta de servicio.

Los observó y vio que se paraban ante la puerta. Hasta los oídos de Frank llegó la exclamación de uno de ellos:

—¡Ojo, chicos! Aquí ha estado alguien.

—¡A ver si tenemos suerte y encontramos al otro ahí dentro!

—Pues id con cuidado. Esa gente no entiende de bromas.

Frank vio cómo los hombres empuñaban sus pistolas y desaparecían en el interior, dejando a uno de guardia en la puerta.

Convenía batirse en retirada lo antes posible. Allí no tenía nada que hacer, aunque de buena gana habría descargado todas las balas de su «Magnum» sobre aquellos asesinos. Pero el tumbar a unos cuantos no significaba la victoria. Necesitaba a todos y, sobre todas las cosas, sobre el placer de la venganza, tomada contra los asesinos de su amigo, tenía que llegar al fondo del asunto. Llevar a la silla caliente a los jefes de la tenebrosa y potente organización.

Se deslizó con suavidad, alejándose del matorral que hasta entonces le había ocultado. Y, de pronto, sintió pasos precipitados y una exclamación a sus espaldas. Se volvió, el revólver firmemente empuñado, para hacer frente al peligro que se le avecinaba.

Pero se sorprendió al ver que el centinela que había quedado en la puerta del restaurante no corría en busca de él. El «gángster» se aproximaba con la pistola en la mano hacia un lugar cercano al ocupado por Frank. Al mismo tiempo que corría profería voces llamando a los compañeros que estaban dentro.

Frank sintió movimiento entre los matorrales y se agazapó cuanto pudo, tratando de pasar inadvertido.

No lo consiguió.

Alguien se acercó a la carrera hacia él. No le había visto, de ello estaba seguro Frank; pero, por el camino que seguía, no tardaría en tropezar con el joven.

Y así sucedió antes de que pudiera apartarse. Apenas se levantó, cuando el que llegaba chocó contra él con violencia.

Lo primero que percibió Frank fué un perfume conocido.

Después se encontró en el suelo, teniendo entre los brazos, firmemente sujeto, el cuerpo de... una mujer.

La reconoció al punto y emitió un taco feroz:

—¿Qué haces aquí, Martha? ¡En buen lío...!

Tuvo tiempo de disparar antes de que el «gángster» perseguidor lo hiciera. El hombre lanzó un grito desgarrador y se tambaleó como borracho, dando traspiés y queriendo alejarse de aquel lugar. Con las manos se oprimía el vientre, donde había ido a alojarse te bala blindada que le envió Frank.

Éste oyó ruido de carreras, voces, gritos de alarma. Sin pensar nada, agarró un brazo de Martha y tiró de ella con fuerza. Corrieron entre las matas, desgarrándose las ropas con las púas de los cactus.

A sus espaldas oyeron los precipitados pasos de los «gangsters» y los gritos del herido. Un estampido de pistola, y una bala silbó y tronchó varias ramas de los arbustos, a poca distancia de los fugitivos.

Éstos apretaron el paso. Frank descubrió los coches de los pistoleros y decidió apoderarse de uno de ellos. Pronto estuvieron junto a los coches, largos y charolados.

Pero en aquel momento era, precisamente, cuando no había que perder la serenidad. Junto a los coches podían estar los conductores, que recibirían a los jóvenes con una rociada de balas, y Frank no estaba dispuesto a morir tan joven y tan tontamente.

—¡Sígueme con cuidado! —musitó al oído de Martha—. Y mire dónde pone los pies...

La soltó y se deslizó entre la maleza, sin producir ruido alguno.

Y descubrió al hombre. Era uno solo y tenía una pistola en la mano. Estaba junto a la trasera del coche que había más cerca de Frank y de la periodista. El joven vio que el hombre estaba atento a los ruidos y advertencias que le llegaban de sus compañeros. Atento también a la llegada de lo desconocido.

Pero no anduvo lo suficientemente listo como para zafarse de lo que se le fué encima. Frank dio un salto magistral. Los había dado en Quántico muchas veces y le valieron el sobrenombre del «Tigre».

Una de sus manos se aferró a la del pistolero y la retorció, con brutal violencia. El hombre gimió, arrodillándose y presentando a Frank una barbilla que era una verdadera tentación.

El puño de Frank, duro como el casco herrado de un caballo, se

estampó contra el mentón, haciendo crujir los huesos.

El «gángster» se sumió en un profundo sueño, mientras Frank abría ya una portezuela y dejaba a Martha sentarse. El dio la vuelta al coche, y cuando se sentó frente al volante, ya la muchacha había puesto el motor en marcha. No tuvo más que desembragar, colocar la velocidad y emprender la huida a buena marcha.

Martha miró hacia atrás y vio que los faros de los otros coches se encendían y comenzaban a perseguirles.

Comprendió que tenía que hacer algo para desarrugar el ceño de su compañero de aventura. Era a ella a la que habían descubierto. Por ella estaban en situación comprometida, puesto que Frank había pasado inadvertido a los pistoleros.

—¿Me presta su pistola? —dijo la joven—. Usted esté atento al volante...

Él la miró un momento y le entregó la «Magnum». Martha la tomó con mano firme y saltó al respaldo del asiento. Con la culata, golpeó el cristal de la ventanilla trasera y, por el orificio, sacó el cañón de la pistola. Lo había visto hacer más de una vez en las películas de «gangsters».

El primer coche perseguir estaba peligrosamente cerca, y por ello, Martha apuntó por debajo a uno de los faros y oprimió el gatillo una sólo vez, con resultados que ella misma estaba muy lejos de prever.

El coche, tocado en un neumático delantero, perdió la dirección, inesperadamente también para el hombre que lo conducía. No pudo hacerse con el volante a la velocidad endiablada que marchaba. Primero se precipitó hacia la cuneta izquierda de la carretera. El conductor maniobró a la desesperada y encaró el automóvil hacia la cuneta contraria. Pero en el brusco viraje, perdió la estabilidad y dio varias vueltas de campana sobre sus costados, quedando poco después, con las ruedas en el aire, girando aún.

De su interior salieron lamentos antes de que una gran llamarada envolviera por completo al magnífico automóvil.

Martha tuvo tiempo de ver varias siluetas de hombres que rodeaban al coche y corrían alocadas, sin hacer nada útil para apagar el incendio y salvar a los «gangsters» que quedaban en su interior.

Frank suspiró cuando comprobó que ningún coche les perseguía.

Recorrió varias millas en silencio. La periodista tomó, de nuevo, asiento a su lado y le devolvió la pistola. Estaba trémula. Sus manos temblaban cuando aproximó lumbre al cigarrillo que Frank le puso en la boca.

—¡Hay que ser valiente, Martha! —animó él—. Se ha portado maravillosamente...

—¡Pero aquellos hombres...! ¡Habrán muerto abrasados! Yo... no me esperaba esto... En las películas he visto estas persecuciones y los actores disparan muchas veces antes de que pase nada...

—Esto no era una película —rió él, ante la ingenuidad de Martha—. De todas maneras, ha tenido usted mucha suerte. Quiero decir, nosotros. Un solo disparo y... Bueno; no se preocupe demasiado. Ellos sí nos hubieran matado a nosotros.

—Pero la muerte ha sido demasiado para esos hombres. Está bien que no nos dejáramos coger por ellos, pero...

—Antes o después, esos canallas tenían que morir —interrumpió él—. Es el fin de todos los que se apartan de la ley. ¡Lástima que no hayan caído todos, ahorrando trabajo al verdugo!

—Pero yo no sé eso. Ni siquiera si usted es peor que ellos o mejor...

Frank respondió con una alegre carcajada.

—Eran unos asesinos —dijo después, poniéndose serio—. Hace escasamente una hora dieron muerte al camarero que nos sirvió la cena.

—¡Es posible! ¿Ese que le daba a usted recaditos misteriosos?

Frank la miro. La periodista era más lista de lo que él se figuraba. Empezaba a temerla, con su olfato de repórter a la caza de noticias sensacionales.

—¡Oh! —rió Frank—. No me dio ningún recadito misterioso. Sólo me advirtió que tu pantalón tenía un gran descosido. El pantalón de mi esposa...

—¡Qué mal miente, Frank! —Martha comenzaba a tranquilizar sus nervios—. En fin... Enviaré a «Ogro Sam» un buen reportaje y la promesa de alguno más hasta que sepa en qué para todo esto...

—¡No! —Casi gritó Frank—. Usted no enviará nada. No me interesa...

—Pero a mí, sí —respondió ella, en el mismo tono—. No voy a desaprovechar esta ocasión. Hasta le diré al director que he sido yo

la que he creado la aventura y la noticia sensacional...

—Usted no hará nada de eso —dijo Frank, suavizando la voz—. Puede resultar muy peligroso... Tendría usted muy pronto, pisándola los talones, a una buena cuadrilla de pistoleros, que...

—¡No importa! La profesión mía tiene algunos riesgos, no crea. Ahora mismo estoy con usted, que no sé quién es, aunque me lo figuro. ¿Vieja rivalidad de bandas? —preguntó Martha, guiñando un ojo picarescamente, como si estuviera en el secreto de las cosas—. Dígamelo y prometo no mezclar su nombre en mis artículos.

Frank quitó el pie del acelerador y, arrimando el coche a la cuneta, lo frenó. Después apoyó un brazo en el respaldo del asiento y se encaró con la periodista, mirándola largamente, recreándose en su belleza, en sus chispeantes ojos, en su carita de niña buena. Ella se mostraba segura de sí misma ante el hombre, aunque interiormente pensaba que no acababa de agradarla estar en el desierto paraje, a solas, con un hombre que hablaba de muertes con la mayor tranquilidad y que había dejado tras él algunos cadáveres aquella misma noche.

—Usted no escribirá nada a su periódico, por ahora —dijo, al fin, Frank, sin apartar sus ojos de la joven—. Y no escribirá, porque se lo pido yo...

—No es motivo bastante —le interrumpió ella, con firmeza—. Deme alguna razón, y aun así...

—¿Le gustaría ingresar en un buen calabozo muy oscuro, con sus correspondientes ratas, humedad, lóbreguez, etcétera? ¿O prefiere darme su palabra formal de que no hará nada de lo que dice?

—¿Usted me secuestraría? —soltó una carcajada—. No lo creo. Muy pronto tendría a toda la Policía detrás de usted...

Él enmudeció durante un corto espacio de tiempo, que lo dedicó a contemplar a la chica, que estaba muy cerca de él, peligrosamente cerca. Después llevó su mano a un bolsillo interior, en el pecho, y extrajo algo, que enseñó a Martha. En los ojos de Frank Reedley bailaba la risa.

La periodista bajó los suyos y miró lo que el hombre la enseñaba. Era una placa redonda, con un escudo en el centro, algunas estrellas en el fondo y unas letras: «Department of Justice. Federal Bureau of Investigation. Special Agent». Después había una

cartela, bajo el escudo, en la que Martha leyó: «Fidelity - Bravery - Integrity».

Alzó los ojos, asombrada, gratamente sorprendida.

—¡Y yo creí que... usted...!

—Era un pistolero, ¿verdad? —La interrumpió Frank, riendo—. Pues se equivocó. ¡Mala vista de periodista! Puede ver también mi carnet...

Martha lo miró casi sin verlo. Vio la fotografía del hombre que estaba a su lado, varios sellos y firmas. No necesitó comprobar más, comprendiendo que todo estaba en regla.

—Y... ¿por qué han matado al camarero? —preguntó.

—Prometo decírselo todo cuando acabe este trabajo..., si lo acabo. Sólo le diré que era otro agente, compañero mío, y que ha caído en el cumplimiento del deber. ¡Cuando encuentre a los que lo hicieron...! —Estas últimas palabras pareció morderlas, al mismo tiempo que apretaba los puños con rabia—. Ahora comprenderá por qué no puede escribir nada aún —siguió Frank, más calmado—. Estoy metido hasta el cuello en un asunto bastante feo... No puedo decirle nada más. Únicamente debe seguir mis instrucciones al pie de la letra. Ahora, cuando amanezca, se marcha usted a Los Ángeles y espera mis noticias...

—¡Eso sí que no! —protestó ella, con energía, con inquebrantable resolución—. Lo que voy a hacer es quedarme por estos alrededores y me enteraré de todo. Le prometo no escribir nada al periódico; comprendo que no puede haber indiscreción alguna; pero ¡comprenda!, necesito estar cerca de aquí antes de que otro reportero me pise la información. Tendré paciencia y esperaré a que usted me vaya relatando todo lo que ocurra. No tema nada por mi parte. Además..., si usted fuera un buen chico...

—¿Qué?

—Me dejaría acompañarle en sus cosas...

—¡Ni hablar! —protestó él—. No me gusta rodearme de mujeres cuando trabajo. Traen desgracia...

—No insisto, Reedley; pero espero que nos veremos a menudo.

Él la miró, interrogadoramente.

—¿Interés profesional o...?

No terminó de hablar. En aquel momento tenía los labios ocupados en algo que nunca soñó cuando salió de Los Ángeles para

llevar a cabo la misión que el jefe le encomendó.

Poco después, Frank y Martha se apearon del coche y lo abandonaron en medio de la carretera. Ambos necesitaban descansar y se encaminaron a un hotel de pocas pretensiones.

—Dos habitaciones —pidió Frank al encargado del «comptoir».

El hombre miró a ambos alternativamente y se encogió de hombros.

—¡Niño! —gritó—. Acompaña a los señores a las habitaciones veinticuatro y veinticinco.

Y se inhibió del asunto. Los matrimonios de hoy en día eran la mar de raros y tenían las más extrañas costumbres.

—Que usted descanse —dijo Frank a Martha, ya en la puerta de una de las habitaciones que les habían sido destinadas—. Voy a dormir como un cesto, suponiendo que los cestos duerman mucho y profundamente.

—Voy a hacer lo mismo —dijo ella, bostezando.

La puerta se cerró y Frank la miró durante varios segundos. Después giró sobre sus talones y se alejó en dirección a la escalera. La bajó rápidamente y se perdió en la ancha avenida, llena de sol y alegría en aquella hora, temprana.

IV



CON tranquilo paso, Frank Reedley se alejó del hotel donde había quedado Martha. No había sido una acción premeditada para dejar a la periodista fuera de todo el jaleo. Por el contrario, Frank tomó la decisión de separarse de Martha en el mismo momento en que ésta cerró la puerta de su habitación. Estaba seguro de que sería mejor así. Él necesitaba moverse desembarazadamente, sin la preocupación que supone llevar siempre a su lado, como prendida con alfileres, a una mujer deseosa de verlo todo y que mete las narices, fatalmente, donde menos falta hace.

Además, Frank sentía algo en su interior; algo que no quería saber qué era, pero que sabía demasiado. Y aquel sentimiento, que comenzaba a albergar en su pecho, representaba una tara para el

normal desarrollo de su trabajo.

No tenía tiempo de enamorarse en tales circunstancias. Podía resultarle peligroso, no sólo a él y a la muchacha, sino, lo que era mucho peor, para el Tío Sam.

Continuó andando hasta llegar a bastante distancia del hotel. Se paró, junto a un escaparate, y su olfato percibió el aroma de café caliente. Entonces recordó que tenía un estómago que, desde hacía un rato, estaba protestando. Penetró en el establecimiento y pidió una taza de café, pero no se sentó frente al mostrador. Mientras le servían, se dirigió a la cabina telefónica y cerró la puerta acordeón a sus espaldas.

Pidió un número a la telefonista y aguardó, con el auricular en el oído, mirando, a través de los cristales de la puerta, a las personas que entraban en el establecimiento.

Una voz al extremo del hilo ordenó:

—Hábleme.

—¿Elmar? —preguntó Frank—. ¿Cómo está toda la familia?

—Muy contentos todos —fué la respuesta, después de una corta vacilación— pero los niños van al colegio.

—Me alegro —siguió Frank—. Pero, querido Elmar, quisiera que todos vosotros disfrutarais de unas alegres vacaciones. Éste es un sitio ideal para ello. Creo que debéis venir aquí y lo pasaremos muy bien.

La voz, al otro lado del hilo telefónico, tardó cerca de dos minutos en contestar, tiempo que Frank empleó en vociferar pidiendo línea y en soplar en el «micro», produciendo ruidos altamente desagradables.

—Iremos, querido Frank —dijo, al fin, la voz—; pero tardaremos algunos días...

—¡No! —interrumpió Frank—. Es mejor que vengáis cuanto antes. Si tardáis mucho, es posible que no nos podamos divertir como yo esperaba.

—Tenemos que prepararlo todo, Frank. ¡Conténtate con eso y... no acapares las diversiones para ti solo!

—Así lo haré...

Colgó el teléfono muy despacio, como desalentado, y se apoyó en la pared de la cabina. Tenía que aguardar varios días antes de que llegaran los refuerzos que había pedido. La reciente llamada

había sido captada en la División de

F. B. I.,

de Los Ángeles. Se habían dado perfecta cuenta de lo que él pedía, pero no podían hacer nada por el momento. Las cosas seguían igual que cuando Frank partió solo para llevar a cabo el trabajo. Su jefe superior, el inspector Quincy, paternalmente, como acostumbraba a hacer cuando enviaba a un hombre a una misión peligrosa, le había dicho:

«Tienes que hacerlo solo, Frank. Todos los muchachos están metidos hasta el cuello en varios asuntos urgentes y no podemos disponer de ninguno. Sé que puedes hacerlo hasta que vaya yo mismo a ayudarte, que será lo antes posible. Mantente firme y cuídate. Jim y tú podéis ir lejos...»

Frank se mantenía firme. Pero en cuanto a cuidarse... Eso era otra cosa, que no dependía de él precisamente. Los acontecimientos de la noche pasada le habían demostrado que la cosa era mucho más escabrosa de lo que habían pensado en un principio. No era una persona la que delinquía, y a la cual había que cazar con sigilo y habilidad. Por el contrario, era una poderosa organización, con pistoleros famosos y sin escrúpulos, lo que había que vencer y desorganizar. Y para ello estaba él solo. Completamente solo, puesto que Jim había sido asesinado hacía algunas horas.

Estas ideas fueron las que ocuparon el cerebro de Frank antes de que se decidiera a salir de la cabina. Pero el agente no era un hombre que pensara dos veces las cosas. El

F. B. I.,

le ordenaba que siguiera adelante aun estando solo, y él tenía que hacerlo. ¡Yaya si lo haría!

Corrió la encristalada puerta de la cabina y dio dos pasos en el exterior. Dos tan sólo, puesto que, inesperadamente, algo muy duro se le incrustó en el costado derecho, produciéndole un fuerte dolor. Casi al mismo tiempo, su costado izquierdo era igualmente castigado. Una cara ancha, con unos espesos bigotes qué caían a los lados de la boca, y unos ojos entornados y brillantes surgió ante el sorprendido Frank. Comprendió que acababa de ser cazado estúpidamente y que no había posibilidad de emplear alguno de los trucos en los que tan magníficamente son entrenados los agentes especiales en la Academia de Quántico. Sus muñecas quedaron

unidas, después de oír un chasquido metálico y la presión que dos pistolas automáticas ejercían en sus costados pareció aumentar.

—No ha tardado mucho en caer el «pájaro» —berreó el poseedor de la cara ancha, haciendo aspavientos de gozo y pasando un revólver por debajo de las narices de Frank—. Procure estar quietecito, porque no tengo inconveniente en pasaportarle sin contemplaciones.

Frank miró a aquel hombre y a los otros dos que tenía a los lados. Eran de edad madura y tenían aspecto de

«bull-dogs»;

pero sus observaciones no pudieron continuar, pues fué llevado casi en volandas hacia la puerta, entre una doble fila de curiosos que contemplaban la escena.

Frank estaba un tanto confuso y sorprendido por la audacia de los que, en pleno día y en un lugar muy concurrido, le secuestraban.

En la calle había un automóvil, y el joven pudo ver que la portezuela, que un hombre uniformado abrió, estaba rotulada con la palabra «Pólice». Un vigoroso empujón le hizo caer en el asiento y los tres individuos que lo habían apresado se sentaron en su torno. Entonces fué cuando el joven identificó el uniforme del conductor del vehículo como perteneciente a la Metropolitana.

—¿Son ustedes de la Policía? —preguntó Frank.

Pero un gesto enérgico del hombre de la cara ancha le hizo enmudecer.

—¡A callar! —Casi gritó el otro, poniendo uno de sus puños, semejantes a martillos pilones, frente a los ojos del joven—. Todo lo que diga podrá ir en contra suya, de manera que es mejor que cierre la maldita boca.

Frank miró fijamente al hombre y vio una pequeña estrella prendida en la camisa, bajo la americana tropical. Sonrió levemente y se encogió de hombros. Aquella actitud de Frank sacó de quicio al hombre de la estrella.

—¿Aún se ríe? —Cloqueó, con furibunda mirada—. Aguarda a que lleguemos y verás si te quito el buen humor a latigazos. ¡El marrano...!

Frank comenzaba a ser dueño de sus nervios. La sorpresa había pasado y se sentía más tranquilo al saber en qué manos estaba.

—Es que la cosa —dijo, sin dejar de sonreír— tiene alguna

gracia...

—¡Asqueroso, cínico! —Mugió el de la cara ancha, bizqueando los ojillos verdosos—. ¿Será capaz de descubrir la gracia de la silla eléctrica?

Frank soltó una estrepitosa carcajada y los cuatro hombres que iban con él lo miraron y se miraron inquietos, preguntándose con los ojos si estarían en presencia de un demente.

El coche frenó, con gemir de neumáticos, y las portezuelas se abrieron. Frank fué sacado poco menos que a puñetazos, fuertemente sujeto por las zarpas de los hombres.

Apenas pudo leer la placa de latón que había en la puerta del edificio de dos pisos en que fué introducido. Le sentaron en un banco, junto a una barandilla de madera, y aguardó a que el hombre que parecía jefe de los que le habían detenido tomara asiento tras la alta mesa.

El de los bigotes carraspeó teatralmente antes de preguntará.

—¿El nombre del asesino?

Frank Volvió la cabeza y miró tras sí como buscando algo.

—¡Le he preguntado su nombre! —chilló el bigotudo, fuera de sí, golpeando con el puño sobre la mesa.

—¡Ah! Pero... ¿me preguntaba a mí? ¡Haberlo dicho, hombre! Soy el agente especial Frank Reedley, de la Oficina Federal de Los Ángeles...

—Le voy a romper esa asquerosa cara... ¿Cree que se puede jugar conmigo?

—Le estoy diciendo la verdad, *sheriff* —siguió Frank, imperturbable—. Ahora soy yo el que pide explicaciones de su estúpida actitud. No puedo decir que sean ustedes unos dechados de perfección policíaca. Ni siquiera se han tomado la molestia de registrarme y ver que llevo un revólver en el sobaco y una documentación en regla. ¡Quíteme estas condenadas esposas de una vez!

El *sheriff* hizo una seña a uno de los dos agentes que permanecían junto a Frank y éste fué minuciosamente cacheado.

Los bigotes del *sheriff* parecieron caer más lacios y sus ojillos tomaron una tonalidad más verdosa cuando vio sobre su mesa la documentación de Frank Reedley, en la que se demostraba, sin ningún género de dudas, que el joven que estaba esposado ante él

era un federal y que, por tanto, *sheriff* y metropolitanos habían sufrido una ridícula equivocación.

Unos minutos después, Frank charlaba con el *sheriff* y lo volvía loco a preguntas.

—¿Quién me denunció? ¿De qué me acusaron?

—No sé quién —respondió el *sheriff*, corrido—. Me avisaron para que fuera a hacerme cargo de un cadáver... Un camarero de El Descanso fue asesinado anoche y se ensañaron con él... A usted se le vio hablar con el muerto...

—Veo perfectamente la jugarreta. —Frank se rascó la barbilla, perplejo—. Quisieron que yo les tomara por pistoleros y me «fajara» a tiros con ustedes en el momento en que fueran a detenerme. No les cabía duda de que yo caería en la refriega. Habría sido eliminado sin necesidad de que ellos lo hicieran. Claro que esas cosas es muy difícil que salgan bien... ¿Cuántos hombres tiene a su cargo, *sheriff*?

—Los que usted ve y dos motoristas. Aquí no hace falta más gente...

—Haría falta un regimiento completo —cortó Frank. Procuren estar atentos a mis llamadas. Es posible que necesite su colaboración. Pero, de momento, procuren no meterse en nada de lo que vean. No quiero que se alce la caza.

Un momento después, Frank se alejaba de aquel lugar y se metía en un parque público. Había una espesa vegetación allí. Paseos con bancos rústicos, en uno de los cuales, a la sombra de copudas acacias y después de comprobar que no había sido seguido por nadie, se sentó.

Necesitaba poner en orden sus ideas y trabajar de firme después. Aún no había adelantado nada desde que llegó allí. Tal vez, Jim le habría puesto sobre la buena pista, pero ahora no podía contar con ello. Tenía que hacerlo solo, mientras llegaban los refuerzos prometidos por el inspector Quincy.

Bruscamente se puso en pie. Sus ojos brillaron como enfebrecidos. Acababa de tomar una determinación, tal vez suicida; pero Frank comprendía que no podía seguir como en tinieblas, esperando a que los pistoleros lo cazaran como hicieron con el pobre Jim.

No. Tenía conciencia de haber estado haciendo el tonto durante

bastante tiempo y no estaba dispuesto a seguir de aquella manera.

Martha durmió durante muchas horas seguidas. Cuando despertó, lo primero que hizo fué aplicar su oído a la puerta que separaba su departamento del de Frank Reedley. Juzgó que debía continuar durmiendo, al no percibir ruido alguno en la habitación del policía. Ella tomó una ducha y pidió el almuerzo, en espera de que el hombre se despertara.

Pero aguardó en vano. A las seis de la tarde, Frank no había hecho acto de presencia en el salón del hotel. Entonces preguntó a una camarera si el hombre que aquella mañana había llegado con ella no había ordenado que lo llamaran a determinada hora.

La camarera la miró con un gesto de conmiseración, que a Marta no pasó inadvertido, y respondió que «el señor se había marchado dos minutos después de llegar al hotel».

Lo dijo piadosamente, como compenetrada con el drama que debía pasar Martha ante la ingratitud del hombre y de todos los hombres.

La periodista quedó muda, sorprendida por la noticia. Encendió un cigarrillo y meditó, sacando en consecuencia que estaba en libertad de hacer lo que la viniera en gana. La marcha de Frank Reedley la facultaba para husmear a gusto en el asunto que había comenzado la noche anterior. Pero también estaba su propia conciencia. No era capaz de perjudicar al hombre publicando artículos que lo descubrieran o pusieran de manifiesto lo que estaba haciendo en la región. Aunque bien se lo merecía por desconfiado.

Claro que también podía suceder que Frank se hubiera separado de ella para tenerla apartada de los peligros que presagiaba.

Sí. Así debía ser, puesto que el agente la había arrancado la promesa de guardar silencio hasta que él le permitiera publicarlo todo.

Y aunque Martha deseaba sorprender a «Ogro Sam» con una serie de artículos sensacionales que causarían la envidia de sus compañeros de Redacción y la desesperación del resto de los reporteros de los diarios de Los Ángeles, algo en su interior le ordenaba no hacerlo. Frank era un hombre magnífico, del cual conservaba aún el recuerdo de un beso, que ella no trató de rehuir.

Pero, a pesar de todo, ella no podía permanecer cruzada de brazos esperando que Frank llegara y le relatara los sucesos. Se

levantó del butacón y, con su cámara fotográfica colgada del hombro, salió a la calle y se apostó en una parada del autobús.

Diez minutos después penetraba en «El Descanso» y tomaba asiento junto al ventanal. La sala estaba casi vacía; los camareros, aún impresionados por el macabro hallazgo de aquella mañana, comentaban, pálidos y nerviosos, la muerte del que creyeron compañero de trabajo.

Martha inquirió noticias y se enteró de que Jim había muerto después de haber sido sometido a tormento por medio de la aplicación de cigarrillos encendidos sobre su cuerpo desnudo.

Esto la horrorizó y la hizo sentirse menos afectada por la muerte horrible que habían sufrido los pistoleros que la noche anterior persiguieron a Frank y a ella misma. Tenía razón el policía al considerar que los «gangsters» no merecían consideración alguna.

Permaneció cuatro horas en el restaurante, sin que nada de particular sucediera. A las diez de la noche comenzó a llegar más gente, y Martha reconoció a algunos de los asistentes de la noche anterior. Los mismos «*smokings*» y fraques, las mismas caras bestiales y conocidas de ella.

Y de pronto vio la maravilla... Todos la vieron, y cincuenta caras se volvieron hacia el mismo sitio. Era la artista cinematográfica Elysia Nicholls, que Martha conocía por haber visto algunas de las películas por ella interpretadas y muchas «fotos» en periódicos y revistas.

Era una mujer de una belleza deslumbrante; de regular estatura, pero maravillosamente formada. No había nada en su esbelto cuerpo que desarmonizara del conjunto perfecto que la había llevado al pináculo de la fama en Hollywood y en el resto del mundo.

La artista se detuvo en la puerta y paseó su mirada de reina por el salón. Un hombre penetró tras ella y, tomándola del brazo, se dirigieron a una mesa reservada de antemano.

Al acompañante no lo conocía Martha. Era un hombre de unos cincuenta años, de lisa cabellera, canosa en las sienes; irrepudablemente vestido y de ademanes distinguidos.

La pareja tomó asiento, bajo la solícita mirada del «*maître*» y de cincuenta pares de envidiosos ojos.

Y Martha deseó aprovechar la ocasión que se le venía a las

manos. Una «interview» con la artista de moda podía ser bien acogida por «Ogro Sam». La preguntaría sus proyectos, sus gustos, lo que la desagradaba y si pensaba contraer matrimonio. En fin, lo que hay que preguntar a una artista cinematográfica para que las mecanógrafas sueñen cosas imposibles al leerlo en los periódicos.

Se levantó de su asiento y se acercó a la mesa ocupada por Elysia Nicholls. Tenía costumbre de presentarse a sí misma y no tuvo vacilación alguna al sentarse junto a la «estrella» de «cine» y comenzarle a preguntar cosas.

Elysia Nicholls torció el gesto, después de lanzar una ojeada al carnet profesional De Martha; pero la catarata de preguntas que salían de los labios de la periodista impidió que la artista pudiera pronunciar palabra alguna.

A Martha no la importó el gesto de desagrado que puso el acompañante de la Nicholls y comenzó el interrogatorio:

—¿Cómo ha sido que decidiera pasar sus vacaciones en este lugar tan apartado, en pleno desierto casi? ¿No la habría gustado más Miami o cualquier otra playa de moda? Es allí donde van sus compañeros...

—Me gusta la soledad —respondió Elysia, después de cambiar una mirada con su compañero y decidida a ser amable con la periodista, a pesar de que la desagradaban sus posibles indiscreciones. Pero la mejor manera de librarse de la repórter era responder a sus preguntas, en vez de despedirla con la promesa de una futura entrevista—. Y el desierto y su selvático paisaje, tienen para mí muchos encantos.

—Y, sin embargo, es usted de origen europeo, ¿verdad? Nórdica, si no me equivoco...

—Sí; pero soy norteamericana. He nacido aquí, en San Luis...

—¿Piensa casarse pronto? Me gustaría ser la primera que lanzara la sensacional noticia.

La pregunta de Martha desconcertó visiblemente a la artista. Además, la periodista la hizo mirando significativamente al hombre que acompañaba a Elysia. Éste enrojeció y miró con ojos tiernos a la «estrella».

—No hay nada en firme..., por el momento —respondió Elysia Nicholls, después de vacilar—. Ello depende de muchas cosas.

—Elysia, querida —intervino el hombre, alargando un brazo y

cogiendo entre las suyas una mano de la artista—: me habrías hecho feliz si, por mediación de esta *miss*, hubieras anunciado nuestro matrimonio.

—¡Calla, Don! —le cortó Elysia, tajante—. No son cosas para discutir las ahora. No dirá nada, ¿verdad, querida? —añadió, sonriendo a Martha.

—¡Es lástima que me pida eso! —protestó la repórter—. Sería una noticia, que daría mi periódico antes que ninguno...

—No lo haga y... prometo comunicárselo antes que a nadie. Saldrá ganando en el cambio, puesto que la noticia que diera ahora no estaría fundamentada en nada.

Martha se dio cuenta de que el compañero de la Nicholls miraba con tristeza a la artista: con unos ojos acuosos y desesperados.

La periodista no quiso prolongar la «interview». Comprendió que estaba molestando más de lo correcto y, dejando una tarjeta con su nombre y señas junto a la mano de Elysia Nicholls, se despidió de la pareja y regresó a su mesa, donde siguió «emborrachándose» con jugo de tomate.

Cuando agotó el vaso, alto y estrecho, decidió tomar algo más sólido y llamó al camarero. Después de encargarle una cena a base de fiambres, le preguntó, sin rodeos:

—¿Conoce el nombre del acompañante de Elysia Nicholls?

El camarero miró a la periodista y después puso cara de idiota. Pero se le pasó en seguida, al ver que un billete, enrollado, pasaba de manos de la *miss* a las suyas propias.

—No estoy muy seguro, pero... creo que se llama Gravier. Donald Gravier. Dicen que es el novio actual de la Nicholls. Está muy enamorado y quiere casarse. Es un buen partido, según dicen los que no tienen otra cosa en qué ocuparse. ¡Ya me entiende: éstos que cotorrean y se meten en las vidas ajenas!...

Martha arrugó el entrecejo, pensando que lo de «cotorrear» iba dirigido a ella, pero prefirió no hacer caso.

—¿Dicen que es un buen partido? —Volvió a preguntar—. Desde luego, tiene cara de senador o algo así...

—Es ingeniero, *miss* —el camarero estaba deseando desaparecer de allí. No le faltaba más que a aquella insignificante damita le diera por enterarse de las vidas de todos los parroquianos de El Descanso—. Ingeniero aeronáutico, y tiene un buen sueldo.

Martha no preguntó más. Por otra parte, la sorpresa no la permitió pronunciar palabra alguna. En la puerta, con el traje recién planchado, bien afeitado y peinado y con aires de ser el dueño del restaurante, apareció Frank Reedley.

Martha lo miró sin acertar a cerrar la boca.

Pero ¿es que aquel hombre estaba loco? ¿Cómo, si no, se atrevía a presentarse en El Descanso en el momento en que estaba lleno de los mismos pistoleros que la noche anterior habrían dado un ojo de la cara por echárselo al plato?

Levantó un brazo y llamó así la atención de Frank. Cuando éste descubrió a la periodista, pareció perder buena parte de la confianza en sí mismo; pero se acercó a la mesa de Martha y se sentó.

—¿Por qué has venido? —preguntó a media voz—. Van a conocerte estos fulanitos y te harán pupa. Debiste esperarme en el hotel haciendo calceta...

—Y ¿por qué has venido tú? —Fué la respuesta de Martha—. A ti ya te conocen y también procurarán ponerte la zancadilla.

—Yo soy diferente, Martha. Cumpló con mi obligación... Además, tengo mi plan; pero no quiero que tú estés mezclada en esto. Te vas a marchar ahora mismo y no vas a parar de correr hasta estar en tu camita del hotel...

—Creo que no lo haré. Hace muchos años que hice la primera comunión, y, por otra parte, yo también tengo la obligación de estar en la línea de fuego.

—¡No quiero! ¿Me entiendes, Martha? Vas a largarte ahora mismo, o de lo contrario...

—¿Qué?

—¡Bueno! De lo contrario, te daré una azotaina y te meteré en la cama por desobediente.

—¡Mira qué guapo! Me tomas por una orquídea de invernadero; pero, a Dios gracias, estoy acostumbrada a no llamar a mi mamá cada vez que tengo que tomar una resolución, ¿me entiendes, corazón? He escrito artículos plagados de color local en el barrio chino de Prisco. Se me pusieron los ojos en la nuca volando en una lancha rápida de la Policía portuaria persiguiendo a unos contrabandistas. Hice una interviú a Stalin rodeada de oficiales soviéticos, que me miraban como si llevase los bolsillos cargados de

bombas de mano y como si mi pluma estuviera cargada con ácido sulfúrico. Y nada de eso es agradable, te lo aseguro. De manera que ahora...

—Bueno; pero, a pesar de todo, vas a largarte. Compréndelo; estropearías mi plan...

—Quiero correr los mismos peligros que tú. Mis reportajes...

Frank no pudo seguir insistiendo, porque tuvo que dedicar su atención a lo que ocurría en torno. Unos individuos se habían aproximado a la mesa que ocupaba en compañía de la periodista. Conoció a dos de ellos: «el Pecos» y «*Parabellum* Joe». Al otro no lo conocía.

Los tres pistoleros rodearon la mesa, las manos metidas en los bolsillos de los fraques y las caras serias, adustas. «El Pecos» fué el que llevó la voz cantante y se encaró con Frank, ordenándole, en voz baja, pero enérgica:

—Ni moverte, polizonte. Al menor gesto te convertimos en queso de Gruyere. Y no es broma.

Frank sabía que, en efecto, aquella amenaza no era broma, y no se movió.

—Vas a venir con nosotros, y tu novia, también... —Siguió «el Pecos».

—¡Oye! La chica no tiene nada que ver con esto —dijo Frank—. Vais a dejarla en paz...

—La chica también viene —cortó «el Pecos»—. ¡Anda, monada! Ponte en pie y sal con nosotros. Y olvida el histerismo, si no quieres que te ocurra algo...

Frank y Martha se pusieron en pie y, rodeados por los tres pistoleros, se dirigieron a la salida del restaurante. Muchas miradas socarronas les contemplaron. Otras personas, que cenaban y bailaban en El Descanso, ni siquiera notaron que la pareja salía contra su voluntad.

Los pistoleros sabían disimular a la perfección y daban la impresión de que marchaban en amistosa compañía con los prisioneros pero sin abandonar ni un solo segundo la estrecha vigilancia del agente del

F. B. I.

Sabían que los federales tienen artimañas para salir de las situaciones más difíciles en que pueda colocarles el malandrín más

ingenioso.



¡ATENCIÓN!

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

triunfa una vez más al crear la Colección in-
igualable

P R O E Z A S

Un género nuevo, interesante, para toda clase
de públicos, como lo es el invencible

F. B. I.

V



UANDO salieron del restaurante, «el Pecos» quitó el revólver a Frank, después hizo subir a éste y a Martha en un coche modelo 1950, El mismo «Pecos» subió tras sus prisioneros y les colocó unas esposas en las muñecas. Poco después, el coche arrancaba, siguiendo la pista principal. Frank se dio cuenta de que otros dos coches seguían al primero.

Al cabo de un par de millas dejaron la carretera y rodaron por otra, en peor estado de conservación. Fué cosa de un cuarto de hora de viaje, al cabo del cual, el coche frenó ante una verja. Los otros dos automóviles pararon detrás y de ellos se apearon diez individuos.

«El Pecos» hizo descender a Martha y a Frank sin miramientos

de ninguna clase. Después, rodeados de todos los pistoleros, avanzaron por un sendero enarenado, que les condujo al edificio.

Era éste un hotel de grandes proporciones y lujoso aspecto, aunque parecía que no se habían preocupado de su conservación en los últimos tiempos. Los prisioneros fueron introducidos en una habitación, que no tenía más que una bombilla en el techo.

Los pistoleros tomaron asiento en sillas y cajones diseminados por la estancia y aguardaron, charlando y haciendo comentarios acerca de Martha.

Media hora después se abrió la puerta y penetró un hombre, vestido de etiqueta, y seguido de otros dos, de inconfundible aspecto pistolero.

Frank conoció al recién llegado a la primera ojeada. Era Anthony Rock, un gorila con fijador en el cabello, y muy conocido en los medios policíacos de Los Ángeles como pistolero y contrabandista, pero al que, hasta entonces, no había sido posible probar nada que lo condujera a la cárcel, salvo algunos delitos de tenencia ilícita de armas.

Ahora parecía ser el jefe de la cuadrilla. Todos se pusieron en pie cuando él entró y guardaron silencio.

Rock miró a los dos prisioneros, con una feroz sonrisa en sus gruesos labios. Después se acercó a Frank y le espetó:

—Vas a contarme lo que haces por aquí, pero sin olvidar nada, ¿eh?

—Hacía tiempo que no te veía, Rock —respondió Frank—. Parece que ahora estás metido en cosas más serias que antes. ¡Es lástima que hayas salido de tus habituales negocios...!

—No te apartes de la cuestión. No, no te apartes —siguió el «gángster», apretando los puños—. Me vas a explicar qué tiene que hacer aquí un federal...

—¿No te lo dijo Jim Bakfield? —contestó Frank—. Porque a él también debiste preguntárselo, ¿no?

—No te hagas el gracioso, polizonte. Me lo vas a decir, si no quieres que te pase lo mismo que a tu compañero.

—Eso te costará el ir a la «silla», Rock. Has matado a un federal, después de martirizarlo...

El puño de Rock chocó bestialmente con la mandíbula de Frank y lo derribó al suelo, junto con la silla. Martha lanzó un gemido de

espanto ante la brutal agresión.

Frank movió la cabeza de un lado a otro, tratando de reponerse del golpe recibido. Lo consiguió con rapidez y miró a Rock, con ojos que parecían despedir fuego.

—Ya no es tan probable que vayas a la «silla» —dijo, mientras un hilo de sangre se escapaba de su boca—. Ahora es seguro que yo mismo te mataré.

—Tú no vas a matar a nadie —dijo Rock, haciendo una seña a sus hombres—, porque no vas a estar en condiciones de hacerlo. Y, además, me vas a explicar por qué estás aquí, ¡y sin tardar!...

Tres hombres se adelantaron y arrancaron la americana de Frank. La misma suerte corrió la camisa. Ambas prendas fueron arrojadas a un rincón y el agente quedó con el musculoso pecho desnudo.

Rock se aproximó. En su mano humeaba un cigarrillo, del que, de cuando en cuando, aspiraba profundamente, con afectación. Los tres «gangsters» que habían desnudado a Frank mantenían a éste bien sujeto por los brazos, pero no pudieron impedir que el agente levantara inesperadamente ambas piernas y largase una doble coz en plena cara a Anthony Rock y lo enviara, hecho una pelota, al otro lado de la habitación.

El rostro del pistolero se cubrió de sangre. Sus hombres pudieron apreciar las señales dejadas por los tacones de los zapatos del prisionero, profundamente marcadas, en la cara de su jefe. Tenía la nariz aplastada y convertida en una masa sanguinolenta. Un ojo cerrado, que se hinchaba por momentos, y, por último, el labio inferior, roto y colgante.

El «boss» se incorporó, ayudado por varios de sus hombres, aún desconcertado por lo sucedido. Poco a poco, se dio cuenta de que había sido golpeado por el hombre que estaba a su merced y rugió rabiosamente.

—¡Sujetádmelo bien! —bramó, escupiendo sangre—. Le voy a cortar en pedazos y voy a hacer una sopa con él.

Rock estaba enloquecido, verdaderamente furioso. Miró en torno, como buscando algo, y lanzó una exclamación al fijarse en un cajón vacío, que había servido de asiento a un pistolero.

Lo cogió con sus manazas de oso y, levantándolo sobre su cabeza, lo estrelló contra el suelo con gran estrépito. Después agarró

una de las tablas del destripado cajón y la separó del resto de las astillas. Era una tabla que le llegaba a la cintura y en uno de sus extremos conservaba tres clavos de dos pulgadas de longitud.

La enarboló con ambas manos y, acercándose a Frank Reedley, comenzó a golpearle con ella.

Los golpes, en sí, no eran excesivamente violentos, puesto que Rock buscaba desgarrar las carnes de Frank con los clavos del extremo de la tabla. Esto era lo que resultaba más doloroso para el agente. Los clavos se le introducían, y después, Rock tiraba hacia abajo con saña, produciendo unos rojos surcos en el pecho del prisionero.

El amplio tórax de Frank se convirtió pronto en una masa sangrienta, cruzado por cien rayas rojas. La sangre comenzó a gotear, formando un charco a los pies del joven, que fué aumentando gota a gota. El propio Rock tenía salpicaduras en su camisa, en su cara; salpicaduras que se mezclaban con el propio sudor y la propia sangre.

El cuadro no podía ser más bestialmente salvaje.

Al cabo de cerca de diez minutos de golpear y desgarrar, Rock fué advertido por uno de los hombres que sujetaban a Frank:

—Déjalo ya, Anthony. No le haces daño... Este hombre se ha desmayado o se ha muerto.

Rock cesó de golpear, después de rubricar su barbarie con un último golpe, más feroz que los anteriores. Arrojó la tabla a un rincón y, jadeando, se limpió la cara con un pañuelo.

Después se hizo acompañar por uno de sus hombres hasta el cuarto de baño de la casa y se dejó curar las heridas de la cara.

—Cuando despierte, volveré a empezar —bramaba, mientras el agua oxigenada hervía en sus heridas—. Ese niño bonito se va a acordar de Anthony Rock durante todos los minutos que le quedan de vida.

Cuando Rock Volvió a la estancia en que estaban sus hombres, su cara parecía el mapa de Terranova, cubierta de gasas y esparadrapos. Frank no había vuelto en sí, a pesar de que le habían lanzado más de cinco cubos de agua fría sobre el rostro.

De Martha Dolliver, nadie se acordaba. Estaba echada en un rincón y parecía desmayada.

—Empapadlo de agua hasta que despierte —ordenó Rock—.

Necesito seguir dándole con esa madera hasta que me caiga rendido. Cuando yo lo deje, podéis llevarlo al desierto y enterrarlo en cualquier parte.

Sus órdenes fueron prontamente obedecidas. Uno y otro cubo de agua cayeron sobre el inanimado Frank, el cual comenzó a dar muestras de que volvía en sí.

Pero Anthony Rock había medido mal sus fuerzas. Mejor dicho, no había contado con la insignificancia de un diente; pero que fué el que le impidió proseguir su tarea con Frank.

Un diente roto y medio sacado de su alvéolo, a consecuencia de la patada del agente especial, se atravesó en la encía del pistolero y comenzó a producirle abundante hemorragia.

Y Rock no podía resistir la vista de su propia sangre. Se sentía morir irremisiblemente. La sangre del prójimo le tenía completamente sin cuidado; lo dejaba indiferente. Pero la propia le producía mareos, náuseas y deseos irresistibles de meterse en la cama.

Y estaba constantemente escupiendo sangre. Además, sentía en su encía el arañazo que le producía el diente roto y no pudo reprimir el gritar:

—Vais a llamar al médico en seguida —ordenó—. A ése le metéis en un coche y lo lleváis al desierto. Allí ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Y se retiró a su habitación del piso superior.

«El Pecoso», como segundo jefe del «gang», quedó encargado de cumplir las órdenes de Rock. Envío a un par de hombres en busca del médico, que de antemano tenían pagado para casos como aquél. Otros cuatro cogieron a Frank Reedley y comenzaron a transportarlo hacia la puerta para cumplir las órdenes del jefe.

Pero no llegaron a salir de la casa.

Una sirena desgarró con su ulular la calma de la noche. Parecía acercarse a gran velocidad, y los pistoleros no tuvieron duda alguna de que un «auto» policíaco se aproximaba a la casa.

«El Pecoso» se puso a dar órdenes a una velocidad meteórica, sin perder la calma, porque era un hombre experimentado. Había que borrar, en primer lugar, las huellas dejadas por la feroz carnicería y, sobre todo, hacer desaparecer de la vista de los policías la presencia de Martha Dolliver y de Frank Reedley.

Volvieron sobre sus pasos precipitadamente y subieron al último piso a los dos prisioneros, metiéndolos en un desván abuhardillado bajo el tejado. Lanzaron verlos cubos de agua sobre la sangre dejada en el suelo y, después, se retiraron todos a sus habitaciones. Sólo quedó un hombre de guardia en el desván, junto a los prisioneros.

Y no anduvieron torpes. Dos minutos después, el único coche de la Policía que había en aquellos contornos frenó, chirriante, ante la verja, y de él se apeó el *sheriff*, seguido de dos paisanos, quedando el conductor de uniforme sentado en el «baquet».

Llamaron durante varios minutos en una campanilla de la puerta, hasta que consiguieron hacerse oír. En realidad, los «gangsters» habían oído la llegada del coche policíaco, pero ellos hacían su juego.

Un hombre en pijama llegó a la puerta, rezongando.

—Éstas no son horas, me parece —protestó, restregándose los ojos—. ¿Se puede saber qué quieren con tanto estrépito?

—Déjese de monsergas, amigo —respondió el *sheriff*—. Queremos ver al señor Rock lo antes posible. Dígale que somos de la Policía...

—¿La Policía? —preguntó el del pijama—. Nosotros no la hemos llamado...

—¡Lo sé, lo sé! —dijo el *sheriff*—. Pero haga el favor de decir a míster Rock que quiero verle. Es urgente.

—No sé si le gustará que lo despierten a estas horas —se resistió el pistolero—. Pero si insiste...

—Sí, hombre, sí. Ve ya, y date prisa.

La puerta de hierro se abrió y permitió el paso de los policías. El hombre del pijama acariciaba la culata de una pistola en uno de los bolsillos del traje de dormir.

Recorrieron el enarenado paseo y penetraron en el hotel. Los policías tuvieron que aguardar en el «*hall*» a que el hombre del pijama subiera a la habitación de Anthony Rock y le pusiera en antecedentes de lo que ocurría.

—Diles que se larguen —bramó el jefe del «gang»—. No es hora de visitas, y menos de «éso»...

—Han dicho que querían verte con urgencia.

Rock dio media vuelta en la cama y se palpó los esparadrapos que tenía en la cara.

—Está bien. Bajaré ahora mismo —rezongó—. No sé qué voy a decirles de esto.

Cuando Rock bajó al «*hall*», el *sheriff* se estaba paseando, nervioso, por la pieza. Las manos a la espalda y la cabeza baja, preocupado.

—¿Qué es lo que le ocurre, *sheriff*? —saludó Rock, con una sonrisa desfigurándole el rostro—. Muy importante tiene que ser para que nos despierte a las cuatro de la madrugada.

—Lo es, míster Rock. Pero ¿qué le ha ocurrido? Parece que un regimiento de tanques ha pasado por su cara...

—¡Hummm! —Los ojos de Rock despidieron chispas—. Fué al hacer gimnasia esta mañana. Me caí... Pero dígame lo que le ha traído por aquí y déjese de tonterías.

El *sheriff* miré fijamente a Rock y respondió:

—El

F. B. I.,

anda en todo esto. Tengo miedo, sencillamente.

—Vamos, vamos. No hay que perder la serenidad. ¿Qué tenemos nosotros que ver con el

F. B. I.?

Usted sabe que yo no soy capaz de molestar a los señores de Hoover para nada. ¡Dios me libre! Si está el

F. B. I.,

por estos alrededores no se debe a nuestra presencia. Usted sabe que nos hemos reunido unos cuantos amigos para descansar en este tranquilo lugar. Le visité amistosamente para que nuestra presencia no le alarmara... Y quedó usted satisfecho de mi visita...

—No me acuerdo de ello —le interrumpió el *sheriff*—. Y no he comunicado a nadie su estancia aquí. Pero ahora es distinto. Un motorista de servicio me ha comunicado que han secuestrado ustedes a un hombre y una mujer esta misma noche. Da la casualidad de que ese hombre, por las señas que me han dado, es nada menos que un agente especial de los federales. La visita que usted, me hizo... no sirve para... que yo... silencie ese hecho. Es demasiado comprometido para mí.

—Vamos, *sheriff*. Le han engañado. Nosotros no somos capaces de hacer eso que usted dice. Habrán sido otros los que le hayan secuestrado... ¡Vaya! Tome este cigarro y márchese a dormir, que

tiene usted los nervios alterados.

Y acercándose al *sheriff* le metió algo en el bolsillo superior de la americana. El hombre de la cara ancha y los bigotes caídos palpó «aquello» que acababa de recibir su bolsillo y desarrugó el entrecejo visiblemente.

—Pero esto tiene que acabar —dijo muy serio... me está comprometiendo seriamente y...

—No se preocupe *sheriff* —le interrumpió Rock, afectando buen humor, aunque la realidad era que le estaba cargando el policía con sus remilgos—. Déjenos descansar una temporadita y no le irá mal. Además ya le dije que tiene asegurada su elección. Debe estar contenta con mi amistad...

—Estaría más contento si estuviera a mil millas de aquí. Me marchó ahora, pero, Rock, lleve cuidado. Puede ser que no siempre esté «al quite»[3].

—No se preocupe, *sheriff* —repitió Rock, poniendo una de sus manos en las espaldas del policía y acompañándole hasta la puerta—. Procure dormir muchas horas y le irá mejor...

Ya iba el *sheriff* a transponer la puerta cuando un estrépito se produjo a sus espaldas, en la escalera de la casa. Se volvió sorprendido y vio que algo descendía los escalones a velocidad vertiginosa, rodando y golpeando hasta detenerse en el *parquet* del «hall».

El *sheriff* miró con curiosidad a la muchacha que, despeinada y con el terror pintado en su bello rostro, se levantaba del suelo y, después de largar un puntapié al hombre que había rodado las escaleras abrazado a ella, se acercó al individuo en cuyo pecho brillaba la estrella de *sheriff* de la comarca.

—¡Oiga! —Hipó, jadeante el pecho—. Acompañeme al desván. Verá... algo que...

No pudo terminar. Los sollozos la ahogaban y, además, Rock se lanzó sobre ella y la apartó del *sheriff*.

—No haga caso, *sheriff* —gritó el pistolero—. Está enferma de los nervios. Es mejor que se marche y...

—Un momento, un momento —le interrumpió el policía—. ¿Es ésta la mujer que acompañaba a...?

—No quiera saber tanto, *sheriff* —le interrumpió a su vez Rock

—. Lárguese de una vez y olvide lo que ha visto.

—¡*Sheriff, sheriff!* —gritó Martha con energía—. ¿Sabe lo que es esto?

Y mostró su mano abierta a los ojos del policía. En la palma brillaba un emblema que era la segunda vez que el *sheriff* veía en aquel día.

—Es de un agente federal que estos asesinos tienen secuestrado y herido en el desván. No haga caso a ese salvaje —y señaló con un dedo a Rock— y deténgalo. ¡Es un criminal, una mala bestia!

La mano velluda de Rock se estrelló contra la boca de Martha. Pero la muchacha anduvo lista y mordió, ¡vaya si mordió!, la mano cobarde del pistolero. Éste lanzó un berrido que puso en conmoción la casa.

—¡Maldita...! ¡Vas a acordarte de esto!

Y se abalanzó hacia la periodista, que había buscado refugio tras el policía.

Pero la mano mordida por Martha se le cubrió de sangre, una sangre que goteó en el suelo como si hubieran degollado a un cerdo. Rock tenía su poquito de cerebro. Casi todos los hombres nacen con algo de cerebro, y el que tenía el pistolero le sirvió para hacerle recordar que, en cierta ocasión, leyó que la boca humana alberga una terrible cantidad de microbios y es foco de numerosas infecciones. Este recuerdo sirvió para que quedara como paralizado. Allí, en su mano sangrante, se estaba «cociendo» una infección. Tal vez el terrible tétanos. Y aunque Rock, normalmente, era un torbellino que no se detenía en pensar las cosas dos veces, la lectura del artículo, que versaba sobre las infecciones producidas por mordeduras, se le había quedado profundamente grabado. Era algo que le conmovió cuando se enteró de ello.

Y, de pronto, inesperadamente, emprendió la carrera en busca del cuarto de baño, llamando a gritos al hombre que sabía curar heridas.

Era una debilidad que tenía Rock, el cual no era un cobarde cuando tenía que jugarse la pelleja en un asalto a un Banco o burlando a la Policía a tiro limpio. Pero en esas ocasiones «veía» al enemigo, lo tenía frente a él, y no, como en la ocasión presente, solapadamente introducido en la pequeñez de una herida.

Martha se había refugiado junto al *sheriff*, el cual no sabía qué

actitud adoptar ante aquella compleja situación. Compleja para él, claro está, puesto que si hubiera estado en posesión de su completa dignidad, no habría dudado un solo segundo en emprenderla a tiros con todos los pistoleros que llegaron precipitadamente de todas las habitaciones de la casa.

Pero el *sheriff* había recibido algunos «cigarros» de Rock y tenía que seguir hasta el final el camino emprendido.

Dar media vuelta y dejar allí a aquella señorita era lo que procedía. Y después, cerrar los ojos y los oídos para todo lo que no fuera cazar raterillos sin importancia o imponer multas a los infractores de las leyes de circulación.

Frank Reedley estaba despierto cuando se oyó la sirena de la Policía. Conservó los ojos cerrados para que no se ocuparan de él mientras hacía esfuerzos por reponerse. Tenía el pecho en carne viva y se sentía débil por la pérdida de sangre. Y aún tenía que dar gracias a que los clavos que había en la tabla con que le golpeó el pistolero estaban doblados y, por lo tanto, no se le clavaron profundamente en la carne, sino que se deslizaron produciéndole unos simples arañazos, muy dolorosos, de todas formas, por la insistencia con que Rock lo golpeó. Pero, a pesar de su debilidad, pudo ver cómo Martha se levantaba del suelo y, en silencio, se acercaba a la puerta donde estaba el centinela que había colocado «el Pecos». Vio cómo le daba un empujón y, aprovechando la sorpresa del hombre, que tenía sus cinco sentidos puestos en lo que sucedía en el «*hall*» de la casa, abría la puerta y corría, fuera ya de la habitación. Los movimientos de la periodista estaban embarazados por las esposas que tenía colocadas en las muñecas, pero aun así, Frank supo que había llegado abajo. Sus oídos percibieron las conversaciones de los hombres con los policías.

Pero para desesperación de Frank, que esperaba que los agentes efectuaran un registro de la casa, éste no se produjo.

Decidió, por tanto, obrar por su cuenta.

La casa estaba convertida en un hervidero. Se oían carreras, llamadas, gritos de dolor proferidos por Rock.

Frank comprendió que era el momento de intentarlo todo. Nadie se preocupaba de él, pues lo consideraban fuera de combate, y los pistoleros tenían ocupaciones más importantes que subir a vigilar a un desmayado.

Aún conservaba las esposas puestas, pero tenía las piernas libres. Se puso en pie con gran esfuerzo y llenó sus pulmones de aire. La herida enorme del pecho no sangraba.

Miró en torno. La habitación estaba a oscuras, sólo iluminada débilmente por la luz de la luna que penetraba por una claraboya colocada en el techo.

Aquella sería la vía de escape. La abrió con facilidad, subió a pulso y un minuto después estaba pisando la cubierta de cinc de la casa.

Miró con atención lo que le rodeaba. Con inseguro paso se acercó al borde del tejado y vio que un eucalipto se elevaba gallardo, pegado a la fachada. Oteó y vio el parque del hotel, la verja y, detrás, un coche.

Extendió los brazos unidos por las esposas, y agarró una rama del eucalipto pero la rama era floja, colgante, como casi todas las de estos árboles.

Sin embargo, tenía que intentarlo, no podía quedarse indefinidamente en el tejado.

Se dejó caer sin pensarlo más. La rama se dobló blandamente bajo el peso de Frank hasta quedar tensa con el hombre colgado de ella. Luego se desgarró y Frank se precipitó desde aquella altura, equivalente a un tercer piso.

Instintivamente soltó las hojas que le habían quedado en las manos y trató de aferrarse a otra rama, sin conseguirlo.

Fué providencial que una rama más fuerte se interpusiera en su caída. Frank quedó frenado bruscamente por aquella rama, «pero fué el pecho el que quedó apoyado en ella»; los brazos y piernas colgando a cada lado.

Creyó que cien bayonetas le penetraban en la carne y estuvo a punto de perder el conocimiento, pero logró mantenerse firme. Después se dejó resbalar, mordiendo los labios por el dolor que le producía la rama sosteniendo todo su cuerpo y quedó colgando de los brazos, con la enorme llaga sangrando de nuevo.

Miró en torno y soltó sus manos, cayendo blandamente al suelo y respirando aliviado.

No se detuvo. Necesitaba huir lo antes posible y que un médico le curara la herida. Después volvería y barrería a tiros a toda la cuadrilla de asesinos.

Pero vacilaba al andar y comprendió que no podría ir muy lejos. Tenía que buscar un medio de locomoción.

Y recordó que había visto un coche. El de la Policía.

Atravesó el parque del hotel y saltó la tapia con gran trabajo. Pegado a la pared de ladrillo se aproximó al coche, apagado y silencioso.

Entonces le asaltó una duda. ¿Pediría apoyo a la Policía? No acababa de comprender por qué no habían subido a buscarle cuando Martha les pidió ayuda. Tenía que ir con cautela.

Se aproximó más al coche y descubrió al conductor. Estaba dentro de la verja, atento a lo que sucedía en la casa. Cuando el agente conductor quiso evitar que el coche se alejara, ya era demasiado tarde.

Disparó al aire primero y luego al automóvil, pero no pudo evitar que el faro piloto se fuera empujando hasta desaparecer por completo.

Poco después, tres automóviles, potentes y lujosos, salían del parque y emprendían a toda velocidad la persecución del agente Frank Reedley, que había llegado a convertirse en una verdadera obsesión para Rock y para el *sheriff* venal. Principalmente para este último.

¿CONOCE USTED

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

VI



SILENCIOSO, charolado y suave, pregonando comodidad con el leve susurrar de sus neumáticos, un «Lincoln» se detuvo ante la puerta de hierro del chalet en cuyo frontispicio había una placa esmaltada, escrita en castellano, que rezaba: «Villa de los Cármenes». El conductor se apeó con rapidez y, dando la vuelta al coche, fué a abrir una de las portezuelas.

Donald Gravier descendió del automóvil y se volvió hacia el interior, ayudando a bajar a la artista Elysia Nicholls. Transpusieron la verja del jardín y, recorriendo el breve sendero enarenado, penetraron en el chalet.

Gravier despojó a la artista de un liviano echarpe que le cubría

los redondos hombros y lo entregó a una doncella que les había seguido, Después ofreció un cigarrillo a su compañera y encendió él otro.

—Hace calor aquí dentro, querido —dijo, con suavidad, Elysia—. Estoy también algo cansada...

—¿Eso quiere decir que... me marche? —La interrumpió Donald Gravier, mirándola a los ojos intensamente—. Apenas hemos estado tres horas juntos...

—Bien sabes que estaría junto a ti siempre —respondió la artista, aproximándose al ingeniero—. Pero mañana tienes que estar en la fábrica muy temprano... ¡Esas dichosas pruebas de motores...!

—Aún podemos fumar un cigarrillo en la terraza. No es excesivamente tarde.

Elysia hizo un gesto de fastidio, cambiándolo muy pronto por una sonrisa al ver que Gravier la observaba con atención.

—Acepto encantada —dijo—. Pero sólo uno, ¿eh?

Salieron a un amplio balcón, a una altura de diez pies sobre el rumoroso jardín, y se sentaron en butacas de mimbre. Sus pulmones aspiraron la suave brisa de la noche. Estaban muy cerca el uno del otro y Gravier contemplaba con embeleso el rostro fino y delicado de la artista, al mismo tiempo que aspiraba el embriagador perfume que emanaba del cuerpo de ella.

Después de un corto silencio, durante el cual Gravier estuvo luchando consigo mismo sin decidirse a decir lo que pensaba, la joven arrojó la punta de su cigarrillo al jardín e hizo el primer movimiento para levantarse del sillón.

Gravier comprendió que tenía que aprovechar el tiempo antes de que la oportunidad se le esfumara.

—Elysia —dijo, al fin, deteniendo el movimiento de la joven—. Espera un momento... Necesito decirte...

—¡Pero... es muy tarde, Don! —le interrumpió ella.

—No puedo seguir en silencio más tiempo —dijo él con energía—. Te pedí que te casaras conmigo y aún no me has respondido. Estoy dispuesto a salir de dudas esta misma noche.

—¡Qué lenguaje, querido! —dijo Elysia, arrugando el entrecejo con una mueca graciosa, estudiada mil veces ante la cámara—. Tienes sangre latina en las venas.

—No rehúyas la repuesta, Elysia —insistió Gravier, aproximando

su rostro al de la artista—. ¡Dime que harás lo que yo diga! ¡Que me acompañarás a Birmania! Allí viviremos sin preocupaciones y seremos felices. El sueldo que me han ofrecido es muy bueno... ¡Ya verás...!

—Pero antes, Don, tengo que desembarazarme de «ésos» —dijo Elysia, dejándose acariciar sus manos por las del hombre—. Si no lo hiciera así, bien sabes que no podría vivir en parte alguna del mundo. Me perseguirían y me matarían, Don, y... ¡tengo mucho miedo!

—Podemos ponerlo en conocimiento de la Policía —dijo él con gran energía—. Te lo he repetido muchas veces. No es más que un chantaje inicuo... Acabará por comprometernos a los dos. Estas cosas no acaban bien jamás.

—¿Tienes miedo tú también? —Elysia se apartó del ingeniero, afectando repulsión—. ¿Cómo no he de temerlo yo misma? ¡Oh Don, soy muy desgraciada!

Gravier rodeó con un brazo los hombros de la artista y la atrajo hacia sí con ademán protector.

—No es eso, querida —musitó en el oído de ella—. Es que pienso que podríamos librarnos con facilidad de esos canallas, si tú confiaras un poco más en mí.

Ella alzó los ojos y miró a Gravier. Unos ojos grandes y suplicantes.

—¡Haremos eso, Don! —exclamó con decisión—. Entregaremos lo que nos han pedido y después huiremos a Birmania. Cambiaremos de nombre... ¡Tal vez no nos encuentren! ¡Estoy segura de que podremos ser felices! ¡Sí! Lo haremos, querido.

Gravier dudó momentáneamente. Pero los ojos suplicantes de Elysia y la promesa de muchos años de felicidad ininterrumpida en Rangoon le decidieron.

—Lo haré, muñeca —dijo, con voz sorda—. ¡Bien vales una trai...!

La mano fina y perfumada de la artista se posó sobre la boca de Gravier y no le permitió concluir de pronunciar la palabra. El besó aquella palma con frenesí, con besos leves y silenciosos.

En aquel momento un estrépito procedente de la carretera hizo que ambos se separaran y miraran, tratando de penetrar las sombras de la noche, hacia la puerta del jardín.

Percibieron la voz del conductor del «Lincoln» y después la sirena de la Policía que se detenía en la puerta del parque.

Las voces no se interrumpieron. Después fueron aproximándose hacia al chalet. Sin duda el chofer y alguien más estaban en el sendero y se dirigían hacia la casa. Jadeaban mientras caminaban con lentitud.

Por fin vieron el bulto entre los árboles del jardín. Eran dos los hombres y transportaban a otro.

Elysia y Gravier penetraron en el salón y abrieron la puerta, dejando el paso libre al chofer y a un agente uniformado que, dando traspiés, depositaron su carga sobre un diván.

Tenía el pecho cubierto de sangre seca y parecía haber perdido el conocimiento. Pero lo que más llamó su atención fué cuando descubrieron que el herido estaba esposado.

—¡Tráeme las sales! —ordenó Elysia a la doncella—. Este hombre debe estar muy mal...

—Debe ser un evadido —exclamó Gravier, mirando las esposas—. Habrá que avisar a la Policía...

—Ya está avisada, señor —intervino el agente motorista—. Sólo quiero que recobre el conocimiento y me diga qué es lo que ha hecho con mis compañeros. Este tipo ha robado el coche de la Policía... ¡Sabe Dios lo que habrá hecho con el *sheriff* y los demás!

La doncella llegó con varios frascos y se los tendió a Elysia, pero ésta se negó a hacer nada.

—No resisto la vista de la sangre —dijo—. Atiéndanle ustedes. Puede ser un criminal...

El motorista empapó un pañuelo y mojó abundantemente el rostro de Frank Reedley. Mucha de la sangre que cubría su cara desapareció con la mojadura, y Elysia se llevó una mano a la boca. Pero nadie vio aquel gesto.

Un minuto después, Frank abría los ojos y miraba en torno.

—¡Me desmayé! —dijo— tratando de incorporarse y haciendo una mueca de dolor.

—Permanezca quieto —dijo Gravier, con voz tranquila—, mientras llamamos a una ambulancia...

—¿Una ambulancia? —preguntó, alarmado, Frank—. ¡Nada de eso! ¡¡Oiga!! —añadió, dirigiéndose al motorista—. Quítame este trasto de las manos; necesito hacer algo...

—Ni lo sueñe, amiguito —respondió el agente—. Dígame dónde encontró el coche que conducía y qué ha hecho de sus ocupantes, o le voy a poner la espalda peor que tiene el pecho.

Frank miró con gran atención al policía y quedó satisfecho de su examen, porque sonrió, adquiriendo su rostro una expresión trágica.

—No tengo mi chapa, muchacho —dijo—; pero creo que aún conservo el carnet, si te molestas en buscarlo en el bolsillo interior de mi pantalón. Eso te aclarará muchas cosas. Además...

Se interrumpió mientras se incorporaba y quedaba sentado en el diván, permitiendo la busca del documento en un bolsillo escondido en el interior de sus pantalones.

—Además —prosiguió—, puede que te diga algo mi nombre, Charlie.

El motorista le miró y después se enfrascó en la lectura del carnet que acababa de sacar del bolsillo de Frank.

—¡Diantre! Esto sí que es bueno —exclamó—. Y yo creí que eras un fugado de la Policía.

—Una equivocación la tiene cualquiera, viejo —dijo Frank—. ¿Qué grado tienes en la Metropolitana?

—Nada más que cabo motorista, Frank. ¿Y tú?

—He ido más aprisa, pero dejemos eso. Ahora me vas a llevar al cuartelillo y me darás una ametralladora. La necesito más que la ambulancia. Por el camino recordaremos nuestros tiempos de Guadalcanal.

El motorista ayudó a Frank a levantarse del diván. El joven se volvió y miró el raso del mueble manchado de sangre.

—Lo siento de veras, señor —dijo, dirigiéndose a Donald Gravier—. Creo que esas manchas salen muy mal.

Gravier estaba pálido, desencajado y no acertó a responder. Había leído el carnet de Frank por encima del hombro del motorista y se había enterado de que el herido era un agente del

F. B. I.

Y sacó sus consecuencias.

Vio salir a los dos policías. El herido caminaba tambaleante, indeciso. Habría caído al suelo si el agente uniformado no lo hubiera sujetado por un brazo.

Cuando la puerta se cerró a espaldas de los dos policías, Gravier miró aterrado a la artista. Ella le volvió la mirada con otra de

interrogación.

—¿Quién era el herido? —preguntó Elysia.

—¡Un federal! —respondió, concisamente, el ingeniero—. Un «G-Men».

—Lo sabía. Lo supe esta noche en El Descanso. ¡Esos idiotas lo han dejado escapar!

Estaba transfigurada. Su rostro, normalmente angelical, admirado por millones de personas de todo el mundo y considerado como el de belleza más serena, mostrábase ahora a los ojos de Gravier como algo demoníaco. Los ojos parecían querer salirse de las órbitas; estaba congestionada, los puños apretados y la boca entreabierta, como si le faltase el aire que respirar.

—¡Lo pagarán! —gritó fuera de sí—. Y además...

Dio media vuelta y se dirigió rápidamente a un secreter. Abrió un cajón y, cuando Gravier la vio de nuevo, llevaba una pistola automática en su diestra.

Con paso ligero se dirigió hacia la puerta, pasando junto al ingeniero, que la contemplaba mudo y perplejo.

Pero no llegó a abrir la puerta, pues Gravier la sujetó por un brazo y la hizo frenar en seco.

—¿Qué vas a hacer, querida? —dijo, con voz suave—. Debes calmarte. Ese agente puede buscar otra cosa; puede tener otra misión. Tú estás a salvo de toda sospecha.

—¡Déjame, imbécil! —gritó la artista, desasiéndose bruscamente de la mano del ingeniero—. Ese hombre nos busca a todos, ¿entiendes? ¡A todos! Si no hubiera sido por tus remilgos de conciencia, tendríamos ya todos los planos de ese maldito motor y estaríamos lejos de aquí... ¡Pero el niño tenía escrúpulos de conciencia! ¡No se atrevía a hacerlo! —Elysia hablaba en un tono hiriente que hacía daño—. ¡No quería, después de haberlo hecho varias veces durante dos años! ¡Pues ahora vas a tocar las consecuencias!

De nuevo se dirigió hacia la puerta. Gravier no dudaba ya de las intenciones de la artista. Quería asesinar a los dos policías antes de que salieran del jardín, y una dura lucha se entablo dentro de él. Una lucha sorda, feroz, entre su amor hacia la mujer y su conciencia de hombre de bien.

Pero no tenía mucho tiempo que perder esperando a que la

lucha acabara y que el vencedor dictara un proceder inmediato.

Elysia abrió ya la puerta y salió al jardín con la pistola amartillada en la mano.

Gravier se precipitó hacia la artista y llegó a tiempo de impedir que disparara.

—¡Estás loca! —exclamó sordamente—. Aguarda un poco, mujer. Espera a que te vuelva la serenidad.

Elysia Nicholls se revolvió como una fiera, arañando y pateando furiosamente. A Gravier le era muy difícil sujetarla, aunque hacía denodados esfuerzos.

Ella consiguió soltar una de sus manos y le dio una enérgica bofetada al ingeniero. El la aguantó con firmeza, pero estaba cada vez más excitado. Notaba que estaba perdiendo la paciencia.

Trató de sujetarla de nuevo y lo consiguió, pero sólo por breves segundos. Y en el continuo debatirse de Elysia, ésta consiguió soltar su mano diestra, la que estaba armada con la pistola.

Restalló el disparo y Gravier sintió que la bala le pasaba junto a la sien izquierda.

Gravier había visto el peligro inmediato porque leyó el asesinato en los ojos de la mujer y se lanzó resueltamente para desviar aquella mano armada.

Ella enloqueció y se debatió furiosamente entre los brazos del hombre, y Gravier hizo lo que jamás habían pensado llevar a cabo, lo que nunca había pasado por su imaginación: pegar a Elysia Nicholls.

En realidad no fueron más que un par de cachetes aplicados con no mucha energía, con el propósito de que el histerismo huyera de la artista.

Pero consiguió el efecto contrario. Elysia quedó momentáneamente muda y quieta, pero en seguida comenzó a gritar:

—¡Lany, Lany! ¡Socorro! ¡Ven pronto!

Gravier la miró sorprendido. Ella había dejado ya de luchar y debatirse. Pensó que podía ser una nueva faceta de su ataque de nervios.

La Nicholls seguía llamando a gritos, y al mismo tiempo echó a correr en dirección a la casa. Y Gravier la siguió lo más aprisa que pudo.

Y de pronto vio que ella chocaba con algo, que se había detenido y que gemía con voz mimosa:

—El me pegó. Ese hombre malo y cobarde...

Una sombra oscura se desprendió de Elysia y avanzó hacia el ingeniero. Éste lo vio avanzar e inmediatamente se dio cuenta de que pertenecía a un hombre gigantesco, de anchísimos hombros y andar paquidérmico.

El tipo se acercó a Gravier rápidamente y, antes de que éste pudiera defenderse o huir, le echó las manos al cuello. Las manazas apretaron bestialmente y el ingeniero no pudo hacer otra cosa más que asirse a las muñecas gruesas y duras y tratar de apartarlas de su cuello.

Pero en vano. No conseguía nada en absoluto. Y las manos, garras más bien, seguían apretando más y más. Se sentía morir, faltó el aliento. Sus piernas se movieron, aún podía moverse esporádicamente. Sintió cómo una de sus rodillas golpeaba el bajo vientre del enemigo y que éste soltaba su presa ahogando un gemido de dolor. Retrocedió con las manos en el vientre, doblado, hasta apoyarse en el tronco de una acacia.

Gravier también se derrumbó. Su cerebro trabajaba con intensidad. Sabía que había dado un golpe prohibido, pero que le había valido librarse de la asfixia. Y, sin embargo, no creyó nunca que el golpe había sido aplicado con la energía y desesperación que proporcionan la muerte; él creyó que apenas había tocado a su enemigo y que las manos en su garganta continuarían apretando.

Escuchó unos pasos precipitados y abrió los ojos. Los abrió desmesuradamente, aterrado. Junto a él estaba la elegante figura de Elysia Nicholls con la pistola en la mano. Le apuntaba y Gravier vio la muerte de nuevo.

No sintió que otros pasos se aproximaban con rapidez por el sendero del jardín. Sólo tuvo tiempo de girar sobre sí mismo y oír el estampido de la pistola, sintiendo como si le hubiera mordido una víbora en el hombro, y de nuevo giró, esperando un nuevo disparo que no se produjo.

Oyó carreras y voces en torno. Después, el ladrido de una pistola diferente a la que le había herido. Luego el ruido producido por el motor de un automóvil, muy acelerado, que se alejaba.

Cuando logró sentarse en el suelo vio, junto a él al agente del

F. B. I.,

que le preguntaba:

—¿Está herido? ¿Dónde?

Gravier no pudo contestar más que estas entrecortadas palabras:

—¡Esa mujer, esa mujer!

Después sintió que todo le daba vueltas. El hombre de torso desnudo se multiplicaba y se tornaba borroso. Se sumió en la inconsciencia, que le llegó como una liberación a su mente atormentada.

—El motorista regresó desalentado.

—¿Está muerto? —preguntó a Frank—. Los otros dos se han escapado. Este hotel tiene otra salida por el garaje. Tenían un «auto» allí. ¡Si hubiera tenido la «Harley» a mano...!

—No irán muy lejos, Charlie —respondió Frank—. Ahora vamos a llevar a este hombre a una clínica. Está herido, pero me parece que no de mucha importancia.

—Será mejor llamar por teléfono...

—No. Ahí tenemos el «Lincoln». Creo que debe ser de éste.

Lo llevaron en volandas, con la ayuda del chofer, y poco después era colocado en la mesa de operaciones en la clínica de urgencia.

Ellos salieron del quirófano y hablaron con el médico de guardia.

—No permita la salida a ese hombre mientras no lo ordene —dijo Frank, mientras el médico procedía a vendarle el pecho, después de haberlo lavado y desinfectado—. Si protesta, dígame que está en calidad de detenido hasta que declare. Nosotros no podemos aguardar a que se le pase el desmayo...

—Pues usted debiera ocupar otra cama libre —observó el médico—. Está bastante peor que el otro herido.

—Es posible..., pero no tengo tiempo de guardar cama, Doc —rió Frank—. Le prometo volver dentro de poco... ¡Cuando termine este trabajito!

—Pues va a agotar nuestras existencia de apósitos como venga mucho por aquí...

—El

F. B. I.,

paga, amigo.

Estas palabras las pronunció Frank desde la puerta, y después

añadió:

—Que no salga ese herido de aquí hasta que yo hable con él.

Ya en la calle, Charlie puso en marcha la «Harley» y Frank se colocó a horcajadas detrás del motorista.

—Vamos al cuartel y no se te ocurra tocar la sirena, aunque atropelles a alguien.

La motocicleta bramó potente. Charlie sabía manejarla a la perfección y sacó de ella todo el partido posible. Diez minutos después desembocaban en la calle donde estaba instalada la Estación de Policía.

Penetraron en ella y se instalaron en el despacho del *sheriff*. Encendieron unos cigarrillos y aspiraron ansiosamente el humo.

—Tenemos que preparar el plan de acción —dijo Frank—. No estoy seguro de que el *sheriff* este sea un canalla perfecto, pero tengo mis dudas. La chica logró bajar hasta la habitación donde él estaba con los otros policías y, sin embargo, no subieron a buscarme, a pesar de que ella llevaba mi placa de agente especial. Ya lo pondremos en claro. El caso es que conseguí escapar y me traje el coche oficial... Eso podrá probar que ellos estuvieron allí.

—Fué cuando te vi —le interrumpió el motorista—. Hoy me tocaba servicio de noche, mientras el otro compañero descansa. Me extrañó ver al coche, que hacía unas «eses» tremendas. Cuando pasaste a mi lado y no te conocí como perteneciente al destacamento, comencé a perseguirte, hasta que te vi chocar con el «Lincoln» parado y con las luces apagadas.

—No lo vi. Estaba muy mareado.

Frank se sirvió de la cafetera eléctrica que había en el despacho y bebió a sorbos.

—Y ahora me vas a dar esa ametralladora que te pedí... y la «moto». Tú tienes ya dos críos...

—Oye, Frank —graznó el motorista, ofendido—: yo tengo todos los críos que me da la gana, pero cumplo con mi obligación. A ellos les queda pensión. Además, ya tenía uno cuando estábamos en Guadalcanal, y no me impidió liarles el petate a unos cuantos japoneses.

—¡Bueno, hombrecito! Con tu ayuda, me siento más seguro y soy capaz de acabar con toda esa gentuza desde la cabeza a los pies. ¡From the *halls* of Montezuma...! [4]

—«From the *halls* of Moctezuma» —asintió el motorista.

Se puso en pie y se dirigió a un armario, al fondo de la habitación. Forcejeó durante un rato, sin conseguir abrirlo.

—Esto está cerrado —dijo a Frank.

—¿Qué buscas ahí?

—Esa ametralladora que me pedías; pero el viejo lo tiene cerrado con llave.

Frank se levantó y se acercó al armario. Lo miró con atención y se lamentó:

—¡Lástima! Habrá que romperlo, porque no tengo aquí mi juego de llaves maestras.

No esperó a que el motorista le diera su aquiescencia. Pegó un puntapié a las puertas del armario y éstas saltaron hechas astillas.

Dentro había cuatro subfusiles ametralladores ligeros, y Frank se apoderó de uno de ellos y Charlie de otro, junto con Una considerable provisión de municiones.

—Son los mismos que teníamos por allá, Charlie —dijo Frank, acariciando el arma automática—. Buen miedo pasaban los «jap» cuando estaban frente a estos trastos. Pero ¡basta! Estamos perdiendo un tiempo precioso. «Ésos» lo estarán ganando en tanto.

—Pero tú estás hecho un asco, Frank —objetó el motorista—. Debieras darme las órdenes que creyeras oportunas y yo...

—Tú me vas a acompañar ahora mismo al hotel donde tienen su cuartel general esos pistoleros. «Tengo» que hacer un escarmiento y, además, ver lo que le ha pasado a ella...

Charlie comprendió que no podía objetar más. Su viejo compañero en los «Marines» tenía la cabeza muy dura y estaba acostumbrado a salirse con la suya.

Salieron del cuartelillo policíaco y montaron de nuevo en la motocicleta.

—Vas a llevarme al hotel ese, pero frenas antes de llegar.

—Comprendo, viejo. Quieres cazar, pero no ser cazado...

Charlie no llegó a dar la patada de arranque en el pedal de la «moto». Ambos agentes quedaron en suspenso, escuchando el ruido producido por varios automóviles que se acercaban a gran velocidad.

De pronto aparecieron los vehículos a la vista de Frank y Charlie, dando la vuelta casi en dos ruedas y frenando frente a la

puerta de la estación de Policía.

Eran tres los automóviles y de ellos salieron varios hombres, que se acercaron al motorista, mientras Frank se alejaba y confundía entre las sombras, aunque nadie paró mientes en él, porque se había puesto una guerrera deslucida, que Charlie le prestó, para cubrir su pecho desnudo.

Desde las sombras vio Frank al *sheriff*, que daba órdenes, secundado por Rock y sus secuaces.

Las dudas que aún tenía el agente especial se disiparon. El *sheriff* era un cobarde traidor, digno de la silla eléctrica.

Oprimió el fusil ametrallador entre sus manos y estuvo tentado de enviar contra el grupo una buena rociada de balas. Se contuvo, sin embargo. No tenía derecho a hacerlo, aunque sabía que los pistoleros no dudarían en quitarlo a él de en medio sin tantas contemplaciones.

Vio cómo Charlie daba la novedad a su jefe y quedaba junto a la motocicleta, mientras los demás penetraban en la estación de Policía.

Charlie puso el motor en marcha y miró hacia el lugar que ocupaba Frank, como esperando que éste hiciera algo por huir de allí. La alarma se iba a producir dentro de un minuto, cuando el *sheriff* viera roto el armario y echara de menos los fusiles.

Frank avanzó hasta colocarse en medio de la carretera, el fusil ametrallador preparado, apuntando a la puerta del cuartelillo.

Charlie gritó en aquel momento:

—¡Cuidado, Frank, a tus espaldas! ¡Al suelo!

Varias balas pasaron silbando por encima del tumbado Frank, al mismo tiempo que los estampidos ponían en conmoción a los habitantes de las casas cercanas, y de la estación de Policía comenzaban a salir hombres con las pistolas en las manos.



¡GRAN ACONTECIMIENTO!

Ante el arrollador éxito del

EXTRAORDINARIO NUM. 100 DEL F. B. I.

(a punto de agotarse su 2.^a edición)

EDITORIAL ROLLAN publica el

EXTRAORDINARIO NUM. 125 DEL F. B. I.

Fidelidad, Bravura, Integridad

se titula la grandiosa novela de 210 páginas,
escrita magistralmente por el famoso

F R A N K M C F A I R

VII



RA un gigante rubio. Elysia Nicholls, sentada a su lado en el «baquet» del automóvil, parecía más delicada e insignificante, por el contraste con las anchas espaldas, el grueso cuello y las manos, cubiertas de vello rubio, que manejaban el volante con gran pericia.

Ella estaba ahora francamente asustada. Miraba de reojo a su compañero y veía con pavor creciente cómo Lany apretaba las mandíbulas, marcándosele los músculos faciales. Aquello —ella lo sabía bien— era indicio seguro del mal humor de Lany. Y Lany, poseído de mal humor, era algo que Elysia temía sobre todas las cosas.

Inesperadamente, el hombre paró el coche, después de arrimarlo a la cuneta. El motor dejó de funcionar, después de haber sido

cortado el encendido. Todo quedó en silencio. Elysia estaba sobrecogida. Las sombras de los cactus que bordeaban la carretera, parecían fantasmales troncos humanos recortándose sobre el azul oscuro, casi negro, del cielo. Parecían seres humanos con los brazos en alto...

Miró a Lany y aumentó su terror. El rostro del hombre estaba suavemente iluminado por la luz del salpicadero del coche. Las sombras en su cara se recortaban más acusadamente; los ojos parecían como dos cuencas negras con sólo una chispita, un punto de luz en el centro. Elysia oyó, como algo lejano e irreal, el gotear de algo en el motor del automóvil.

Sabía quién era aquel hombre y de lo que era capaz. También sabía que en aquel solitario paraje podía morir una mujer indefensa sin que nadie se enterase.

—No ignorabas que me era muy necesario ese motor —la voz del hombre sonó sorda, con acento extranjero y sorprendió a Elysia, asustándola—. Lo sabías y, sin embargo...

—No ha sido culpa mía, Lany querido —respondió la artista, precipitadamente, casi a punto de gritar. Se ha interpuesto la Policía...

—Ha sido falta de habilidad, de responsabilidad —la interrumpió Lany—. Lo has estropeado todo. ¡Has fracasado y me has hecho fracasar a mí! Por ineptitud o por idiotez, que ambas cosas van casi siempre emparejadas. El fracaso, entre nosotros, se considera una traición, y los traidores...

—¡No, Lany! No lo digas —las palabras temblaban en los labios de la artista, al mismo tiempo que asomaba una lágrima, producida por el miedo—. Aún es tiempo de conseguir esos planos. Gravier está muy enamorado de mí...

—Ya no, Elysia —dijo él, en el mismo tono sordo y apagado de voz—; ahora es un enemigo más que pondrá al aire todo el tinglado tan laboriosamente montado. Nuestras fábricas ya no se beneficiarán de lo que esta gente descubre. Nuestro mundo se verá privado, en beneficio del enemigo, de grandes inventos y máquinas, que no podemos sustituir. ¿Te atreverías a volver a Checoslovaquia ahora?

Elysia miró al hombre con los ojos agrandados por el pánico. No se sentía con fuerzas para responder. Además, sabía que era inútil,

que todo estaba perdido. Sólo le quedaba una última probabilidad. Algo que hasta entonces la había proporcionado grandes éxitos, tanto para su beneficio personal dentro del mundo del «cine» como para obtener confidencias y secretos para ser entregados a Lany, el cual, a su vez, los trasladaba a sus superiores en la Embajada.

Aquella probabilidad no era otra que sus dotes de seducción. La última vez que las empleó, con Donald Gravier, la habían reportado la obtención de varios planos completos de aviones, cañones y elementos de electrotecnia aplicada a la navegación aérea. Ahora, aviones de último modelo rayaban cori sus alas el firmamento checo. Y había sido gracias a ella y a sus artes de mujer. Las mismas artes que tenía que desplegar en aquel momento para convencer a Lany de que era digna de ser ayudada, oída, y de que había que olvidar el pasado fracaso.

—Lany —dijo, susurrante—: sabes que te amo locamente...

—Éste no es el momento oportuno...

—Déjame acabar. Después puedes hacer lo que tu deber te dicte. Pero ahora debes escucharme. Era para mí un tormento, queriéndote como te quiero, soportar a ese sapo inmundo durante tantas horas al día. ¡Siempre oyéndole pronunciar palabras de amor en mis oídos! Tentándome a mí, que te soy fiel y lo seré siempre, para que huyéramos juntos a un lugar apartado donde no nos pudieran encontrar. Era demasiado, Lany...

—Debiste soportarlo, Elysia —la interrumpió él. Pero su voz ya no era tan dura, y ella lo captó inmediatamente—. Es mucho lo que tenemos en juego para echarlo a rodar por sentir remilgos. Ahora no tenemos ese motor, que nuestros técnicos necesitan, y, por el contrario, está el

F. B. I.,

lanzado tras nosotros. No podemos calcular las muertes que ello nos ocasionará entre nuestros agentes, hombres íntegros y denodados, que ahora deberán ocultarse bajo tierra, para evitar el caer en manos de estos esbirros.

—Probemos de nuevo. —Volvió ella al ataque—. Nada se ha perdido aún. Volveré junto al ingeniero y le sacaré los planos. Confía en mí. Pero después..., después hazme desaparecer de aquí, de todo esto. Déjame seguir en mi carrera cinematográfica...

—Te debes a la organización. Por ella has subido al lugar que

ocupas en Hollywood y tienes que seguir colaborando hasta el fin.

—Pero, querido...

—Ahora vamos a intentar hacernos con esos planos, que tanto interés han despertado «allá». Contamos con hombres que no sienten muchos escrúpulos. Los movilizaremos.

Ella suspiró, tranquilizada, y se apretó contra el cuerpo de Lany. La tormenta parecía pasar. Los ojos del hombre ya no la asustaban tanto como al principio.

El coche se puso en marcha de nuevo y se perdió en la oscuridad de la noche.

Un agente extranjero acababa de perdonar la vida a una mujer.

Frank estaba al descubierto. No sospechó que los automóviles no habían quedado solos y fué reconocido inmediatamente cuando, con su atuendo extraño, salió de la zona de sombras y recibió la luz procedente de la lámpara que había sobre la puerta de la estación de Policía.

Pero Charlie no permaneció inactivo. Fué el primero que se dio cuenta de lo que iba a suceder y avisó a tiempo a su compañero, al mismo tiempo que empuñaba el fusil ametrallador que había cogido unos minutos antes.

Apretó el gatillo y envió un chorro de balas blindadas hacia los automóviles. No separó el dedo índice del gatillo ni un solo segundo, y los tres individuos que habían disparado sobre Frank por la espalda recibieron la andanada sin poder hacer nada por cubrirse.

Los coches fueron agujereados como coladores. El estallido de un neumático se mezcló a los disparos, y después, todo quedó en silencio, sólo turbado por el lamento agónico de un pistolero y por las voces de alarma que salían del cuartelillo.

Entonces entró en acción el fusil ametrallador de Frank Reedley, y los «gangsters», que salían en tropel, se vieron obligados a retroceder rápidamente, no sin que dos de ellos rodaran por los escalones, para quedar después trágicamente inmóviles, como aplastados sobre el pavimento.

Frank se puso en pie y corrió hacia la «Harley».

—¡Vamos a abrasarlos a todos ellos! —gritó a Charlie—. No podrán salir más que con los brazos en alto. ¡Los tenemos a todos ahí dentro!

—Nos vamos a marchar ahora mismo —respondió Charlie—. Hay una puerta en el fondo de la casa y esto se va a convertir en una sucursal del infierno dentro de poco.

Frank comprendió lo atinado de la observación del motorista. En aquel momento, los «gangsters» estarían saliendo por la otra puerta y era su número el suficiente como para ponerlos en un compromiso. Él comprendía que su deber estaba allí precisamente, luchando contra aquellos individuos y capturando a alguno, si le era posible, para que le sirviera de escalón con objeto de llegar al fondo del asunto, hasta la cabeza principal. Pero era descabellado el continuar en manifiesta inferioridad. Nada conseguiría dejándose matar tontamente, y, por otra parte, aún tenía otro deber que cumplir.

Sin objetar nada, subió en el soporte de la «moto» y, poco después, partían a gran velocidad.

—Vamos al hotel de ellos —dijo Frank, bien agarrado a la cintura de Charlie—. Allí estará la chica y nos será fácil entrar, toda vez que la fiera no está en la madriguera...

Tomaron las curvas a velocidad de vértigo, expuestos a salirse de la estrecha carretera; pero Frank hubiera querido ir más aprisa aún.

Cinco minutos después, Charlie cortaba el encendido del motor y dejaba que la «moto» se deslizara por el impulso conseguido.

Poco después frenó a una indicación de Frank, metió la motocicleta entre unos cactus y siguieron el camino a pie.

—Atención ahora —musitó Frank—. La casa es ésa y habrán dejado a alguien de guardia, supongo. Dispara primero y después pregunta...

Se acercaron a la puerta de la ver, a. Marchaban pegados a la pared de ladrillo, sin producir ruido alguno, recordando las emboscadas de los japoneses en Guadalcanal; pero ellos eran perros viejos en aquellos ardides.

Frank se asomó y miró hacia el interior del jardín. Parecía estar desierto; pero, de todas maneras, no se fiaba y estuvo durante varios minutos con el oído alerta, escuchando, sin percibir nada sospechoso.

Entonces ayudó a Charlie a saltar la verja y la saltó él poco después, reuniéndose con su compañero en el interior del jardín.

Allí podían esconderse mejor que en la desierta calle. Había muchas plantas, hierbajos altos y árboles de diferentes especies.

Avanzaron con lentitud hasta llegar a la puerta del edificio. Ningún ruido se oía procedente del interior, pero no por ello se podían abandonar las precauciones. Las pistolas no conocen cuándo un momento es oportuno o no. Frank empujó la puerta y comprobó que estaba cerrada. No podían pasar por allí, pero dijo a Charlie:

—Escóndete frente a la puerta. Te abriré, si puedo.

Y se alejó en dirección a una de las esquinas de la casa. Allí estaba el eucalipto que le sirvió para escaparse. No tenía más que entrar por el mismo camino que había llevado para salir de la casa un par de horas antes.

Trepó con alguna dificultad por el liso tronco hasta agarrarse a las ramas bajas. Después le fué más fácil subir, hasta llegar a la altura del tejado. Vio la rama desgajada que cedió a su peso cuando escapó. Pero ahora se sentía mejor, después de la cura que le habían hecho, y la venda y la guerrera que lo cubrían servían para resguardarle de roces dolorosos.

Tensó los músculos y saltó, como impulsado por un potente resorte de acero. Con ambas manos se agarró a la cornisa y, después de balancearse como un péndulo a una altura de tres pisos, se izó a pulso hasta quedar sobre el cinc del tejado. Descubrió la claraboya por la que escapó y asomó por ella la cabeza, sin percibir ningún ruido.

Entonces penetró en el desván, dejándose caer al suelo blandamente.

La puerta estaba abierta y salió por ella a un rellano de la escalera. El silencio absoluto que reinaba allí le demostró que no había nadie en el piso. Bajó un tramo, procurando no hacer ruido en las maderas de la escalera, tanteando con las manos en las paredes para guiarse, pues todo estaba a oscuras y él no disponía de linterna.

Llegó a otro rellano. Lo comprobó al no encontrar con sus pies más escalones. Y entonces descubrió la luz que salía por debajo de una puerta.

Aplicó el oído a la hoja de madera y percibió rumor de conversación. Debían ser dos los que se encontraban al otro lado de la puerta, y, por lo que oyó Frank, jugaban a los dados.

Los dos hombres eran «*Parabellum* Joe» y Crae, los cuales estaban muy lejos de suponer que la puerta se abriera en aquel momento. Estaban enfrascados en una interminable partida de dados y ambos tenían ante sí dos montones de billetes de Banco.

—De todas maneras, ganaré yo —la voz de Frank retumbó en la estancia con acento vengador—. ¡Quieto, «*Parabellum*»! Mira lo que tengo en la mano.

El fusil ametrallador apuntaba a los dos pistoleros, los cuales se pusieron en pie y levantaron las manos por encima de sus cabezas. Frank vio con el rabillo del ojo que algo se movía en un rincón.

Estuvo a punto de dar un grito de alegría cuando reconoció a Martha Dolliver, que se sentaba en el suelo, aportando las mantas que la cubrían y se restregaba los ojos, como si creyera que era una alucinación lo que estaba contemplando.

Ella fué la que lanzó una exclamación y, levantándose, corrió a colocarse junto a Frank. Lloraba de alegría al estar junto al hombre que creyó perdido apenas conocido.

—Abrid esas esposas —ordenó Frank, al ver que la muchacha aún conservaba las manos unidas por el cacharro. Sus ojos relampaguearon, furiosos—. Sois unos cochinos cobardes. ¡Dios mío, con qué gusto apretaría el gatillo!

«*Parabellum* Joe» dio un paso hacia adelante.

—Yo tengo la llave —dijo— pero tengo que meterme la mano en el bolsillo...

Frank dudó un momento. No podía fiarse del tipo, matón empedernido y «carne de silla».

—Busca tú la llave, Martha —dijo a la periodista—. ¿En qué bolsillo la tienes?

«*Parabellum*» señaló uno de la chaqueta, y Martha se acercó al pistolero resueltamente y metió la mano en el bolsillo indicado.

Pero el «gángster» bajó rápidamente ambos brazos y oprimió a la joven en un estrecho abrazo.

—¡Quieto, polizonte! —bramó, reteniendo el cuerpo de la periodista entre él y Frank—. ¡Suelta ese chisme si no quieres que apriete esta tenaza!

Frank vio los nervudos brazos que apretaban a Martha, pero también vio cómo Crae bajaba los brazos y sacaba una pistola de la funda sobaquera. No había elección posible, y Frank lo comprendió

así.

Por ello apretó el gatillo y envió hacia Crae una buena rociada de balas, viendo cómo el pistolero se doblaba, casi cortado en dos por la ráfaga, y que la pistola rebotaba en el suelo de madera, ya perdida su peligrosidad.

La estancia se llenó del leve humo de la pólvora y «*Parabellum*» retrocedió, espantado, pero sin soltar a Martha.

—Te doy tres segundos para que sueltes a la señorita —dijo Frank, rabiosamente—. Luego te mataré sin contemplaciones...

—Si la suelto..., ¿qué me hará? —preguntó el bandido, tartajeante.

—Sólo te llevaré a la cárcel, «*Parabellum*» —respondió el agente—. Creo que no hay nada grave contra ti. No empeores tu situación.

El «gángster» debió comprender que el agente tenía razón y soltó a la periodista. Ésta sacó la mano del bolsillo con la llave de las esposas.

—Abre tú eso —ordenó Frank al pistolero, mientras le arrebatava la pistola que llevaba bajo el sobaco.

El «gángster» obedeció, con las manos temblorosas, y libró a Martha del cepo de acero.

En ese momento escucharon fuertes golpes en la puerta del hotel. Después, varios tiros en rápida sucesión. Más golpes aún y pasos precipitados por la escalera.

—Coge esa pistola, Martha —pidió Frank a la joven—, y pega un tiro a ese tipo si intenta hacer algo.

Él se asomó a la escalera, con el fusil ametrallador preparado para hacer frente al nuevo peligro que intuía.

Pero la luz que salió de la habitación iluminó un trozo de escalera y Frank reconoció a Charlie, que subía a grandes zancadas. El motorista se aplastó contra los escalones y enfocó su arma automática hacia Frank.

Lo reconoció a tiempo y siguió subiendo.

—Oí los tiros —dijo, entre jadeos—. Tuve que destrozar la puerta a tiros para venir en tu ayuda... ¿Qué ha pasado?

No hicieron falta explicaciones. Por sí mismo pudo comprobar que Frank se había metido lindamente a dos pistoleros. Uno, muerto, y el otro, firmemente encañonado por una mujer.

—¡Buen trabajo, Frank! —exclamó—. ¿Por qué no has hecho lo

mismo con ése?

«*Parabellum* Joe» palideció aún más. Estaba visto que aquellos policías no se andaban con contemplaciones.

—No; éste me va a contar cosas muy interesantes —dijo el del F. B. I.

—. ¿Verdad que sí, guapo mío?

El «gángster» le miró con ojos mansos. Estaba dispuesto a contar todo lo que quisiera el policía. Sobre todo mientras tuviera en las manos la ametralladora y el dedo índice, que apretaba con tanta facilidad el gatillo.

—Ponle las esposas, Charlie —dijo Frank—. Así. Ahora siéntate en esa silla y responde sin vacilar a lo que voy a preguntarte.

—Yo soy un «mandao», señor —dijo el pistolero—. Ya sabe..., las circunstancias de la vida ésta..., y todo lo demás. Uno, en el fondo, es bueno; pero...

—Ya, ya sé todo eso —le interrumpió Frank—. Pero dime: ¿quién paga aquí?

—Anthony Rock —respondió el pistolero, sin vacilar—. Él nos reunió a todos los que estábamos sin trabajo... ¡Ya sabe: la «bofia» anda detrás de uno y no lo deja respirar! Yo estaba pasando hambre y no dudé...

—Todo eso ya lo sabía, hampón —dijo Frank, jugueteando con la ametralladora—. No es eso lo que quiero. He querido preguntarte que quién es el que da los cuartos a todos, Rock inclusive.

—Eso sí que no lo sé, ¡de veras! —gimoteó «*Parabellum* Joe», temblando como hoja en el árbol y mirando fijamente el cañón del fusil ametrallador, que Frank le había puesto ante las narices—. Hará mal si dispara contra mí...

—¡Vamos, Joe! Creo que vas a llorar, y eso está feo ante una señorita, y mucho más después de haber sido tan valiente con ella. Quiero que me cuentes todo lo que sabes. Tal vez me orientes con cualquier cosa que creas tú que no es de interés. ¡Anda! Empieza por el principio y que no vea yo que falseas las cosas, porque lo sentirías.

—Rock recibía órdenes por teléfono —empezó «*Parabellum*»—. Después, nosotros obrábamos...

—¿Qué es lo que hacíais?

—Era una cosa tonta —respondió «*Parabellum*», con acento de

gran convencimiento—. Estábamos en esta región o pueblo, ¡o lo que sea!, dándonos la vida padre...

—Pero algo tendríais que hacer. No creo que os pagaran por estar de vacaciones.

—Pues... casi, casi. Sólo teníamos que vigilar estos alrededores...

—¿Qué alrededores? Supongo que sería en torno de algún sitio determinado.

—Eso sí que no lo sé.

—Haz un esfuerzo, hombre... ¡O disparo!

—Sé que había otras bandas...

—Sigue, sigue. Ahora vas por buen camino.

—Pues lo supe por casualidad. Verá: me encontré en los Ángeles con Tony Giandello y le dije que si quería contratarse con Anthony Rock... Sabía que estaba sin trabajo y le quise hacer un favor. Bueno; pues el tío me dijo que se había colocado estupendamente con no sé quién...

—Te dijo el nombre. Haz memoria.

—Bueno; creo que fué con Murdock...

—¿El «proteccionista»?

—El mismo. ¡Usted conoce a todos! —exclamó «*Parabellum*», admirado.

—Conozco a los «peces» pequeños. A los idiotas como tú, que son los que pagan las marranadas de los gordos. Sigue, Joe.

—Pues... ¿por dónde iba? ¡Ah, sí! Giandello me dijo que se iba a Garlock, muy cerca de Mohave. Me extrañó, ¿sabe? Porque resulta que otro amigo...

—Del gremio, ¡claro!

—¡Un «topista»! —dijo «*Parabellum*», con desprecio—. Bueno; pues ese amigo se había contratado con King para trabajar en Rosamond.

—Ya comprendo —intervino Charlie—. Todos iban a trabajar en una misma región, aunque en distintos pueblos, porque éstos que vinieron aquí.

—¡Exacto, Charlie! —le interrumpió Frank—. Es un círculo, en torno ¿a qué?

—Ni idea, Frank —se dio por vencido Charlie.

—Te lo diré: en torno a las fábricas de la Jackson National

Aircraft. De eso no tengo la menor duda —afirmó Frank Reedley—; pero... ¿qué es lo que tenían que hacer por aquí todas esas bandas? Vas a decirlo de prisita, «*Parabellum*», sin dar tantos rodeos... Me parece que estás tratando de ganar tiempo...

—¡De verdad que no! —protestó el pistolero, mirando atemorizado al fusil ametrallador de Frank—. Le estoy diciendo lo que sé...

—Bueno; pues sigue. ¿Por qué matasteis al camarero de El Descanso? ¿Quién os sopló que era un agente federal?

—Yo no lo hice. ¡De veras! —El temor en el rostro del «gángster» pareció aumentar—. Soy incapaz...

—No digas tonterías. Es posible que no lo hicieras tú; pero eres muy capaz de hacer eso, y mucho más. Y repito: ve al grano sin rodeos, porque comienzo a perder la paciencia. ¿Quieres ver el efecto que harán tus sesos salpicados pollas paredes? ¿O prefieres que haga contigo lo mismo que con Crae?

«*Parabellum* Joe» bajó la cabeza, francamente acobardado. Luego la levantó y miró a la cara al policía.

—Ésa era la misión que teníamos aquí y la que tienen las otras bandas en los pueblos cercanos...

—¡Vaya! Parece que ya vas siendo más razonable. ¡Sigue!

—Vigilábamos con mucho disimulo la posible presencia de espías —murmuró el pistolero—. El camarero llevaba una conducta extraña, según le oí a Rock. Metía las narices donde no le importaba. Conferenciaba con Los Ángeles, y sus conversaciones eran estúpidas a través del hilo telefónico. Rock (fué Rock, ¿eh?) empezó a sospechar, y entonces, lo vigilamos más. Después vimos que era un federal...

—Y lo tostasteis a placer, para hacerle hablar —le interrumpió Frank, excitadamente—. Va a costar muy caro a alguien eso. ¡Sigue de una vez!

—Yo no lo hice... Me pareció mal aquello. Ya tenía ganas de volver a Los Ángeles; pero, ya sabe usted, cuando se empieza una cosa...

—¿Quién lo hizo?

—¡Hum! ¡Hum! Fué Rock y los demás...

—¡Bastante! Ahora vámonos —ordenó Frank.

Estaba excitado y en sus ademanes se traslucía una resolución

firme.

Salieron al jardín, llevando al pistolero, y recorrieron el sendero hasta la puerta de la verja. Pero no llegaron a salir a la carretera, porque en aquel momento un automóvil se acercó a buena marcha. Lo descubrieron a pesar de que el vehículo llegaba con las luces apagadas.

—¡Pronto! Vamos al fondo del jardín —ordenó Frank—. Saltaremos la verja por la parte posterior. Y tú —añadió, metiendo a «*Parabellum*» el cañón de la ametralladora por un costado—: cuida mucho de no hacer ruido ni de gritar. Sabes lo que te pasaría, ¿verdad?

—No quiero más líos —respondió el «gángster», con falsa humildad.

Corrieron por el sendero, apartando las ramas que les golpeaban el rostro, hasta llegar al fondo del jardín. Ya entonces pudieron escuchar cómo un coche se había parado en la puerta del parque y que varios individuos corrían por el sendero hacia la puerta de la casa.

En aquella parte no había verja de hierro. Sólo un muro de ladrillos de más de siete pies de altura. A Martha le pareció un obstáculo infranqueable; estaba segura de que ella no podría saltar nunca la lisa pared, y sin ningún punto de apoyo para intentarlo. Claro está que ella ignoraba que la acompañaban dos «marines» de mucha veteranía, y que, para ellos, el muro no representaba un obstáculo insuperable, ni mucho menos.

Cuando Martha fue a abrir la boca para lamentarse por la presencia de la lisa pared, ya Frank y Charlie habían colaborado para que el segundo se encontrara sentado a horcajadas en lo alto del muro. Desde allí, y empleando un cinturón ayudó a subir a la periodista y la descolgó por el otro lado. Después le tocó el turno a «*Parabellum* Joe». Con el pistolero no tuvieron tantas consideraciones como con Martha. «*Parabellum*» tuvo que subir, con las esposas colocadas en las muñecas, y se desolló las rodillas lastimosamente.

Dos minutos después estaban caminando a buen paso en busca de la «moto», mientras a sus espaldas oían las voces de alarma y rabia de los pistoleros, que habían descubierto el cadáver de Crae, la fuga de la muchacha y, lo que era mucho peor, que el agente del

F. B. I.,
seguía libre y robándoles la tranquilidad.

Anthony Rock era demasiado bestia para solucionar nada por sí mismo y lanzó una mirada al *sheriff* en solicitud de un cable de salvación. Éste estaba francamente preocupado, por haberse metido hasta el cuello en un asunto que, al principio, creyó que le reportaría buena ganancia, sin peligro alguno para él. Pero, ahora, las cosas se habían puesto demasiado serias. Él tampoco veía una salida fácil al asunto. El

F. B. I.

había metido los dedos en la salsa y el *sheriff* estaba seguro de que lo había hecho para chupárselos y no para darlos a chupar a nadie.

Se rascaba la cabeza con furia, tratando con ello de hacer brotar alguna chispa de inteligencia en su cerebro; pero éste continuó moviéndose con la misma pachorra.

—Bueno, *sheriff* —dijo Rock al fin, bajo las miradas anhelantes de sus hombres—, ¿puede saberse qué es lo que piensa?

El *sheriff* emitió un bufido y miró a Rock con unos ojos que eran todo un poema. Después los desvió hacia los dos agentes que le acompañaban y creyó ver en ellos un mudo reproche y unos deseos irrefrenables de salir del asunto cuanto antes y ponerse a bien con la ley ultrajada. También era lo que estaba pensando el *sheriff*, pero lo que no veía claro era la manera de hacerlo. Los tipos tenían pistolas y sabían manejarlas. Ellos también poseían sus revólveres de reglamento, pero no eran más que tres contra cerca de diez individuos. Era mucha la exposición que representaba el querer meterlos a todos en un calabozo y después decir que habían tomado dinero de ellos para saber hasta dónde querían llegar en sus planes. No. Era difícil hacerlo, mientras no contara con fuerzas más superiores que las que tenían ahora.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo, al fin, entre bufidos—. ¡Irnos al diablo lo antes posible! Eso es lo que haremos. ¡Diantre! Ustedes, ¿qué piensan?

—Nos saca de dudas este hombre —dijo Rock, a manera de comentario—. Creí que elegían para *sheriff* al hombre más listo de la localidad...

—No sea burro y hablemos —le interrumpió el *sheriff*, lanzando al pistolero una mirada asesina—. Pero vamos a hacerlo con

tranquilidad.

El *sheriff* se levantó y Rock lo siguió a una habitación contigua. Allí comenzaron a hablar en voz muy baja, para no ser oídos por el resto de los hombres, que estaban al otro lado de la puerta y que, estaban seguros, habrían colocado sus orejas sobre las frágiles planchas de madera con objeto de enterarse de lo que ellos trataran.

—¿Cuáles son los hombres que considera más idiotas y con menos delito entre los componentes de su organización? —preguntó el *sheriff*, susurrante.

—¿Qué se propone? —Rock le miró con curiosidad.

—Meterlos en la cárcel, mientras los demás desaparecen. Nada más. Puedo contar un cuento con visos de verosimilitud. Pero hay que atrapar a alguien. Si los demás escapan, bien puede ser porque aquí no contamos con fuerzas suficientes para detener a tantos tíos...

—Perdóneme lo que dije antes. Puede que llegue usted a presidente de los Estados Unidos.

Rock se frotó las manos. Ya estaba allí la salida sin compromisos. Los vidrios rotos podrían pagarlos «el Pecos» y algún otro más que no eran del agrado del «gángster». Que el *sheriff* se las arreglará como bien pudiera; pero él, y algún amigo más, estarían con muchas millas por medio y con los bolsillos bien repletos de dólares, que les habían entregado los verdaderos jefes de todo aquello.

Alargó su mano y el *sheriff* la estrechó con alguna repugnancia.

—No es necesario hablar más, compañero —dijo Rock, palmeando las espaldas del policía, mientras éste sentía unos deseos irrefrenables de acogotar al pistolero—. Pondré a mis hombres en antecedentes de la cosa y nos reuniremos todos en su despacho. Allí meteremos en los calabozos a los que me sobran y los demás nos largaremos. ¡Es usted una maravilla!

Volvieron a la otra habitación. Los hombres que allí había les miraron con ojos interrogadores, esperando las órdenes, que no tardarían en llegar.

—¡A los coches! —dijo, por fin, Rock, en cuyo semblante se leía el optimismo—. Vamos a hacer lo último y nos largamos a descansar, antes de que los

«G-Men»

metan más las narices. También repartiré algunos billetes.

Hicieron intención de dirigirse a la puerta, pero ésta se abrió inesperadamente y, enmarcada por las sombras de la noche, apareció la encantadora figura de Elysia Nicholls. Detrás de ella, todos pudieron ver a un hombre de amplísimos hombros y elevada estatura. Era rubio, y sus ojos, grises azulados, tenían toda la dulzura de las razas nórdicas, pero también una frialdad estremecedora.

La pareja penetró en la casa y el hombre cerró la puerta a sus espaldas, paseando su fría mirada por todos los presentes.

El silencio era absoluto en el «*hall*». Los pistoleros no se atrevían ni siquiera a mover los pies en el interior de sus zapatos. Aquella mirada, que a primera vista parecía dulce, tenía algo en el fondo que causaba escalofríos.

—Rock —dijo, después del impresionante silencio, el recién llegado—: estoy tratando de olvidar tu ineptitud. Venía dispuesto a matarte...

—Pero... —quiso interrumpir Rock, mas se calló inmediatamente ante el gesto del gigante.

—Deja que termine —siguió, con su marcado acento extranjero—. Es precisamente ahora cuando tenéis que ganar el dinero que se os ha entregado. Elige a los hombres más decididos y de menos escrúpulos y acompáñame. Tenemos algo que hacer antes de que nos dispersemos todos, que es lo que me parece que ibais a hacer por vuestra cuenta...

Las palabras del gigante desbarataban los planes de Rock y del *sheriff*; pero el primero se había habituado a obedecer al nórdico y no era capaz de hacer otra cosa, aun cuando estaba rodeado de hombres que le seguirían, si trataba de hacer algo en contra de lo que pretendía el extranjero.

Pero el *sheriff* no estaba en el mismo caso y saltó:

—Y usted, ¿quién es, si puede saberse?

El compañero de la Nicholls miró al hombre de arriba abajo, como considerándole, midiéndole y pesándole.

—Usted meta la cabeza bajo el ala —dijo, tajante—. Bastante tendrá con responder de su conducta ante el

F. B. I.

Rock fue mirando alternativamente a varios de sus hombres,

mientras pronunciaba sus nombres y apodos. Después salieron todos en silencio, precedidos por la artista y el gigante rubio.



EDITORIAL ROLLAN

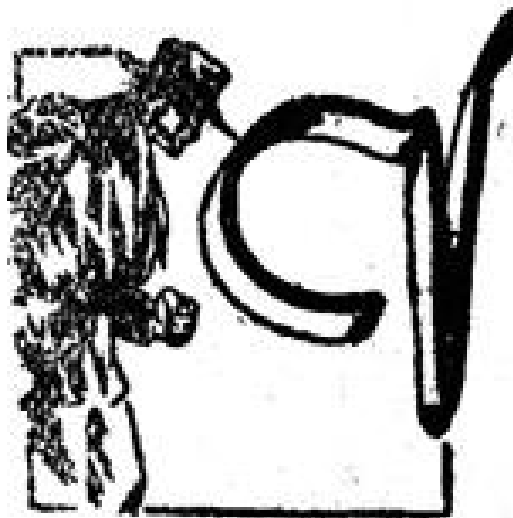
¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

**F. B. I. - PROEZAS - NEVADA
NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO
EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO
AVENTURAS DEL F. B. I.**

¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!

VIII



IAJAR cuatro personas en una motocicleta no es nada fácil; claro que si se trata de un viaje de solo unos minutos de duración, puede tolerarse.

Charlie iba sentado casi en el manillar de la «Harley Davidson». Le seguía «*Parabellum* Joe» cuyos brazos, unidos por los grilletes, rodeaban la cintura del motorista. Después cabalgaba Martha Dolliver, abrazando, a su vez, al «gángster», y, por último, ocupando un espacio inverosímil, iba Frank.

Las luces del alba comenzaban a teñir de rosa el horizonte, siluetando los cactus como grotescos espantapájaros. Charlie apagó el faro de la «moto» y dirigió la marcha hacia el edificio ocupado por la clínica de urgencia.

Una enfermera soñolienta avisó al médico de guardia, después de contemplar con ojos críticos a los cuatro extraños seres que la habían despertado.

La cosa no era para menos. El único que tenía un aspecto presentable era Charlie, con su uniforme un tanto lleno de polvo y con un gran desgarrón en los pantalones «briches». Los demás parecían unas máscaras absurdas. La periodista, ojerosa y con sus deportivos pantalones llenos de yeso y el pelo suelto en cascada sobre los hombros. Frank, con unos pantalones arrugadísimos, de un color caqui desvaído, y desgarrados por algunos sitios, y una guerrera policíaca, sin correa y desabrochada, mostrando un gran vendaje en el pecho. Por último, el hombre en mangas de camisa, con el ceño fruncido y unas esposas en las muñecas.

Cuando el médico salió de su habitación, saludó a Frank.

—No hay novedad —dijo—. El hombre duerme como un angelito. La herida no ofrece novedad alguna...

—Me alegro —dijo Frank—. Así no le ocasionaremos demasiadas molestias al interrogarle. ¿Cuál es su habitación?

El médico les precedió por un pasillo y abrió una puerta, pintada de blanco. Allí, en una cama de níquel, dormía Donald Gravier, libre, al parecer, de toda preocupación.

Martha lo miró con envidia, deseando que todo acabara para poder dormir durante veinticuatro horas seguidas. Pero no dijo nada. Por el contrario, abría mucho los ojos y alertaba los oídos, para no perder detalle de todo lo que pasaba a su alrededor. ¡Qué reportaje se prometía!

Frank despertó sin miramientos a Donald Gravier. Éste abrió los ojos y miró en torno. La habitación y los rostros de aquellas personas desconocidas que le rodeaban. Pronto volvieron a su mente los sucesos de la noche anterior, y en su cara se pintó el terror.

—Debe tranquilizarse, amigo —le dijo Frank, tomando asiento en una silla y encendiendo un cigarrillo, del que fumó con ansia. En realidad, era su primer cigarrillo tranquilo después de varias horas—. Y responda a algunas preguntas que tengo que hacerle.

Donald Gravier se movió inquieto en la cama. Ahora venía lo difícil para él.

—¿No podría esperar a que un abogado estuviera presente? —pudo articular.

—Y ¿por qué había de necesitar un abogado? —preguntó, a su vez, Frank—. «Aún» no le acuso de nada... Dígame: ¿qué relaciones

sostenía con aquella chica, la Nicholls?

—Una amistad, simplemente —titubeó Gravier.

—Usted es ingeniero aeronáutico, ¿verdad? ¿Empleado en la Jackson?

—Sí. Todo el mundo lo sabe.

—¿Por qué intentaron matarlo esta noche?

—Lo..., lo ignoro. —Gravier desvió la mirada. Los ojos de Frank parecían registrarle hasta en lo más recóndito de su cerebro—. Creo que se volvió loca...

—¿Hay algo de particular en sus relaciones con ella? Me explicaré: ¿no la habrá usted enseñado la fábrica de aviones, sirviendo un capricho de ella?...

—¿Qué quiere usted decir?

Gravier estaba más inquieto y veía llegar la tormenta.

—Es porque... Bien podía ser que ella... tomara algunos planos... En estos casos, siempre recuerdo a aquella

Mata-Hari

célebre...

Donald Gravier cerró los ojos. En su interior se desarrollaba un terrible combate. Su amor hacia la artista y su deber para con el Tío Sam. Frank aguardó pacientemente a que el ingeniero hablara. No tenía mucha prisa, en realidad. Sobre todo, sabía que caminando despacio se va más lejos que corriendo alocadamente.

Y en el cerebro de Gravier triunfó la realidad. Recordó a una Elysia, transfigurada por la ira, deseando matarle, a él, que había derrochado ternura para con la joven. Y recordó también que había llamado a un tal Lany en su socorro cuando él la golpeó. Y que el tal Lany había llegado como salido de la tierra, la había abrazado y después se había abalanzado hacia él para estrangularlo. No, no merecía Elysia que nadie se sacrificase por ella.

—Creo que... he hecho el ridículo —dijo, con voz ronca, trabajosamente.

—¡No será tanto, caramba! —le animó Frank, seguro del terreno que pisaba—. Esas cosas suceden alguna vez. Dígame lo que pasó.

Gravier abrió los ojos y miró largamente al hombre vestido con la guerrera de policía, y se animó. El rostro joven de Frank inspiraba confianza.

—Hay unos canallas que emplean el más asqueroso de los

chantajes contra esa pobre muchacha... Son espías, que no vacilan en emplear los medios más repugnantes. Comprendo que he sido blando... Debí comunicarlo a la Policía, pero...

—Nunca es tarde para enderezar una conducta. Siga usted, por favor.

Frank parecía beber cada palabra pronunciada por el herido. Las sorbía con ansia, percatado de que estaba llegando al final de un asunto que, ya desde el principio, se le antojó de los más intrincados en que había intervenido.

—No me dijo qué empresa de fabricación de aviones era la que estaba interesada en incorporar a su producción algunos de los inventos que nosotros, la empresa Nacional Jackson, aplicamos a nuestros aparatos. La cosa, en realidad, no me pareció excesivamente peligrosa, sobre todo teniendo en cuenta que con ello podía librarla del chantaje. En fin... La entregué algunas copias de los planos de un aparato, con destino a una empresa civil; su despiece inclusive... Pero supongo que esa determinada empresa constructora guardará celosamente las características de los aviones cuyos planos entregué. Lo hará, porque la interesa no divulgarlo entre el resto de las fábricas con cuya competencia tendrá que luchar. La cosa, en realidad, no tiene demasiada importancia, como usted puede juzgar.

El rostro de Frank Reedley estaba sombrío cuando el ingeniero terminó de hablar. Aplastó la punta de su cigarrillo en un cenicero y se puso en pie.

—No, no tiene demasiada importancia —dijo, lentamente—. Sólo hay un detalle que usted parece ignorar. Esos planos no iban destinados a ninguna fábrica norteamericana...

—¿Qué dice? —saltó el ingeniero, palideciendo. Frank estuvo tentado de colocar unas esposas en las muñecas del hombre, que estaba resultando, o muy ingenuo o condenadamente listo.

—No. Ninguna fábrica de aviones americana se ha beneficiado de lo que los ingenieros de la Jackson han inventado. Han sido los checoslovacos los que están construyendo en serie los modelos que ustedes logran. ¡Buenas noches!

Dio media vuelta y se alejó hacia la puerta, mientras sus compañeros se disponían a seguirle. Pero se detuvo al influjo de la voz del herido, que le llamaba desde el lecho.

—¡Espere! —Casi gritó Gravier, medio sentándose en la cama—. No quiero que se me tome por un traidor a la nación. He sido un imbécil, debo reconocerlo, pero yo no quiero que crean que hago el juego a los extranjeros.

Frank se aproximó a la cama y aguardó.

—Por los mismos procedimientos, consiguieron que un nuevo modelo de motor de reacción fuera copiado por mis delineantes. Me estaba resistiendo a entregarlo, pero... ya iba a hacerlo, cuando ocurrió lo de anoche. Esos planos están en mi casa... Les ruego que los cojan y los guarden. Ella..., ella tenía mucho interés en conseguirlos. También les pido que averigüen la culpabilidad de Elysia. Yo sigo creyendo que, a pesar de todo, está extorsionada por algún canalla...

—¿Dónde tiene esos planos? —preguntó Frank.

—En un bargueño, en el cuarto de estar. Dentro de una caja de habanos; están copiados en papel vegetal.

Frank oyó las últimas palabras del ingeniero desde la puerta. Necesitaba poner los planos a buen recaudo antes de que se le adelantaran los «gangsters». Además, tenía que buscar un sitio donde encerrar a «*Parabellum Joe*», pues la presencia del pistolero comenzaba a cargarle sobre manera. Se sentía embarazado, con el hombre pisándole los talones y deseando escabullirse a la primera ocasión.

De nuevo montaron los cuatro en la sufrida «Harley» y se encaminaron al hotel donde la periodista y Frank tenían reservadas habitaciones. El encargado del «eomptoir» abrió unos ojos como discos de gramófono cuando vio entrar en el «*hall*» a las cuatro máscaras.

—¿Tienen ustedes una carbonera o algo por el estilo? —le preguntó Frank, pasándole un carnet por delante de los ojos—. Es para meter a este amigo en ella, porque tiene deseos de entregarse a la meditación sin que nadie le moleste.

—¡Un federal! —exclamó el empleado, abriendo aún más sus ojos, como si estuviera contemplando una de las siete maravillas del mundo—. ¿Una carbonera, dice? Tenemos el sótano, señor...

—¿Puede cerrarse la puerta?

—¡Por supuesto!

—Me conviene. Lo alquilo con destino a prisión federal. Esta

señorita quedará de guardia en la puerta. ¿Verdad que lo harás, querida?

Martha le respondió con una mirada cargada de ácido sulfúrico y se encogió de hombros. De sobra sabía que no le valdría de nada ponerse a patalear como los niños cuando les niegan una golosina. En su caso, la golosina era introducir las narices en todos los maravillosos acontecimientos que se estaban produciendo.

Frunció los labios; pero, en realidad, se sentía contenta, dentro de su desilusión, puesto que Frank la encargaba de una misión importante: la custodia del prisionero.

«*Parabellum* Joe» quedó mejor instalado de lo que esperaba. El sótano era amplio y bien ventilado por medio de unos ventanucos, junto al techo. Le dejaron las esposas colocadas y le pusieron otras en los tobillos.

—Si consiguieras burlar la vigilancia de mi novia —le dijo Frank, a modo de despedida—, parecerías un saltamontes. No creo que quieras hacer el ridículo por las calles.

Charlie y Frank salieron del hotel y de nuevo cabalgaron en la motocicleta, dejando tras sí a una Martha Dolliver estupefacta ante la frescura del agente especial al presentarla como «su novia».

Recorrieron un par de millas, hasta frenar en un recodo. El motor de la «Harley» dejó de funcionar y la empujaron fuera de la carretera, oculta entre cactus.

Charlie dejaba hacer a su compañero. Sabía que debajo del pelo revuelto de Frank, había algo que se denominaba masa gris.

Con las ametralladoras en las manos, continuaron andando, procurando permanecer entre la vegetación, para no ser vistos, y fueron acercándose a un chalet, pequeño y elegante.

Donald Gravier estaba en aquel momento mucho más tranquilo. Había descargado su conciencia de un peso que gravitaba sobre ella desde el día en que conoció a Elysia Nicholls. No dudaba de que sería procesado por haber entregado al enemigo secretos militares, pero confiaba que, con la ayuda de un buen abogado, no le representaría más que una pasajera molestia. Además, su declaración había sido espontánea y había servido para poner las cosas en el lugar que les correspondía.

Su herida no era grave y apenas si le molestaba un poco. Se

sentía a gusto y tranquilo en su cama de la clínica.

Pero su tranquilidad desapareció como por encanto cuando vio abrirse la puerta sigilosamente y apareció en ella la artista Elysia Nicholls.

Paso a paso se acercó al lecho del herido y se sentó en el borde de la cama. Sus ojos miraron acariciadores al ingeniero, como queriendo hacer huir el terror que tenía pintado en el rostro.

—No me mires así —dijo Elysia, con suave tono de voz—. He venido a pedirte perdón. Me porté como una tonta. Tenía los nervios desatados y tú... me pegaste.

—¿Quién es Lany? —preguntó él, con recelo—. Estuvo a punto de matarme y tú me heriste...

Un relámpago de ira pasó por los ojos de la artista, pero lo hizo desaparecer, con gran dominio de sí misma.

—Lany es mi nuevo jardinero —respondió—. Creyó que alguien me atacaba y corrió a defender a su ama. Olvídalo y perdóname. ¿Verdad que me perdonas, Don? Nos marcharemos lejos, muy lejos...

—Creo que ya no es posible...

—Sí. Aún es tiempo, querido. Entregaremos ese dichoso plano y nos marcharemos. En Birmania decías...

—La Policía lo sabe todo, Elysia —la interrumpió él, con desaliento—. Debes ir a decirles lo que te pasa. El chantaje que hacen contigo, y todo lo demás... Tú saldrás bien librada. Después, podemos hacer eso que dices.

Elysia se puso en pie con rapidez, al mismo tiempo que la puerta se abrió de nuevo, para dejar paso a la enorme figura de Lany.

El gigante se acercó al lecho ocupado por Gravier y, con un amplio ademán de sus brazos, apartó a la artista. Ella retrocedió varios pasos, hasta que su espalda quedó apoyada contra la blanca pared de la habitación. Sus ojos no se apartaban de la caja del ingeniero, el cual, los ojos a punto de salirse de las órbitas, miraba con horror a aquel gigante rubio, que se inclinaba sobre él.

—Todo lo sabe la Policía, ¿verdad? —dijo Lany en un susurro—. Pues ha llegado entonces el momento de que pagues las palabras de amor que has dicho a Ely.

Gravier quiso gritar, pedir socorro. Buscó con la vista el pulsador del timbre con el cable arrollado a la cabecera de la cama,

pero parecía que estaba a muchas millas de distancia. Él, al menos, no podía alcanzarlo.

Dos manos enormes rodearon su cuello y apretaron. Él se debatió, pero la herida del hombro y su inferioridad física no le permitieron hacer nada útil para librarse de la tenaza de acero que le ahogaba.

Elysia lo vio todo. A su garganta subía un grito, pero de su boca no pudo salir sonido alguno. Vio cómo el bulto que formaba Donald Gravier, el hombre que la repitiera un amor imposible, se movía y retorció bajo las sábanas. Vio el rostro tornarse morado, casi negro, los ojos saltones y la lengua horriblemente larga. Vio que hacía gestos, que movía los labios y los ojos desmesuradamente, mientras las manos de Lany apretaban y apretaban con incontenible fuerza.

Hasta que descubrió que Gravier se inmovilizaba. Que la cara se quedaba quieta, sin que ningún gesto alterara sus facciones.

Entonces se apartó Lany y retrocedió hacia ella. Después la agarró por un brazo y la hizo salir de la habitación.

Como en un sueño, Elysia recorrió el pasillo hasta encontrarse en la calle, donde estaban dos coches esperando.

Subió a uno de ellos y Lany se sentó a su lado. Otros hombres salieron de la clínica y subieron también a los coches. Después los dos automóviles se pusieron en marcha y se alejaron, dejando en la clínica un cadáver y un médico amordazado.

Frenaron silenciosamente frente a la puerta del pequeño jardín. Los hombres, con Lany y Rock a la cabeza, se apearon de los dos coches y se metieron en el hotel. Otros varios rodearon el jardín. Las manos aferradas en las culatas de las pistolas ocultas en los bolsillos de las americanas.

Frank Reedley y Charlie vieron la llegada de los individuos a través de los cristales de la ventana del cuarto de estar.

—Vienen a buscar esto —dijo Frank, metiéndose bajo la guerrera un rollo de papeles—. Pero han llegado un poco tarde.

—Sí, pero... —dijo Charlie, acariciándose la barbilla—. Creo que va a haber jaleo.

—¡Es estupendo! —exclamó Frank—. Ellos solitos se nos vienen a las manos.

Charlie le miró fijamente, dudando de que su amigo estuviera en la plenitud de sus facultades mentales.

—Oye, Frank —dijo—: ¿son ellos los que se meten en la boca del lobo o nosotros los que ya estamos en ella?

—¿En la boca del lobo, teniendo estos dos «cacharros» entre las manos?

Frank acarició su ametralladora y comprobó que tenía el depósito lleno.

—Sígueme —añadió, mientras se dirigía a la puerta de la estancia.

Llegaron al hueco de la escalera. Desde aquel lugar dominaban el sitio por donde tenían que pasar los pistoleros para registrar el piso superior.

Era difícil que pudieran subir estando ellos allí.

Los oyeron trajar en el piso de abajo. Oyeron el correr de muebles y las voces de los hombres. Después pasos que se acercaban.

—¡Ojo ahora! —susurró Frank—. Creo que van a subir.

No se equivocó. Después de un minuto de espera, apareció un hombre en el comienzo de la escalera.

Y se produjo lo que Frank había querido evitar. Charlie oprimió el gatillo con precipitación, sin esperar a que aparecieran más «gangsters»; que todo el grupo penetrara en la habitación que ellos dominaban y, entonces, conminarlos a la rendición. Con las dos ametralladoras podían haberlo hecho perfectamente. Una habría apuntado a la puerta de la salida y evitado que nadie saliera, mientras la otra apuntaría a los hombres directamente.

Pero de esta manera sólo cayó el primer hombre que se decidió a subir la escalera. Fué uno solo el que recibió la ráfaga y se dobló sobre los escalones de madera, mientras los demás retrocedían y se ponían a salvo de las balas mortíferas.

Frank emitió una maldición y se lanzó escaleras abajo con la ametralladora en la mano. No quería que escaparan aquellos hombres. Por lo menos necesitaba atrapar al rubio, que él no conocía, y que había entrevisto desde la ventana.

Cuando llegó a la puerta que daba al jardincito vio que los hombres penetraban en uno de los coches y al gigante rubio que se le venía encima, procedente de uno de los laterales de la puerta.

Frank no tuvo tiempo de emplear el fusil ametrallador. Sólo pudo levantar la culata y dar con ella en la cara del hombre.

Éste profirió una interjección que a Frank le pareció pronunciada en idioma extranjero, lo cual le hizo comprender que estaba más cerca de lo verdaderamente interesante. Allí tenía una pieza clave de lo que necesitaba saber. Por tanto, tenía que hacerse con el hombre a toda costa.

Claro que la cosa no era fácil, ni mucho menos. El gigante sabía manejar sus potentes puños y Frank lo comprobó muy pronto al recibir un directo en la mandíbula.

Inmediatamente después recibió otro; y luego otro, definitivo, que lo derribó, incapaz de moverse.

Sólo su cerebro trabajaba intensamente, advirtiéndole:

«No debes desmayarte, hay que seguir luchando. Ese hombre se te va a escapar y tú estás ahí perdiendo el tiempo como una señorita».

Se levantó de un salto. Frank tenía espíritu y resistencia para esto y mucho más. Vio venir al rubio con los brazos extendidos para agarrarle, pero el agente embistió con la cabeza baja y el fusil ametrallador por delante. No quiso apretar el gatillo. Necesitaba coger al hombre vivo para hacerle confesar.

Y se «metió» materialmente en el vientre del gigante. Éste expelió todo el aire de sus pulmones y pareció quedarse vacío, pero sólo por espacio de unos segundos. Después descargó sus dos puños, como dos martillos pilones contra la espalda de Frank, que creyó que el mundo se derrumbaba sobre él.

Pero no cejó. Estaba muy cerca de su enemigo y levantó una rodilla, metiéndola en el bajo vientre del gigante, que aulló de dolor al mismo tiempo que retrocedía ya con ganas de abandonar el campo.

En aquel momento Lany recibió auxilio por medio de los pistoleros de Rock, que llegaron precipitadamente con las pistolas empuñadas y dispuestos a matar de cerca al agente del

F. B. I.

pero una rociada de balas hizo que dos de ellos cayeran sobre el enarenado paseo. Charlie se había apostado en una de las ventanas del piso superior y barría con ráfagas cortas, pero seguidas, a todo el que intentaba acercarse a su compañero para matarle traicioneramente.

Lany comprendió que no tenía otro camino a seguir que la

prudente retirada. Dio un salto y se separó de Frank, pero éste se le echó encima dispuesto a no dejar escapar la pieza principal del rompecabezas que tenía que resolver. No se figuró que el gigante rubio se volvería en su huida y le aplicaría un tremendo golpe en la cara. No se lo había esperado Frank y quedó momentáneamente aturdido. El tiempo suficiente para que Lany subiera a su automóvil y partiera, cuando Frank salió tambaleante a la carretera, vio la trasera de un automóvil que se alejaba. Apuntó con su ametralladora y disparó una ráfaga larga, sostenida, hacia aquel coche.

Y obtuvo buen resultado. Vio al coche zigzaguear violentamente y que, en uno de los zigzags, se ponía en dos ruedas para después ir a estrellarse aparatosamente contra el pretil del puente que cruzaba el río.

Lo vio deshacerse contra la piedra y caer, desde pequeña altura, hasta el agua.

Cuando Frank llegó a la carrera, sólo vio la parte superior del coche que emergía de las aguas. Nadie salió del automóvil.

Pero no era aquél el coche en que iba el rubio. El otro «auto» se perdía entre una nube de polvo, alejándose más y más.

Frank corrió hacia la casa y buscó la «Harley» en el lugar donde la escondió un rato antes. La puso en marcha y apenas moderó la velocidad para que subiera Charlie. Emprendieron, acto seguido la persecución de los fugitivos. Allá, casi en el horizonte, entre la nube de polvo, estaba la verdadera meta que Frank necesitaba alcanzar: el hombre rubio.

Charlie manejaba la motocicleta a la perfección, pero Frank la hacía volar materialmente. Había hecho girar la empuñadura del acelerador hasta el máximo, y hay que reconocer que doce caballos metidos en un motor de dos cilindros pueden hacer que el chisme sobre dos ruedas se levante del suelo.

Charlie se aferró a la cintura de Frank después de colgarse la ametralladora del hombro y darse cuenta, aterrado, de que a aquella velocidad no había ido él jamás.

El coche que Frank trataba de alcanzar podía tener sesenta o más caballos, pero aunque hubiera tenido ciento veinte no habría podido despegarse de la endiablada «moto», que ganaba terreno por momentos.

Rock iba al volante y a su lado el *sheriff* con los bigotes más caídos que nunca. El departamento posterior iba ocupado por Elysia Nicholls y Lany. Todos miraban a la «moto» que les perseguía, Rock, por medio del espejo retrovisor, y los otros tres volviendo la cabeza y mirando a través de la ventanilla posterior.

—Espera que se acerquen un poco más —dijo Lany, sonriendo a la artista—. Pobrecitos, no saben lo que les espera.

Elysia se acurrucó junto al gigante, con ademán mimoso, buscando protección en el cuerpo de él. Éste tenía unos nervios bien templados. Extrajo un cigarrillo de larga boquilla y lo encendió con pulso firme. Después miró hacia atrás. El coche acababa de introducirse en la carretera del desierto, un camino asfaltado y recto, como tirado con regla y tiralíneas. Aumentó la velocidad del coche, pero la «moto» siguió acercándose, a pesar de ello.

A Frank le fastidiaba la carretera. El coche levantaba ahora una nube de polvo que cegaba al agente. Se le metía en los ojos, en la boca y nariz, entre las vendas del pecho; le dificultaba la conducción de aquella cabra loca que era la «Harley», resbalando sobre la arena que había en la carretera. El agente tenía que sujetar con firmeza el manillar para evitar el despiste y fueran a parar en medio de los tupidos cactus de aceradas púas.

Estaban muy cerca ya del coche fugitivo y Charlie aprestó el fusil ametrallador. Se acercaba el momento de disparar. Primero lo haría en dirección a las ruedas. Un reventón a aquella velocidad era mortal de necesidad. Pero si no lo conseguía, dispararía al interior del coche hasta que no quedara nadie vivo.

Ya su dedo índice rodeaba el gatillo del arma después de colocársela bajo el sobaco, firmemente sujeta por la correa que le rodeaba la cintura. Ya guiñaba un ojo mientras con el otro miraba a través del alza y el punto de mira, cuando se produjo lo imprevisto.

Lany había acariciado a Elysia y después miró hacia atrás. Vio a los motoristas que estaban ya materialmente encima del coche, y apartó a la artista de su lado. Saltó por encima del respaldo del asiento delantero y se hizo cargo del volante, mientras Rock se estrechaba contra el grueso corpachón del *sheriff*.

Lo primero que hizo el gigante rubio cuando agarró el volante fue pisar más a fondo el acelerador y adelantar el encendido. Con ello aumentó la velocidad. Pero al mirar por el retrovisor vio que la

«moto» no se quedaba atrás. Seguía, por el contrario, ganando terreno.

Fué entonces cuando Lany advirtió:

—Apoyaos en lo que tenéis delante, pronto. ¡Van a disparar!

Los dos hombres no le entendieron, pero Elysia soltó la carcajada y, sentándose en el suelo del coche, apoyó la espalda contra el respaldo del asiento delantero.

Lany levantó el pie del acelerador y oprimió el embrague y el freno brutalmente, mientras sus manos se aferraban al volante.

El resultado de aquella operación fué un frenazo bestial, capaz de hacer saltar las lágrimas al fabricante del automóvil. Las cubiertas chirriaron al arrastrarse sobre la tierra y el asfalto blando de la carretera. En muy pocos metros quedó el coche quieto totalmente.

Y a Frank le sorprendió la maniobra y no tuvo tiempo material de contrarrestarla.

La «moto» se precipitó locamente contra la trasera del vehículo, aplastándose horriblemente contra ella y convirtiéndose en un montón de chatarra retorcida y humeante.

Frank salió despedido. No tuvo tiempo de frenar ni de advertir a Charlie de lo que iba a suceder. Sólo pudo elegir el sitio donde darse el golpe y escogió la parte baja del automóvil. La inercia lo hizo meterse entre las ruedas, arrastrándose sobre el asfalto polvoriento debajo del coche.

Charlie tuvo menos suerte. El choque le pilló de improviso y aplastó su cabeza contra la trasera del «auto». Quedó destrozada, machacada, irreconocible en absoluto, sin apariencia humana.

El automóvil se puso en marcha de nuevo. Sus ocupantes no se preocuparon de comprobar lo que dejaban tras sí. Por ello no pudieron darse cuenta cuando Frank se colocó entre el parachoques y la carrocería, en un espacio inverosímil, pero suficiente para continuar el viaje que había emprendido en la «moto».

Por la ventanilla posterior, Elysia vio el bulto inmóvil de Charlie y los hierros de la «moto». Luego la polvareda lo ocultó a su vista. Ahora podían continuar más tranquilos, sin ser perseguidos por nadie.

Rock fué el único que no iba tan satisfecho. Se había producido una brecha en la frente a consecuencia del golpetazo contra la parte

anterior del salpicadero. Y aún daba gracias a que no había chocado contra el parabrisas.

La huida era más serena. Detrás no quedaba nadie que pudiera acusarles. Y aun cuando así sucediera, ya estarían ellos a salvo, camino de Europa.



¡ATENCIÓN!

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

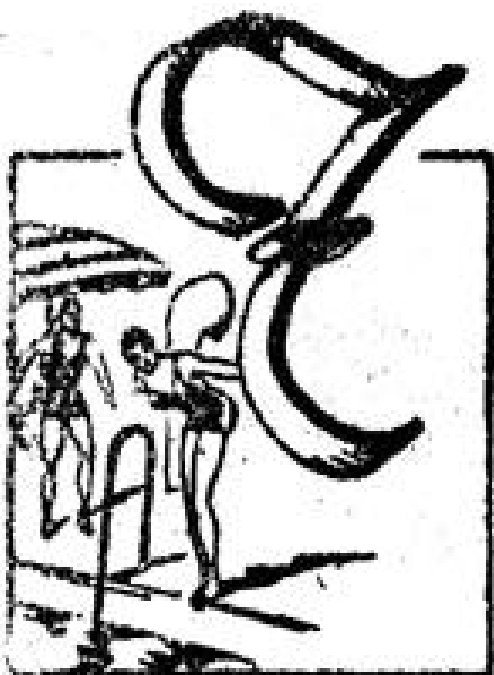
triunfa una vez más al crear la inigualable
Colección

P R O E Z A S

Un género nuevo, interesante, para toda clase
de públicos, como lo es el invencible

F . B . I

IX



RES coches cubiertos de polvo frenaron en la puerta de del Descanso, sólo se apearon dos hombres y preguntaron algo a los camareros, después de mostrarles algo en sus manos.

Regresaron de nuevo a los coches y éstos se pusieron en marcha, continuando su camino. Poco después paraban nuevamente ante la puerta de un hotel y se bajaban los mismos hombres que lo hicieron en el restaurante. Penetraron en el «hall» y se encararon con el hombre que estaba en el «comptoir».

Mostraron las palmas de sus manos al hombrecillo y éste comenzó a temblar.

—Queremos saber si se aloja aquí un señor de mediana estatura,

pelo rojo, de unos treinta años de edad y unos hombros muy anchos. Viste un traje tropical...

—¿Pre..., preguntan por un agente federal que se llama Frank Reedley? —preguntó a su vez el hombre del «comptoir»—. Sí; se aloja aquí, pero ahora no está...

Los dos hombres se miraron y sonrieron levemente. Por lo visto a Frank lo conocían por su verdadero nombre y, por lo tanto, podían haberse ahorrado la prolija descripción de su persona.

—¿Sabe si volverá pronto? —preguntó uno de pelo canoso, casi blanco y mirada amable—. Necesitamos verlo con mucha urgencia.

—Dijo que volvería pronto esta mañana, pero no sé. Pueden preguntárselo a la señorita que está de centinela en el sótano...

—¿Una señorita? —se extrañó el de más edad, a quien el otro llamaba inspector Quincy—. No sabía que Frank tuviera colaboradores femeninos...

—Habrà echado mano de lo primero que haya encontrado para conseguir un auxiliar... Frank no es tonto cuando elige del sexo contrario...

—Bien. Vamos a ver a esa señorita.

El empleado les condujo hasta el sótano y encontraron allí a Martha Dolliver con una pistola en la mano y sentada en una banqueta metálica.

Ella se puso en pie al ver llegar a los hombres y obstruyó con su cuerpo la puerta cerrada del sótano.

—Tengo orden de no permitir el paso a nadie...

—Eso no va con nosotros, señorita —la respondió el inspector Quincy—. ¿Qué hay ahí?

Y la mostró su placa del

F. B. I.

—Un prisionero de Frank Reedley. Él ha ido a acabar con los otros y buscar unos papeles. Tenía ganas de que vinieran ustedes... ¡Siempre solos...!

—Bueno; ahora podrá descansar, muchacha. Vamos a llevarnos a ése.

La puerta se abrió y penetraron en la prisión de «*Parabellum* Joe».

—¡Caramba! Un viejo amigo nuestro —dijo el inspector—. ¡Tú metido en estas cosas...!

—He ayudado al otro agente, señor —respondió «*Parabellum*»—. Ya se lo dirá él...

—Bueno; ya lo aclararemos cuando encontremos a Frank. Ahora ven con nosotros.

Le quitaron las esposas de los tobillos y lo condujeron a uno de los coches. La periodista les acompañó hasta la portezuela.

—Ahora, señorita —preguntó Quincy—: ¿nos puede indicar el lugar donde podremos encontrar a Reedley?

La joven les dio las señas del domicilio del ingeniero Donald Gravier y se metió en uno de los coches al lado del inspector. Aún llevaba la pistola que le entregó Frank y se la colocó en la cintura bajo las miradas sonrientes de los ocupantes del automóvil, hombres jóvenes la mayoría.

Los tres coches avanzaron en la dirección indicada, sin estrépitos ni sonar de sirenas, que no sirve más que para avisar que la Policía se acerca y dar tiempo a que los transgresores de la ley puedan huir lindamente.

Cuando llegaron al puente sobre el río, vieron a varios curiosos que contemplaban a unos hombres que estaban dedicados a extraer los cadáveres del coche que Frank puso fuera de combate. Al inspector Quincy le fué fácil hacerse cargo de lo que había ocurrido. Varios brazos, pertenecientes a los curiosos, se tendieron en una misma dirección.

—Por allí desaparecieron —dijo uno, respondiendo a las preguntas del inspector—. Si no han dejado de correr, es muy posible que estén ya en el sur de Méjico...

De nuevo subieron a los coches después de dejar junto al automóvil sumergido a varios agentes de guardia y encargados de investigar lo que allí hubiera, identificación, etc.

Dos de los tres coches emprendieron el camino que un rato antes había llevado a Frank en persecución de los fugitivos. Desembocaron en la carretera recta y los conductores de los dos coches pisaron el acelerador a placer. Volaron por la línea que se hundía en el lejano horizonte.

Nada se veía en la carretera, ni los agentes esperaban verlo tan pronto. Perseguidos y perseguidores debían estar a muchas millas de distancia, pero el inspector Quincy esperaba encontrar pronto, seguramente en el primer lugar habitado que encontrara, al agente

especial Frank Reedley. Sabía que lo lógico en aquellos casos era perseguir a los fugitivos hasta encontrar un teléfono desde el que movilizar a los policías de toda la región y cerrar un círculo en cuyo centro se encontrara el coche ocupado por los que huían. Después no restaba más que ir estrechando el cerco. Pero los dos coches que marchaban por la polvorienta carretera se detuvieron al encontrar lo que algunas horas antes era una valiente «Harley Davidson» y que a la sazón no era más que un montón de chatarra.

Bajaron los agentes y Martha corrió a identificar la «moto». No tuvo duda. Era la misma en que ella había hecho algún trayecto la noche anterior. También Quincy vio la matrícula perteneciente a la Metropolitana.

—¿Se habrán llevado a Frank? —preguntó Martha, con los ojos húmedos.

—Puede que lo haya cogido algún automovilista —respondió el inspector Quincy, sin mucha convicción.

En aquel momento, un agente llamó la atención sobre el bulto que había más allá, en medio de la carretera.

Martha fué la primera en emprender la carrera en dirección al bulto. A medida que se iba acercando fué dándose cuenta de que se trataba de un hombre tendido en el suelo. Cuando estuvo a su lado, arrodillada junto al caído y rodeada de varios agentes, tuvo un movimiento de terror a la vista de aquella cabeza destrozada.

—Se llama... Se llamaba Charlie —gimió—. Era amigo de Reedley... Habían estado juntos en Guadalcanal.

—Vamos, muchacha. Ésos no son espectáculos para usted. —El Inspector Quincy apartó a Martha de aquel lugar, mientras varios agentes cogían el cadáver de Charlie y lo metían en uno de los coches, tapándole con una manta.

—Pero... ¿y Frank? —preguntó Martha, acongojada.

—Eso lo sabremos pronto —fué la respuesta de Quincy—. Vamos a seguir por esta carretera hasta encontrarlo. De eso no la quepa duda alguna, señorita.

La forma de viajar de Frank no era cómoda del todo, pero tenía que darse por contento por no estar haciendo compañía a Charlie. De todas maneras, el agente estaba pensando ya en meter una bala en un neumático y hacer frenar al coche, porque la realidad era que el viaje se le estaba haciendo intolerable. No sólo por las heridas

que tenía y lo incómoda de la postura, sino porque el polvo que el automóvil levantaba a su paso se le metía en la boca y en los pulmones y lo ahogaba. Pero se armó de paciencia. No podía hacer detener al coche, ya que entonces sus ocupantes se apeñarían con las pistolas en las manos y la cosa no se pondría muy bien para él.

Había que esperar. Ellos pararían para poner agua en el radiador y gasolina en el depósito. Entonces sería el momento oportuno de sorprenderles.

Frank no tenía ni idea del lugar a donde conduciría la carretera. Era interminable y agobiadora. De eso sí estaba seguro y sentía en todo su cuerpo las consecuencias de la longitud de aquel camino polvoriento.

¿Había algún sitio en su anatomía que estuviera libre de dolores?

Pero, a pesar de todo, Frank se aferraba al parachoques trasero para conservar su posición y no caer al suelo. Tampoco podía hacer muchos movimientos, puesto que había que procurar que los ocupantes del coche no se apercibieran de la presencia de él en aquel lugar.

Y, sin embargo, a pesar de toda su voluntad, férrea en todos los aspectos, hubo algunos momentos en que desesperó de poder continuar en la trasera del automóvil.

Sufrió mareos y dolores tan intolerables, que deseó soltarse y caer rodando por el polvo. Supo sobreponerse a los momentos de desaliento. Tenía que acabar el trabajo emprendido y, además, vengar la muerte de dos valientes agentes asesinados por aquellos canallas.

Y de pronto, cuando menos se lo esperaba, el coche disminuyó la endiablada velocidad que hasta entonces había llevado y Frank vio cruzar, entre la cortina de polvo, algunas casas, separadas por grandes jardines. Después se hicieron más frecuentes, más juntas, desapareciendo los jardines y comenzando a ser los edificios de varios pisos.

Llegaban a una ciudad y, por tanto, era preciso apercibirse para lo que viniera.

Frank vio moverse algo entre el polvo, al mismo tiempo que un rugido se acercaba. Poco después, como un monstruo mitológico, surgió de entre la masa polvorienta que perseguía al automóvil la

figura, familiar para él, de un motorista de carreteras. Se acercó al coche y miró a Frank.

Luego apretó la marcha, tratando de adelantar al vehículo.

Pero a Frank no le convenía esto, en modo alguno, e hizo una seña al motorista, invitándolo a que continuara detrás del coche. El agente lo entendió y aflojó la marcha, volviendo a desaparecer tragado por la polvareda.

Tres minutos después, el automóvil se detenía frente a un surtidor de gasolina. Con mucho trabajo, Frank se dejó caer al suelo, al mismo tiempo que oía la voz del gigante rubio, con su acento extranjero, que solicitaba el servicio del encargado del surtidor.

Se puso en pie y se desperezó. Comprobó que aún tenía músculos, cosa que llegó a dudar en algunas ocasiones durante el viaje.

En aquel momento, el motorista que había perseguido al coche llegó junto a él y frenó.

—¡Vamos a ver! ¿Qué diantres...? —preguntó el agente motorista.

Pero su voz fué interrumpida por un gesto de Frank. Éste había sacado un carnet y se lo mostraba sin salir de detrás del coche.

Lo reconoció inmediatamente y llevó su mano a la pistolera, al ver que Frank empuñaba también una pistola.

Frank avanzó hasta colocarse junto a la ventanilla del conductor. Por ella introdujo su mano, armada con la pistola, hasta colocarla junto a la nariz del rubio extranjero.

—¡Salga de ahí en el acto! —ordenó, con voz pastosa producto de una boca totalmente invadida por el polvo de la carretera—. Cuidado con lo que se hace, porque no tengo inconveniente en apretar el gatillo...

Vio los ojos azules del extranjero, que lo miraban mansamente. Vio también a Rock, que comenzaba a lanzar tacos en todos los tonos, y dentro, a la muchacha aquella que le miraba con ojos furiosos. También estaba el *sheriff*, con la cabeza baja, como anonadado.

—¡Vamos! ¡Salga de una... vez! —Volvió a ordenar.

La portezuela se abrió y Lany comenzó a salir lentamente del coche.

Pero, inesperadamente, se abalanzó contra Frank. Éste creyó que era un tren expreso el que se le venía encima y que no le iba a dar tiempo a defenderse adecuadamente, porque sus músculos obedecían con desesperante lentitud.

Recibió el primer puñetazo en el mentón y le hizo retroceder varios pasos, pero no sirvió para ponerlo fuera de combate; por el contrario, su furia aumentó, llegando casi a una rabiosa desesperación. Una cortina de sangre le nubló la vista y no vio nada en torno, salvo la figura gigantesca del rubio, que de nuevo se le iba encima.

El choque entre ambos fué tremendo. Se acometieron como jaguares en celo, desgarrando, aporreando, machacando salvajemente, sin notar los golpes recibidos y poniendo toda el alma en los que propinaban al enemigo.

Frank estaba herido, débil, con los músculos anquilosados; pero poseía un cerebro y había adquirido unas magníficas enseñanzas de lucha. Lany, por el contrario, lo fiaba todo a su envergadura, a su poder, a lo que él creía superioridad manifiesta.

Pronto hubo de salir de su error cuando una lluvia de golpazos, sabiamente colocados en diferentes partes de su rostro, pecho y estómago, lo pusieron al borde de las náuseas. Se dobló, con ambas manos, sobre la cintura y fué cuando recibió una tremenda patada en la cara, que se la convirtió en una masa sanguinolenta. Entonces recordó, en medio de su dolor, que aún tenía una carta por jugar. Su mano diestra voló hacia un bolsillo de la chaqueta y extrajo una pistola, que empuñó con mano firme.

Fué la señal para que se desencadenara la tormenta. Fueron dos revólveres de reglamento los que comenzaron a disparar en dirección al gigante. Su enorme cuerpo se estremeció, al recibir varios impactos; pero no se derrumbó inmediatamente. Levantó su mano armada y consiguió disparar.

Frank anduvo listo. En Quántico enseñan muchas cosas, que después resultan de inapreciable utilidad. La bala disparada por Lany horadó un encerado de anuncios, colocado en la puerta de la gasolinera, después de silbar inofensivamente por encima del cuerpo encogido de Frank, el cual disparó de nuevo contra el gigante, escuchando, al mismo tiempo, los estampidos procedentes del revólver del motorista.

El rostro del rubio se tornó ceniciento e inexpresivo; su mirada se perdió en el vacío, antes de que sus rodillas se doblaran y cayera sobre el asfalto, junto al coche.

Frank se puso en pie y se acercó al caído. La pistola apercebida para cortar de raíz cualquier añagaza por parte del extranjero. Pero toda precaución era ya inútil. Con una sola ojeada lo comprendió así y se dirigió de nuevo a los ocupantes del automóvil.

Rock se había apeado y permanecía con los brazos en alto, sin intentar nada, ni siquiera huir. Elysia seguía sentada dentro, rígida, con los ojos muy abiertos y el rostro palidísimo. Igual que el *sheriff*, que parecía la imagen de la más profunda desesperación, con la barbilla hundida en el pecho y la mirada clavada en el cadáver de Lany.

Frank abrió la portezuela e invitó a salir a Elysia, pero la artista continuó inmóvil, como ajena a todo lo que no fuera el cadáver tendido sobre el polvo, Reedley la contempló, presto a evitar cualquier intento de la joven encaminado a huir. No se le olvidaba la condición de cómica que tenía y esperaba, prevenido.

De pronto, un grito desgarrador salió de la boca de Elysia Nicholls. Un grito de dolor salvaje, y la joven se abalanzó hacia el cuerpo inmóvil de Lany. Se aferró a él y lo acarició, llorando y pronunciando palabras de amor y de venganza.

La escena resultaba de un fuerte dramatismo; por ello, el motorista apartó, no sin trabajo, a la artista del cadáver. Un corro de curiosos rodeaba ya al coche y a los protagonistas del inesperado espectáculo para los habitantes de Helendale. Vieron cómo el motorista, sin hacer caso del estado histérico de aquella mujer tan bella, la colocaba un par de esposas en sus delicadas muñecas, mientras el otro hombre, vestido con guerrera de policía y pantalón de paisano, hacia lo mismo con un individuo que no se decidía a bajar los brazos, colocados por encima de su cabeza, y al cual unió por medio de las esposas a otro tipo, gordo y bigotudo, que permanecía con la cabeza baja, como avergonzado de lo que sucedía.

Todo parecía acabado, cuando el apremiante sonido de una sirena fué aproximándose con rapidez. Dos minutos después, un coche, cubierto de polvo, se detenía con gemir de neumáticos, y varios hombres saltaban de él y se abrían paso a codazos por entre

el círculo de curiosos, hasta llegar junto a los policías y los detenidos.

Uno de ellos, el pelo casi blanco, se abrazó estrechamente a Frank. Se apartó después, mirando a la cara del agente. Parecía querer decir algo sin conseguirlo.

—¡Lo hiciste, hijo! —pudo decir al fin—. ¡No esperaba menos de ti!

—No le esperaba tan pronto, inspector Quincy —respondió Frank—. Sí; creo que conseguí hacerlo...

El círculo de curiosos fué de nuevo hendido como por un tajamar y llegó Martha Dolliver, sofocada, arrebolada y resoplando. Nunca supo el inspector Quincy cómo fué apartado por la chiquilla, pero sí que estuvo a punto de caer, perdido el equilibrio, para después ver cómo había sido sustituido en los brazos de Frank por la periodista.

Estaban estrechamente abrazados, contemplándose en silencio.

Sin saber cómo, se encontraron alejados del grupo de curiosos. Ya los agentes se habían hecho cargo del cadáver y de los detenidos. Ellos caminaban, entre los jardines, ajenos a todo lo que no fuera mirarse profundamente a los ojos y pronunciar palabras de eterno amor.

Se sentaron en un banco, las manos entrelazadas.

—«Ogro Sam» me subirá el sueldo cuando le envíe este reportaje —dijo Martha—. Mis colegas se morirán de envidia cuando lo lean...

—¡Bien! Enviarás ese reportaje y después anunciarás tu dimisión. Ya no necesitarás correr más peligros en pos de artículos y noticias. Mi sueldo...

—Tu sueldo sirve para pasar un hambre atroz. Jamás he podido explicarme cómo ponéis los federales tanto interés, corréis tantos peligros y perdéis vuestras vidas, percibiendo, en cambio, un sueldo digno de un repartidor de leche...

—Hay algo que se llama deber cumplido... Amor a la Humanidad... En fin...

—A pesar de ello, nos casaremos, Frank, y no escribiré más para los periódicos. No importa ese sueldo, si te tengo a ti...

FIN

NUMEROS PUBLICADOS

1. LA OBSESION DEL MISTERIO, por Pío Baroja.
2. AHORA, por Rafael López de Haro.
3. EL HOMBRE DEL SUBURBIO, por Francisco de Cossío.
4. SU PEOR ES NADA, por Tomás Borrás.
5. EL PIANO, por Carmen Laforet.
6. TIMOTEO EL INCOMPRENDIDO, por Camilo José Cela.
7. BODA Y JALEO DE TITIN ARACENA, por Darío Fernández-Flórez.
8. EL HOMBRE QUE CONTO SU SECRETO, por Fernando Castán Palomar.
9. EL TERCER LADRON, por Alberto Insúa.
10. NO TENGO MAS QUE MIRAR Y... VEO EL MUNDO, por María Alburquerque.
11. ELVIRA RECIBE UNA CARTA, por Luis Antonio de Vega.

CORTESE POR AQUI Y REMITASENOS EN UN SOBRE POR CORREO

PEDIDO DE SUSCRIPCION

Sr. Director de
EDITORIAL ROLLAN
San Bernardo, 68
MADRID

Muy Sr. mto:

Le agradeceré me suscriba a las novedades de su colección NOVELISTAS DE HOY, a partir del n.º y al precio total de 25 pesetas, por CINCO números consecutivos, que abonaré CONTRA REEMBOLSO a la recepción del primer (o primeros).

..... de de 1952
(firma)

Suscriptor D.

Domicilio: n.º

Ciudad Prov.

HA APARECIDO

PROEZAS

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL de los EXITOS!

sabía que los lectores anhelaban otra clase de novelas que hiciesen pareja, por su calidad, interés y originalidad, con las de la soberbia

Colección F. B. I.

Y para complacer al público, harto de leer otras series de baja categoría, EDITORIAL ROLLAN, tras un profundo estudio y después de una selección cuidadosa de temas y autores, lanza al mercado una NUEVA COLECCIÓN, que no tiene rival (a excepción del F. B. I.) porque marca un género desconocido hasta ahora:

PROEZAS

Esta Colección refleja, como su título indica, las emocionantes proezas de hombres audaces en lucha mortal contra la Adversidad, acuciados por los peligros del mundo actual, en ambientes exóticos y donde las pasiones son tan fuertes que conmueven hasta las raíces del ser humano.

Los más famosos escritores internacionales colaborarán en esta novísima Colección (cuyo precio es solamente de CINCO PESETAS), y buena prueba de ello es que

ALF MANZ

el inolvidable autor de tantas y tan geniales obras, ha escrito el primer número, una novela incomparable, titulada

LA JUNGLA EN ARMAS

☆☆

HOMBRES, MUJERES Y JOVENES LEERAN

PROEZAS

¡LA NOVELA DE TODOS Y PARA TODOS!

NOTAS

[1] En español en el original. (N. del E.). < <

[2] L. A. es la abreviatura cariñosa de Los Ángeles. (N. del E.). < <

[3] Al quite. En castellano en el original. No necesitamos recordar al lector la gran cantidad de palabras españolas que se emplean en California. (N. del E). < <

[4] Comienzo del himno de la Infantería de Marina de los Estados Unidos. < <